

EL COJO ILUSTRADO

Año VI

15 DE DICIEMBRE DE 1897

Nº 144

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. . . . B. 4

UN NUMERO SUELTO. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

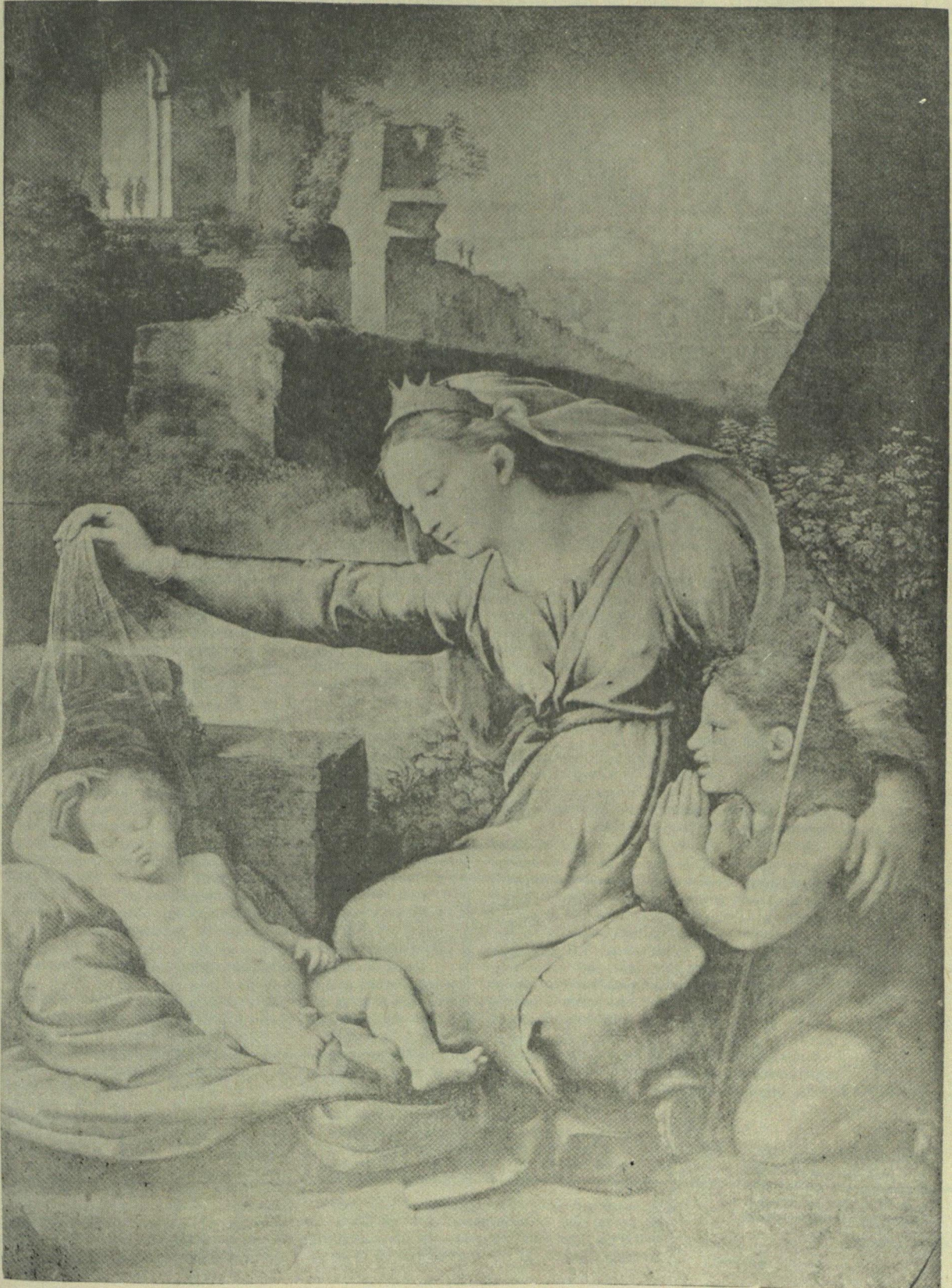
EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



LA VIRGEN DEL VELO. — Cuadro de Rafael Sanzio — (Museo del Louvre)

EL AÑO DE 1897



CON fe y constancia hemos recorrido los trescientos sesenta y cinco días del año que fenece hoy y se hunde para siempre en el abismo del tiempo. ¿Para siempre? No hemos dicho bien. Lo que es susceptible de revivir no ha muerto: lo que guarda la historia en sus páginas de oro vive y se impone al pensamiento y á los sentidos: el talento, los hechos, el carácter, la figura de los hombres que se agitaron en el escenario de una época, palpitan y se mueven como en la vida real: su desaparición es ausencia; pero todo existe en su atmósfera, todo se eleva resurrecto y activo á la evocación de la historia.

Las horas que pasaron se confunden con las presentes. Ayer es hoy y será mañana: es la unidad de la vida imponiéndose á las ideas y reclamando su derecho al dominio del pensamiento.

No ha muerto pues el año de 1897 para El COJO ILUSTRADO. Viven los actores é iluminadores de sus páginas, palpitan sus ideas, suenan sus ecos, sonríen sus labios, graban sus plumas máximas inmortales y canta su Musa la melodía de la hermosa poesía.

Ayer es hoy porque á través del espacio se leerá lo escrito como si se escribiera mañana. Ayer es hoy porque las figuras rememoradas serán mañana las mismas que vivieron y habrán de vivir.

Esos años que decimos pasados palpitan actualmente y tienen conciencia de las horas que llevaron en sus hombros, esas páginas antes vacías sufren las amarguras de los escritores y sonríen con sus goces.

Por tanto bendecimos esas horas: ellas nos dieron solaz y complacencias, humedecieron con fresco rofeo nuestra frente ardorosa y ofrecieron á nuestras miradas el verdor del bosque para apacentarse.

Día llegará en que presten á nuestra mente inspiración y enseñanza, y siempre, siempre servirán de recreo y enseñanza á nuestros hijos y á los niños todos para los cuales hubo espectáculos, lecciones y cariño.

Se acerca el año de 1898!

¿Por qué había de ser él menos propicio? Conquistado hemos sus favores estableciéndole un trono sobre bases de granito. El entrará á EL COJO ILUSTRADO como Rey y no como peregrino, y se hallará rodeado de servidores solícitos y entusiastas. Tal vez rivalice á sus genitores, por más que éstos puedan invocar por cada página un triunfo en la gaya ciencia y en las varias artes á que deben su gloria escultores, pintores y arquitectos.

Las ciencias físicas y los prodigiosos descubrimientos que han asombrado al mundo en los últimos tiempos no han sido extraños

á EL COJO ILUSTRADO en sus ediciones de 1897, con sus explicaciones científicas, procedimientos é instrumentos. La historia natural, la flora, la fauna, los productos mineralógicos y otros aplicables á la industria, á las artes ó á la medicina han ocupado lugar de preferencia y merecido recomendaciones especiales.

Empero la voluntad no cede á los laureles. Hay mucho por hacer y se hará á beneficio del año de 98 á que consagraremos toda nuestra energía, esperando que este fin de siglo nos halle á la altura de las excelsas fiestas con que la gran Nación francesa saludará el primer sol de 1900.

No nos faltará espacio, ni voluntad, ni caudal acumulado para llegar hasta allá. Puesto que queremos podremos.

Y qué pediremos á nuestros colaboradores, esos que suenan el clarín de la idea y dibujan los colores del Cielo en esbozos maestros? Qué á esos compañeros de todas las horas, más interesados por EL COJO ILUSTRADO que nosotros mismos? Nada: ellos saben que les amamos y que sabemos comprender todo su talento y abnegación.

El público también los quiere y los conoce y les imparte con placer la debida justicia.

Luego si contamos también con la adhesión de nuestros amigos, no hay cosa que no podamos emprender. Vengan pues en buen hora á la ardorosa fragua del joyero los tejedores de la filigrana y los talladores del diamante y consagremos al año de 1898 la obra de la glorificación de la idea hasta levantar la pirámide con que el siglo actual señalará el límite de su fin y el principio del venidero.

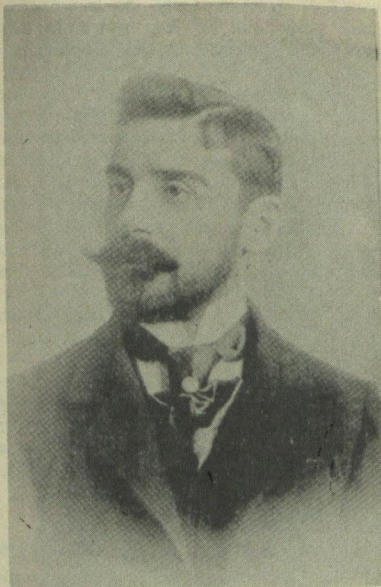
La prensa, esa amiga que no nos ha abandonado nunca y en cuyos aplausos hemos encontrado siempre voz de aliento y esperanza, tiene una parte muy distinguida en el éxito de nuestros esfuerzos, y á ella dedicamos por gratitud este párrafo aparte en que nos reconocemos deudores de una gran suma de generosos beneficios.

Al periodismo extranjero no podríamos olvidarlo: con su exactitud acostumbrada nos visita y nos trae modelos en todos los ramos, inventos, novedades literarias é industriales y esas mil variedades que hermocean y mantienen la amenidad en todo su prestigio. De nuevo damos las gracias á estos colegas de allende é invocamos sus favores.

Con los elementos que hemos pasado en revista creemos y nos prometemos triunfar de todas las dificultades y llegar á la meta de nuestras aspiraciones.

Estas consideraciones que desearíamos penetrasen en el ánimo de nuestros lectores, serán ampliadas en nuestra próxima edición, y para entonces reservamos nuestras felicitaciones.

Por ahora nos despedimos del público hasta el próximo año en que esperamos contemplar juntos el nuevo sol.



MANUEL S. PICHARDO

Dos musas, sin afinidades en las tendencias y opuestas en lo relativo á la revolución de la forma, han venido compartiéndose en estos últimos años el renombre alcanzado por la poesía cubana en la literatura del continente.

La pálida y nostálgica, esquiva de nuestra naturaleza perpetuamente de gala; insomne en la ruta que conduce á la contemplación extática del ideal soñado y perseguido:—esa permanece muda, después de haber colocado la rama de laurel sobre el féretro del admirable Julián del Casal, recogido la última doliente trova de Juanita Borrero en la ingrata soledad del destierro, y estrechado fuertemente contra su pecho, en la tristeza de la despedida, á los hermanos Uhrbach, cuando éstos abandonaron la lira del amado maestro para echarse al hombro el arma con que en postrera instancia se solicita el triunfo definitivo de una causa y de una idea.

La otra, que vive nuestra vida inquieta; bien averida con el medio físico y moral donde canta y solloza, anhela y ruega; que enciende la idea con el fuego de nuestro sol, perfuma sus pensamientos con el aroma de nuestras flores, y dá á sus imágenes las coloraciones de los crepúsculos tropicales:—esa musa es la que hoy se mantiene en pie en Cuba, viendo ante sí, con respeto y lástima, el aislamiento en que se encuentra la ciudad maravillosa y espléndida de que nos habla José Enrique Rodó en *La vida nueva*:—ciudad toda de mármol y de bronce, toda de raros estilos y de encantadoras opulencias, pero en la que sólo habitan sombras heladas y no se escucha jamás, ni en forma de clamor, ni en forma de plegaria, ni en forma de lamento, la palpitación y el grito de la vida.

Mientras esa musa ofrecía sus venas al narcótico del exotismo y se esclavizaba á la fiebre de una neurosis más artificial que orgánica, era *El Figaro* el cenáculo principal de la poesía francamente española.

Un ilustrado colaborador de dicho semanario — Eulogio Horta — al darnos algunos apuntes biográficos del fundador y redactor de *El Figaro*, nos cuenta cómo el poder avasallador de la lira de Casal iba lentamente robándole terreno á la literatura tradicional, y cómo muchos adeptos de ésta, sustrayéndose á librar combate con aquélla, encauzaron su espíritu por los rumbos de un amable eclecticismo. Bastante discretos para agruparse al pie de la bandera revolucionaria, fue-

ron poco enérgicos para combatirla. Nadie arrió esa bandera; cayó de su altura para arropar el cadáver del que la dio prestigio en la patria y más allá de sus fronteras.

**

Manuel S. Pichardo nació en la ciudad de Santa Clara, capital de la provincia de su nombre en la isla de Cuba.

Muy joven aún, casi un escolar, partió á la Habana, donde desempeñó un puésto en la Diputación Provincial, al mismo tiempo que se dedicaba al estudio de los buenos modelos de las letras castellanas, cuyas bellezas supo sentir bajo la dirección de maestro tan entendido y de tan depurado gusto como el poeta y escritor andaluz don Mariano Ramiro, quien lo inició en los secretos de la versificación y lo encaminó por la senda del periodismo literario.

Gacetillero, primero, del importante diario *El Radical*, fundado por el periodista canario don Manuel Linares; cronista más tarde del diario *La Iberia* y de otros acreditados órganos de la prensa habanera, Pichardo ha marchado siempre con paso victorioso por la ruta escabrosa de las letras.

Con el joven escritor don Rafael Bárzaga fundó, hace trece años, el semanario ilustrado *El Figaro*, al que ha consagrado, como á hijo predilecto, los mejores días de su fecunda existencia. El simpático colega ha sido registrador de los esfuerzos hechos por la mayoría de las inteligencias jóvenes de Cuba en los últimos diez años, y un factor demostrativo de la cultura general en aquella antilla.

Es abundante y variada la serie de composiciones del distinguido poeta; y su educación, sus modelos y sus lecturas han sido completa y directamente españolas.

Su musa regocijada y fácil, canta con preferencia la realidad familiar, la vida tal como es, con sus efectos de luz y sombra, con sus contradicciones y bromazos; pero sin reflejar nunca las notas extremas.

La producción de Pichardo tiene muchos puntos de contacto con el humorismo de Campoamor, aunque conserva siempre los rasgos más salientes de su espíritu: facilidad, corrección, observancia estricta de los cánones de la métrica y de la prosodia.

**

Muestra preciosa de la intencionalidad campoamoriana es la poesía *Negro y blanco* que ha recorrido todas las páginas del periodismo hispano-americano.

En la sátira, llega hasta lo épico. Así puede verse en la siguiente:

¿Por qué luces colgada á la cintura
hoja que no has de manejar con brío?
Encerrado en su estrecha sepultura,
tu acero tiembla no de ardor, de frío.
Hora es ya de esgrimirlo con bravura
y dar honor al bélico atavío,
pues solamente vive deshonrada
una virginidad: la de la espada.

La pluma que así increpa en ocasiones, es la misma que con frecuencia despierta en el alma los más tiernos sentimientos.

Peza, el cantor del hogar, no tiene una estrofa más delicada que ésta, en la cual el poeta habla á su hija:

Si antes que tú me marchó, como es mi anhelo,
allá, en tus oraciones, pídele al cielo
que cuando él te reclame, ya esté cumplida
mi pena por mis culpas en esta vida;
que me absuelvan entonces, ¡ay! porque fuera
temiendo mi castigo si no te viera!

También la poesía intitulada *Inquietud de la dicha* es una incomparable página en la literatura del sentimiento. El poeta, dirigiéndose á la compañera de su vida, exclama:

Tiembo al verte á mi lado tan dichosa,
tiembo al verme á tu lado tan feliz,
porque fuera la vida un paraíso
si siempre, siempre continuara así.

Todo se va, la dicha sobre todo;
tú y yo tendremos que llorar al fin,
que en este paso triste de la vida
es forzoso morir, ó ver morir!

**

En 1892, Pichardo concurrió á la Exposición de Chicago con el carácter de corresponsal del diario habanero *La Lucha*. Fruto de sus correspondencias es su primer y único libre en prosa: *La ciudad blanca*, que fue favorablemente acogido por la crítica.

También como corresponsal de *La Lucha* estuvo en Madrid, y allí dio, en el famoso Ateneo, una notable lectura acerca de la poesía cubana. Contrajo matrimonio en la Coronada Villa con la distinguida señorita habanera María Amblard y regresó á su patria después de un provechoso paseo por diversas ciudades europeas. Desde entonces vive consagrado á *El Figaro* que ha elevado á rango envidiable en la prensa literaria de Hispano-América.

Desde el comienzo de la actual insurrección cubana desempeña el cargo de corresponsal telegráfico del *Heraldo de Madrid*; dándole tiempo las labores enunciadas para escribir crónicas de salón en *La Lucha*, con el pseudónimo de *Conde Fabián*.

En medio de la querrela que mantienen las "escuelas rivales," en Pichardo se ve de relieve la virtud de la tolerancia.

Como no ejerce de crítico, tarea que no se aviene con su carácter, cada día se acentúa más la simpatía de que goza entre la gente de letras.

EL COJO ILUSTRADO se complace en estrechar relaciones con el distinguido colega.

NEGRO Y BLANCO

No me explico que te asombres
por qué al casarse los seres,
de negro vistan los hombres
y de blanco las mujeres.

Me confiesas con candor
que jamás has comprendido
por qué lucen un color
tan opuesto en el vestido.

¿Desconoces por virtud
que es innegable verdad
que él marcha á la esclavitud
y ella cobra libertad?

¿Que úno, al perder lo más caro,
y ótra, al ganar albedrío,
todo en ésta ha de ser claro
y en aquél todo sombrío?

¿Y que es ley establecida,
por contraste de la suerte,
que es la libertad la vida
y la esclavitud la muerte?

Pues viendo lo que ha de ser
de su porvenir el fruto,
viste alegre la mujer
y el hombre viste de luto.

MANUEL S. PICHARDO.

(Habana.)

SATIRAS

I

Con justicia te armo guerra;
entre cuanto disparatas,
algo escribes que algo encierra:
el ganso, al pisar la tierra,
hace estrellas con las patas.

MANUEL S. PICHARDO.

(Cuba.)

OBSERVACIONES DE METASTASIO

SOBRE LAS TRAGEDIAS Y COMEDIAS GRIEGAS
QUE NOS HAN QUEDADO

(TRADUCIDO DEL ITALIANO POR EDUARDO CALCOÑO)

TRAGEDIAS DE ESQUILO

1. Prometeo encadenado. 2. Los siete contra Tebas.
3. Ios Persas. 4. Agamenón. 5. Las Céforas. 6. Las Euménides. 7. Las suplicantes.

I. Prometeo encadenado

Tan extravagante y fantástico es este drama, que se hace difícil caracterizarlo. La escena pasa en una *horrída roca de la Escitia*. La *Fuerza* y la *Violencia* ordenan á Vulcano, en nombre de Júpiter, que encadene en dicha roca á Prometeo por haber favorecido demasiado al género humano. Aunque con mucha repugnancia, ejecuta Vulcano el mandato, y no sólo ata al reo con cadenas de hierro por todas las partes del cuerpo, sino que lo clava á la roca, atravesándole el pecho con clavos de diamante. Parten todos, y queda Prometeo blasfemando de la tiranía de Júpiter. Vienen entre tanto en alas del viento las hijas de Tetis á formar el Coro. Dicen que han oído los golpes del martillo desde sus grutas en el fondo del mar, y que vienen á consolarlo y á saber la causa de su desgracia. Prometeo, en la incómoda situación en que se halla, refiere prolijamente los beneficios que ha hecho á los hombres. Dice que Júpiter, usurpador del reino de Saturno, es un tirano; que será destronado por quien él sabe, pero no quiere decirlo. El Coro le da consejos que no son aceptados. En esto, caballero en un animal alado, no descrito ni nombrado, se presenta el *Océano* á visitar al paciente: lo compadece, ofrece su intercesión, que es rechazada, y después de un largo diálogo, (charla, lo llama el autor) parte con las trombas en la faltriquera. Lloro el Coro y aconseja, pero todo inútilmente. Interrúmpelo el caprichoso personaje de una vaca furiosa, esto es, Ió, hija del río Inaco. Prometeo, no obstante su clavo en el pecho, muestra la curiosidad de saber las aventuras de la vaca, la que con mucha elocuencia lo satisface, por lo que Prometeo, para corresponderle, le dice la buena ventura. Apodérase de la vaca un acceso de furor, y abandona la escena. Obstinado Prometeo, continúa sus blasfemias. Preséntase entonces Mercurio, quien, de parte de Júpiter, le ordena revelar al instante el nombre de quien ha de destronarlo, so pena de aumentar ilimitadamente sus desgracias. Ríe Prometeo de la amenaza, insulta á Júpiter y al Mensajero; oscurece el cielo, vienen torbellinos, relámpagos, truenos; grita Prometeo invocando á Temis, su madre, y termina la tragedia.

No quiere absolutamente el Padre Brumoy que lo venga en forma de vaca; pero el Autor en el verso 590 la llama *cuernos de buey, bubulis proclita cornibus*, y en el 675 *cornuda*, y el Escoliasta explica: *transformada en vaca*. Tiene la tragedia 1.090 versos. Como no representa sino á un hombre clavado á una roca que recibe algunas visitas, era difícil no conservar la unidad de lugar. Brumoy encuentra admirable á Esquilo en la invención de esta unidad.

II. Los siete contra Tebas

Apenas puede llamarse drama á esta tragedia, como que no consiste sino en larguísimos cantos del Coro, y algunas narraciones: su estilo es muy lírico; está llena de metáforas é imágenes, particularmente en los Coros. La acción termina en el verso 823 con el relato de la muerte de los dos hermanos enemigos (duplicidad de acción.) Los otros 250 y más versos son gemidos, y un decreto del pueblo acerca de la sepultura de los interfectos, concedida á Etéode, y negada á Polínice. Antígona quiere sepultar al segundo, opónese el pregonero, y termina la tragedia sin que el espectador sepa lo que se hará, (Acción imper-

fecta.) El drama tiene 1.096 versos. Hay una escera contra la importunidad de las mujeres en sus temores, entre Etéode y el Coro, larga, inútil y cómica.

III. Los Persas

No es fácil decir cuál es la acción de esta tragedia. Las controvertidas narraciones que se hacen en Persia de la derrota de Jerjes en Salamina, y el luctuoso perpetuo lamento del Coro de viejos Sátrapas, ocupan todo el drama. Atossa, madre de Jerjes, obliga, por medios de magia, á la sombra del difunto Darío, su marido, á que comparezca á aconsejarla y á darle noticias más seguras de Jerjes. La sombra no sabe nada de lo que ha pasado, y es preciso informarla. Entonces dice que Jerjes ha estado mal aconsejado y que no conviene meterse con la Grecia, y al partir deja á los viejos del Coro la siguiente advertencia:

Vos autem senes gaudete etiam inter mala
Animis dantes voluptatem quotidie,
Quoniam mortuis divitie nihil prosunt.

Viejos, gozad en medio de los males
Embragando vuestra alma de delicias,
Que el oro al que murió de nada sirve.

Verso 242.

Impuesta Atossa de la total destrucción de los Persas y de la vergonzosa fuga del hijo, dice: *que lo que más la aflige es que Jerjes se halle vestido con un traje indecente, por lo que quiere ir á su casa á buscar uno bueno y llevárselo adonde esté*. V. 849. Finalmente, aparece Jerjes con la lista de los muertos; excita al Coro á arrancarse los cabellos, á golpearse el pecho, á desgarrarse el vestido, y á gritar con él; y con esta alternada sinfonía termina la tragedia, que tiene 1.081 versos.

IV. Agamenón

Por dictamen de todos los literatos esta es la más difícil y oscura de todas las tragedias de Esquilo, llena en demasía de metáforas atrevidas, de figuras y de cuantos recursos suele usar la poesía lírica. La acción es el asesinato de Agamenón cometido por Clitemnestra y Egisto. El personaje de Agamenón está poco á la vista: no se le ve en escena sino una sola vez, y lo que dice no basta á dar idea de su carácter. El de Clitemnestra, pérdida, falsa y cruel está vivamente expresado. Los Coros son vivos, oscuros y absolutamente líricos: los entusiasmos proféticos de Casandra, por el mismo estilo. Comienza la tragedia con un centinela que habla de lo alto del palacio real. Situólo allí arriba Clitemnestra para que divisase una luz que, al ser tomada Troya, debía lucir en Argos, según lo acordado entre Agamenón y ella: lo que debía ejecutarse por gente escalonada desde el monte Ida hasta la Argólida. Aparece la luz, y después de pocos versos llega el mensajero con la noticia de la toma de Troya, por donde se ve que el mensajero viaja con la misma velocidad de la luz. En ésta, como en otras tragedias griegas, al abrirse una puerta se ve el cadáver del personaje muerto, y á veces muchos y diversos actores declaman y representan del lado allá de dicha puerta: cosa difícil de comprender. De la misma manera, en esta y otras tragedias griegas se sienten desde la plaza las voces y palabras de las personas á quienes se asesina en el interior de la casa real. (Los malvados permanecen felices.) Esta tragedia tiene 1.682 versos.

V. Las Céforas, ó sea, las Portadoras de las libaciones

El asunto de esta tragedia es el mismo al cual Sófocles y Eurípides dieron el título de *Electra*. Esquilo le da el nombre de las *Céforas*, que son doncellas adictas á Clitemnestra y parciales de Electra, que conducen tras ella las libaciones que han de hacerse en la tumba de Agamenón. El estilo, como de costumbre, es alambicado y figurado con exceso. El desarrollo, simple y natural en extremo.

En todas tres *Electras* es de desearse alguna verosimilitud para el éxito de la empresa de Orestes: pero más en ésta que en las demás. Orestes solo; desconocido en el palacio real del enemigo mata á su madre y al tirano, sin que se encuentre un guardia, un criado ó persona cualquiera que grite, no ya que se ponga. La escena en que Orestes obliga bárbaramente á su madre á que éntre en el palacio para asestarla allí sobre el cadáver del ya muerto Egisto es de tan atroz inhumanidad, que el Padre Brumoy mismo, acostumbrado á saberse trasportar al áureo siglo de Atenas, se ve obligado á confesar que es insoportable. En el verso 893, Clitemnestra para mover á piedad su hijo, á fin de que no la mate, le muestra su seno, y le recuerda que él, dormitado, mataba en otro tiempo allí la leche. Y no mucho antes, al verso 754 la nodriza de Orestes, creyéndolo muerto, lo llora, recuerda cuánto ha sufrido ella para educarlo, y no excusa traer á la memoria los desagrados que tenía al asistirlo en sus pequeñas necesidades naturales.

Verso 758.

Non enim fatur puer adhuc in fasciis,
Seu fames, seu sitis, aut mingendi libido urgeat.

Que el niño entre pañales—no se sabe explicar,
Ya tenga sed ó hambre,—ó ganas de orinar.

El rasgo es tomado del verso; pero para gustar de su excelencia es preciso tener la fortuna de saberse trasportar á aquellos siglos venerables; lo que no le es permitido á los pobres profanos. Total de versos: 1.076.

VI. Las Euménides

La acción de este drama es el juicio ó la absolución de Orestes. Comienza en Delfos en el templo de Apolo. Se ve al principio á la vieja Pizia que hace una larguísima invocación á todas las divinidades sabias, y va á sentarse en el trípode, sin que vuelva á aparecer en toda la tragedia, ni se sepa á qué ha venido ni por qué no vuelve más.

Al verso 93 Orestes, conducido por Mercurio, parte de dicho templo de Delfos para ir al de Minerva en Atenas.

Al verso 117 las Furias, dormidas en el templo de Delfos, responden roncando largo tiempo á la sombra de Clitemnestra que quiere despertarlas para que persigan á Orestes, y la sombra dice: "estáis roncando;" tanto era lo que le interesaba al autor que los espectadores tomaran nota de la invención. Al verso 235 comparece Orestes en el templo de Minerva en Atenas: y después de pocos versos se le reúnen las Furias. (Duplicidad de lugar, considerable é indudable.) Si esta no es mutación de escena, ¿cuál lo será? Aristóteles, sin embargo, no se resiente de tal sacrilegio. Fortuna para Esquilo que haya nacido tantos siglos después de él Mr. d'Aubignac, el cual no sé cómo haya disimulado ó dejado pasar sin verla esta enormidad del padre de la tragedia.—Al verso 663 dice Apolo que el hijo no participa nada de la madre, conservadora y no creadora del feto:

Procreat autem ille, qui insilit.

Una de aquellas áureas sencilleces griegas poco gustadas de los paladares idiotas.—La tragedia tiene 1.050 versos.

VII. Las Suplicantes

El desarrollo de esta fábula tiene toda la sencillez que admiran los severos conocedores de las perfecciones del teatro griego. Las cincuenta hijas de Danao, para no ser mujeres de sus cincuenta primos hijos de Egitto, van fugitivas con su padre á pedir asilo á Pelasgo, rey de Argos, y lo obtienen. La escasez de materia se suple con la infinita y ociosa prolijidad de los Coros. La escena es un sitio vecino á la playa del mar, donde están las imágenes de los Dioses que presiden los juegos atléticos, no lejos de la ciudad de Argos. Vacila Pelasgo en dar el asilo pedido, y las Danaides, para inducirlo á que lo conceda, tienen con él, des-



Copia del célebre cuadro de Rubens: LA VIRGEN Y EL NIÑO JESUS

de el verso 466, el siguiente ingenioso diálogo:

Danaides.—Tengo fajas para atar el vestido.

Rey.—Esas les están bien á las mujeres,

Dan.—Ahora bien, sabe que éstas servirán para una hermosa invención.

Rey.—¿Qué quiere decir eso?

Dan.—Si no se da asilo á nuestra cuadrilla.

Rey.—Y bien, ¿de qué te valdrá la invención de las fajas?

Dan.—Para adornar con nuevos cuadros estas sagradas imágenes.

Rey.—Eso parece un enigma. Explicáte.

Dan.—Digo, para ahorcarme de estos Dioses.

El donaire de este dialoguito no necesita encarecerse: lo siente todo aquel que á fuerza de doctrina no se haya convertido en ateniense.

A la vista de una nave que Danao reconoce ser la que conduce á los cincuenta hijos de Egipto, corre á la ciudad á pedir socorro contra los perseguidores, y no se sabe por qué deja á las hijas, que, jóvenes y vigorosas, podían hacer aquel viaje mejor que el anciano padre, y no quedaban expuestas á las violencias de los primos.

Parte el viejo, y un solo pregonero ó heraldo de los primos referidos, viene á ordenar á las Danaides que se embarquen con él. Resisten ellas; quiere él violentarlas, y con ser ellas cincuenta no pueden defenderse de uno solo, sino con gritos. Pero llega el socorro. Danao ha estado ya en Argos, ha encontrado á Pelasgo, ha expuesto el peligro, se han reunido los soldados, y se ha hecho de nuevo el viaje de la ciudad al mar,—en el tiempo de pocos versos.

Partido el heraldo, invita el rey Pelasgo á las Danaides á que vayan á habitar en Argos, les asigna alojamiento en la ciudad, y parte. El padre Danao antes de ponerse en camino hace una saludable admonición á las hijas; y lo que principalmente y con más prolijidad les recomienda es *que no vayan á deshonrarlo en país extranjero; que no hagan que la gente hable mal de él, sino que sean púdicas, por más que la juventud sea inclinada á los amores.* Semejante advertencia en nuestros días parecería grosera é injuriosa, por suponerse que las princesas reales sean incapaces de faltar á sus deberes; pero en el siglo de Esquilo no había suposiciones y se representaba la simple naturaleza, que es la delicia de nuestros sublimes literatos.—La tragedia tiene 1.081 versos.

Esquilo, ateniense de ilustre familia, nació el primer año de la 60ª olimpiada, 214 de la fundación de Roma, 540 antes de la era cristiana. Fue tan buen guerrero como poeta. Se distinguió en las armas en las batallas de Maratón, de Salamina y de Platea. Desdeñando el ser superado en la poesía dramática por el joven Sófocles, se retiró á Sicilia cerca de Jerona; y es fama que murió allí desventuradamente del golpe de una tortuga que le dejó caer sobre la cabeza un águila, que quería romper contra una piedra la concha de su presa. El es, sin contradicción, el padre de la tragedia. Fue el primero que imaginó reducir á acción las narraciones; concibió el escenario, los vestidos trágicos y la máscara, por lo que le debemos á él todas las maravillas teatrales que se han derivado después de tan sublime invención: debémosle todos gratitud y respeto, y los obtendrá de todos y cada uno, si la envidiosa impertinencia de los pedantes, acuciosos de rebajar á sus contemporáneos, no exaltase estúpida y temerariamente en él todo lo que tiene de reprehensible, y que de otro modo se perdonaría respetuosamente, en gracia del incomparable mérito de una primera invención, y si orgullosos de sus lamentables observaciones no se erigiesen en legisladores de un arte que no entienden absolutamente, y en el cual, ó no se han ejercitado jamás, ó cuando han tenido la temeridad de intentarlo, se han convertido en objeto de la irrisión pública. Por

lo que se han visto forzados hasta los hombres más respetuosos á anotar y publicar precedentes, no ya para deprimirlos, sino para arrancar la máscara á los falsos oráculos del pobre desfigurado Parnaso.

Su estilo es ardiente, sublime, figurado y metafórico hasta el exceso; lo terrible es siempre el objeto que se propone: asegura su Escoliasta que en la representación de las Euménides murieron de espanto muchos niños y abortaron muchas mujeres en cinta.

Credat judeus apella.

DE LOS ESTUDIOS LITERARIOS DE BOURGET

EL ARTE DE MAUPASSANT

(CON MOTIVO DE "ALMA EXTRANJERA")



“ALMA extranjera”! Este es el título de un fragmento póstumo de Guy de Maupassant: la primera veintena de páginas de una novela inconclusa; apenas una ligerísima exposición. Y estas pocas páginas bastan para producir al que las lea una sensación intensa de la realidad. Era don incomparable del desgraciado y excelente novelista, el poder dar en cortas líneas idea espeluznante de la vida.

Las salas de un casino en el balneario de Aix, en Saboya, pasan á vuestros ojos; contempláis las mesas de juego; oís el rodar de los luses, “ruidillo como de una fontana de oro que corre sobre los tapetes.” Dos parisienses conversan entre sí. Aún no han cambiado veinte frases y ya conocéis su carácter. Uno de ellos relata una historia galante: un enlace seguido de una ruptura. Todo el sabor de su pasión, el agudice especial de todo sentimiento de este orden, os es maravillosamente perceptible.

La multitud comienza á invadir el casino. Las mujeres entran, grandes damas de todos los países: una americana, una marquesa de Italia, una inglesa, una rumana. Algunas palabras cruzadas y ya las conocéis á todas; iba á decir las reconocéis. El mundo cosmopolita se os aparece en toda su complejidad, al propio tiempo trivial y raro, aristocrático é *interlope*, pintoresco y monótono. Los ojos de estas mujeres os miran: azules ojos del Norte; brillantes ojos negros del Mediodía; ojos del Oriente, aterciopelados é impenetrables. Las sonrisas tiemblan en sus labios finos ó sensuales. Oís sus voces; adivináis sus costumbres; conocéis sus ternezas. Un drama pasional empieza. . . Y después, nada. El destino ha hecho caer la pluma de la mano del escritor; la novela, que comenzaba como una obra maestra, ha sido interrumpida bruscamente.

.

Al concluir la lectura la tristeza os embarga el corazón. Aquella misma tristeza que os domina en Italia, al ver, en los muros ruinosos de un viejo claustro morir un fresco; al ver cómo se va, como se desvanece, de vorado por el tiempo, el sueño de belleza acariciado por el artista. Siquiera el Benozzo Gozzoli del Campo Santo de Pisa, el Ghirlandajo de Santa María Novella, el Leonardo de Milán tuvieron la suerte de realizar su sueño. Las formas que vivían en su pensamiento han tomado cuerpo ante sus ojos. Si ellas han muerto, es después de vivir como vivieron, plenamente; después de haber encantado el pensamiento de sus creadores; después de comunicar á millones de peregrinos el contagio de un ideal.

Pero echar una mirada interiormente, á la propia alma, ver allí primorosísimas formas sin

poder sacarlas á luz, sentir que se las lleva uno consigo cuando entra en la gran sombra de la muerte, y que nunca podremos revelarlas, esto debe de ser una agonía intelectual en medio de la agonía física. Todo esto ha sufrido el pobre Maupassant. En la miseria de su último año de vida, preguntaba sin cesar por cierto manuscrito que, según él, le habrían robado. Quizá fuera *Alma extranjera* el manuscrito al cual hacía mención el pobre loco; ó acaso el de *Angelus*, también inconcluso.

A propósito de las novelas soñadas, qué novela más real, más dolorosa, más patética, que esta impotencia súbita de Maupassant, que esta marea de sombras en un cerebro luminoso, que esta fuga de visiones en un espíritu. Sin embargo, esas visiones están dentro del escritor, él las siente en sí, él las persigue, él las evoca; pero no las encuentra, y es entonces que en esta alma, á la vez demente y lúcida, hay desesperaciones en las cuales uno ni siquiera osa pensar.

He escrito la palabra “lúcida” que parece bien extraña aplicada á este fin dos veces trágico. Es que á la tristeza por la obra bruscamente interrumpida se agrega, para los que guardan el recuerdo de Maupassant joven, lleno de fuerza y de ardor, de salud y de razón, la evidencia de que hasta la propia vispera de la crisis en la cual zozobró, su inteligencia de artista había permanecido tan sana, tan robusta, tan equilibrada como en la época en que escribió, en las *Soirées de Médan*, aquella *Boule de Suif* que súbitamente lo puso entre los maestros. El espíritu que distingue al contador está allí en su intacta intensidad, y esta página incompleta bastaría á caracterizar su arte. Leedla y releedla. Encontraréis allí primeramente el dón del *rac-courci clair*; esta codición merced á la cual, con un adjetivo, con un pedazo de diálogo, entra una individualidad entera en algunas líneas.

Mientras que largas páginas de análisis han menester otros, los mayores, Balzac mismo, para situar sus personajes, sólo dos frases bastan á Maupassant, como á los dos artistas á los cuales él se asemeja: Mérimée y Tourgueneff. Yo me acuerdo de haber oído á este último, en el comedor de Taine—qué recuerdos, qué sombras—responder al autor de *La Inteligencia* que le preguntaba:

—¿Cuál es, en vuestra opinión, la primera cualidad de un novelista?

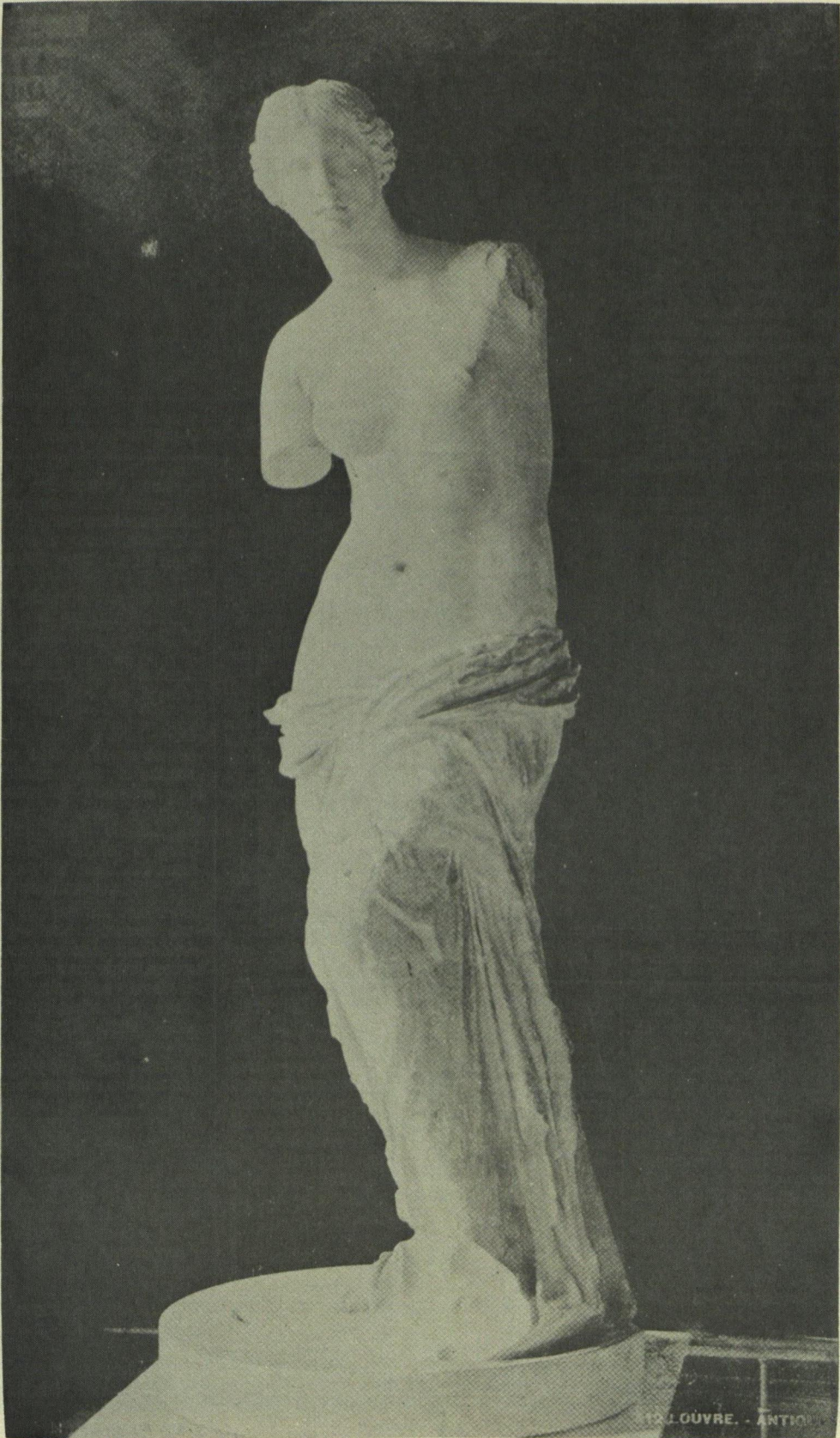
—El dón de pintar fisonomías, dijo el buen gigante ruso, después de reflexionar un momento.

Ahora tomad el *Alma extranjera*, y ved desde el tercer párrafo esta fisonomía: “. . . Un hombre entra, grande, delgado, bastante joven. Tenía el andar desembarazado de los mozos que han visto correr su adolescencia en medio de las costumbres elegantes de la vida rica y parisiense. La cabeza era un poco calva; los cabellos que le quedaban, blondos, estaban rizados con gentileza sobre las sienas, y un lindo mostacho de puntas retorcidas se enroscaba sobre su labio. Sus ojos de un azul claro parecían benévolos, carifosos, y él llevaba, en toda su persona, mostraba un aire de osadía, de afabilidad y de desdén gracioso.” . . .

¿Está bien dibujada, en algunos toques, la individualidad, el rostro del joven? El escritor no ha tenido necesidad de palabras técnicas ó nuevas. Los términos que él emplea son aquellos de los cuales nos servimos á cada paso, pero aplicados con mucha precisión. Tal era el procedimiento del más grande pintor de fisonomías que haya tenido Francia: La Bruyère; tal era el de Stendhal, de Mérimée y de Flaubert.

.

En el capítulo mutilado de *Alma extranjera*, sufrís de un cabo al otro esta magia casi indefinible: admitís que la anécdota historiada por el novelista es verdadera. Admitís los per-



LA VENUS DE MILO. — Museo del Louvre

sonajes que él os presenta, como vivos, y con los antecedentes de que os habla. No podéis dudar. Si analizáis este primer capítulo, comprenderéis, quizás más claramente que después de la lectura de un volumen entero, por cuáles procedimientos Maupassant se asegura este poder.

Observaréis primero cómo se borra él delante del objeto; su esfuerzo por disimular su persona. Flaubert, el grande educador de Maupassant, había formulado esta regla de estética de la novela en una brillante página:—"El autor, en su obra, debe ser como Dios en el universo: presente en todas partes, pero visible en ninguna. Siendo el arte una segunda naturaleza, el artista debe obrar por procedimientos análogos al Creador: que se sienta en todos los átomos, en todos los aspectos, una impasibilidad oculta, infinita . . ."

Para para practicar esta regla, en apariencia tan simple, contad cuántas cualidades de inteligencia, de sensibilidad, de conciencia, es necesario poseer:—la alta modestia del escritor que prefiere su obra á su persona, honestidad del espíritu que considera el talento como instrumento de verdad y no como útil de vanidad,—la justicia de este mismo espíritu que discierne, en la vida humana, los rasgos profundos, lo que Taine llamaba precisamente las generatrices,—también la justicia de la observación, pues basta un sobrecargo en la expresión y la pluma por más diestra, por más ingeniosa disipa el encantamiento. Es necesario, en fin, el poder de la perspectiva, el sentido de la exactitud que permite al observador colocar á cada individuo en su lugar, en la vasta serie de las especies sociales, sin engaño y sin desdén. Por el primero de estos dos defectos pecan los escritores que la alta vida, por ejemplo, hipnotiza. Es por el segundo por el que abortan los disgustados con las figuras que pintan. Hay en todo sér que vive, una legitimidad, puesto que vive,—y una limitación, puesto que no es sino un momento de este vasto universo humano que, por todas partes, lo encierra y lo sobrepasa. Ninguno de nuestros contemporáneos ha conocido y marcado, como Maupassant, esta doble y casi contradictoria condición de toda existencia. Reconocéis la prueba de esta aserción, aun aquí, en la manera como presenta al joven que, visiblemente, va á ser el héroe de su libro. Es, si puedo expresarme así, un personaje à *hauteur d'appui*, ni demasiado alto, ni demasiado bajo—ni muy inferior, ni muy raro. Por eso el relato toma muy pronto un valor irresistible de humanidad.

Tiene además otro mérito,—el mérito que avaloraba cada vez más á la personalidad del escritor, y consiste en la amplitud de la factura. A medida que la experiencia de la vida humana y de las pasiones se enriquecía en Maupassant, comprendía él y practicaba mejor esta otra ley, tan poco conocida, del arte de la novela: la importancia del tema.

En ninguna parte ha manifestado tanto esta preocupación como en la última obra que ha publicado: *Notre Cœur*. En este libro punzante, él ha engrandecido la anécdota hasta hacer de ella un símbolo, y de un drama vulgar de salón ha desprendido, merced á su genio, una historia de sentimiento, uno de esos grandes hechos morales que interesan á todos los corazones. El argumento de la novela consiste en el sufrimiento de amar más de lo que se es amado. Es menester una cosa análoga en el fondo de las novelas. Es menester que la historia contada por el autor pueda adaptarse á otros acontecimientos sin que por eso cambie el espíritu de la historia. *Les Pêcheurs d'Islande*, de Loti, no es tan bello sino porque posee, en grado heroico, el encanto de inspirar la nostalgia. Todo hombre que haya sufrido una dolorosa separación encuentra allí su pena. Hé ahí los grandes temas y las grandes novelas.

Con sólo el título de *Alma extranjera*, y

con sólo el primer capítulo se adivina que Maupassant quería demostrar lo que hay de más doloroso en el conflicto de razas. Dos séres se precipitan uno hacia otro por todos los frenefes de la pasión, pero entre ellos se interpone, siempre viviente, la fuerza implacable de la herencia. Merced á la herencia las mismas frases pronunciadas por dos personas de origen distinto no tienen la misma significación; merced á la herencia una mala inteligencia invencible separa siempre á un hombre y á una mujer venidos de las extremidades del mundo histórico y psicológico. Este libro hubiera sido, en la forma de un poema de amor, como *Notre Cœur*, y de una novela de costumbres, como *Mont-Oriol*, un episodio interesante del conflicto de razas, conflicto que permanece siendo uno de los factores menos estudiados y más esenciales de nuestra sociedad moderna.

Y por sobre este simbolismo social se hubiera ocultado, sin duda, otro. Se hubiera escuchado pasar por esas páginas la desavenencia eterna, la tortura que existe hasta en la más completa y tierna comunión de los corazones, porque dos almas nunca llegan á confundirse, sino permanecen dos, siempre dos, eternamente separadas . . .

RUFINO BLANCO FOMBONA.

EL CIELO CLARO...

(TRADUCCION DE LECONTE DE LISLE)

En el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar,
la mañana, que florece
como divino rosal,
ya la enramada perfuma,
calienta los nidos ya;
los pájaros, palpitantes,
tienden el vuelo fugaz
y por la extensión del bosque
cantan á todo cantar
la mañana, que florece
como divino rosal
en el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar.

Con agudas notas de oro,
que repercute el espacio,
en la arena y gota á gota
el agua se va filtrando,
y á un tiempo besa tomillo;
arbustos, lirios y gladios;
el corzo á la luz del alba
despierta con sobresalto
y oye cómo, gota á gota,
el agua se va filtrando
con agudas notas de oro
que repercute el espacio.

Entre frescos matorrales,
donde alegre ríe el viento,
por un camino que tiene
el horizonte muy lejos,
en que un vapor azulado
brilla y se extingue al momento,
van los amantes, del alba
la luz húmeda sintiendo;
y enlazados con ternura,
caminan á paso lento
por un camino que tiene
el horizonte muy lejos,
entre frescos matorrales
donde alegre ríe el viento.

Porque el amor voluptuoso
los ojos les ha entornado,
no pueden ver como el tiempo
prosigue su vuelo raudo;
gozando de cielo y tierra
la belleza y el encanto,
hallan su instante de amores
eterno, pero no largo;
y, un ensueño de otro ensueño
sus sentidos embargando,
no pueden ver como el tiempo
prosigue su vuelo raudo,
porque el amor voluptuoso
los ojos les ha entornado.

En el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar,
la aurora florece siempre
como divino rosal;
mas no siempre los amantes
la enramada gozarán,
ni siempre oirán á los pájaros
cantando, á todo cantar,
la mañana, que florece
como divino rosal
en el cielo azul, que raya
la golondrina al pasar.

RICARDO J. CATARINEU.

TROVA

Niña! esa sombra que, cual leve gasa,
fluctúa en ese abismo de tristeza,
díme: ¿es la noche que se extingue y pasa?
Díme: ¿es la noche que á reinar empieza?

Y ese fulgor, que en armonioso enlace,
con esa sombra me fascina y hiera,
díme: ¿es la aurora que se eleva y nace?
Díme ¿es la tarde que se apaga y muere?

Mientras esto á mi amada repetía
—¿dónde, dónde ves eso?—ella decía
viéndome inmóvil á sus pies, de hinojos,
mas yo, sin responderla proseguía
mirando el cielo de sus tristes ojos!.....

JULIO FLOREZ.

1897.

FATUM

Á JOSÉ M. LÓPEZ

¿ Por qué extrañar mi canto, si es sombrío?
¿ Por qué extrañar mi pena, si es aciaga?
Todo naufraga en mí como naufraga
en el mar un navío
si vorágine hirviendo se lo traga.

Yo, bajo el latigazo de la pena,
he sabido arrastrar una cadena
como el sumiso esclavo
que, por negra impiedad, se le condena
al yugo de un señor temido y bravo.

Yo de piés sobre el mundo,
de mi hogar contemplando los escombros,
lanzo un ¡ ay ! gemebundo
y llevo, aunque me siento moribundo,
una pesada cruz sobre mis hombros.

Nada me queda ya ! Nada me queda
por aguardar de la piedad. La ira,
esa víbora horrible que se enreda
de mí síno en el árbol, sólo aspira
á envenenarme más, y hasta mí rueda.

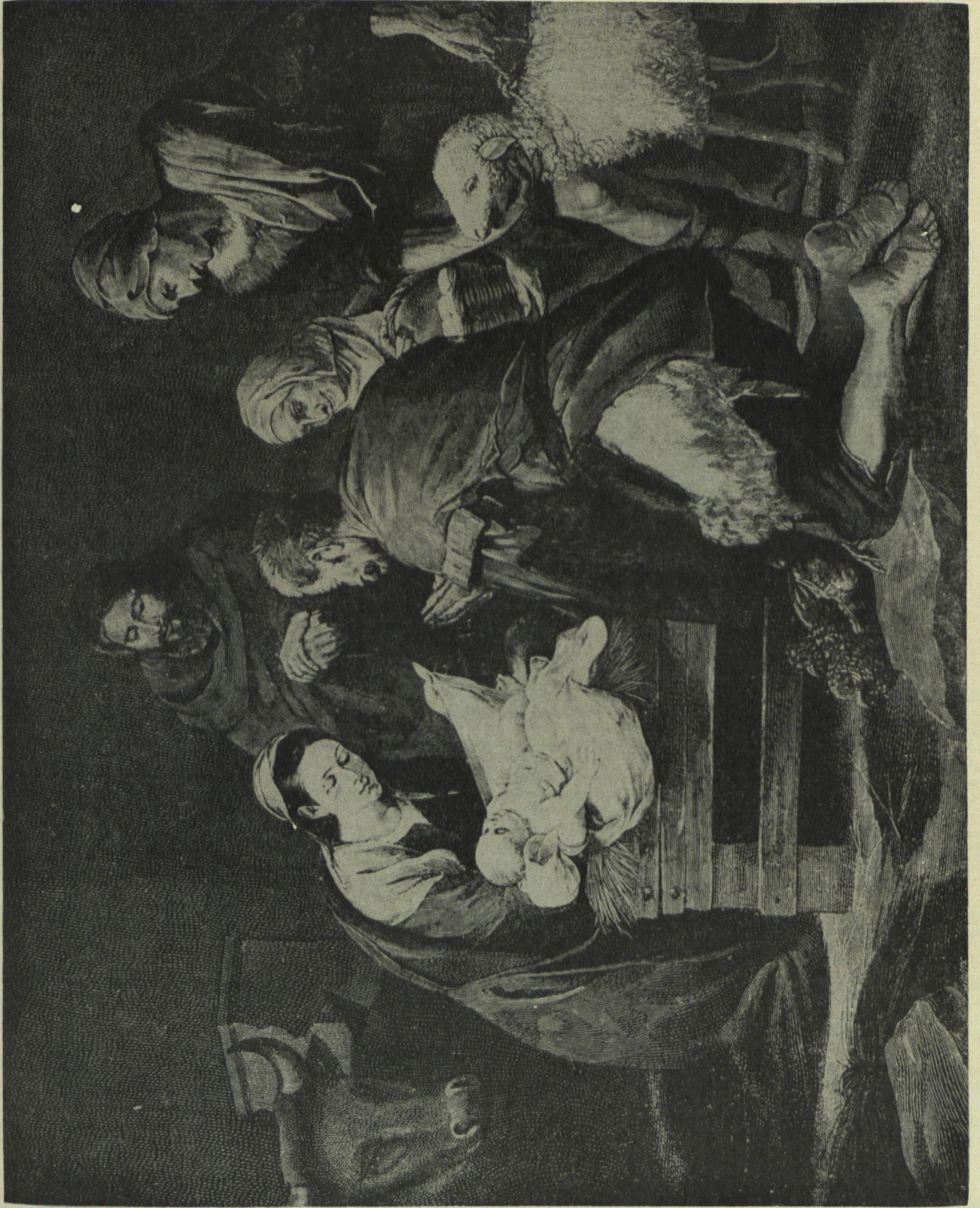
Muerto ya el sentimiento
hacia las cosas de la vida humana,
en mí espira la luz. Mi firmamento
no aguarda ya en su noche otra mañana.

Desilusión es todo cuanto abriga
mi corazón, un muro que se escombrea.....
¿ Sembré azucenas, y recojo ortiga !
¿ Tuve al nacer la aurora por amiga,
y hoy sucumbo, perdido entre la sombra !

¿ A qué extrañar mi canto ? ¿ A quién abruma
este dolor ?.... Mi espíritu desmaya !.....
¿ Soy un barco averiado entre la bruma
que naufraga muy lejos de la playa !

L. TORRES ABANDERO.

1897.



LA ADORACION DE LOS PASTORES. — Cuadro de Murillo. — (Museo del Prado . Madrid.)

EL CANTO DEL RUISEÑOR

Ruiseñor enamorado,
Benigno encuentras el hado,
Pues en tanto que la luna
Brilla hermosa y las estrellas,
Dices tus canciones bellas
Celebrando tu fortuna.

Más que el rumor de la fuente
Bullidora y transparente,
Vibra tu divino canto;
Y, haciéndote compañía,
Te ofrece la rama umbría
Dosele con su verde manto.

¿Quién te regala esas notas?
¿Son ecos de las remotas
Cifaras dulces del cielo?
Cada voz que en ti murmura,
Es un drama de ternura
Y un poema de consuelo.

¡Cuán risueña es tu esperanza!
Si el sol á mirarte alcanza
Su rayo de oro suaviza;
Y la hojosa madre selva
Que abriga te da en la selva,
Tu blando lecho tapiza.

El aura suave ciruela,
Y, oyéndote, el són modula
Con que al ambiente enamora.
Gozas cuanto Dios te envía:
Noche azul, radiante día,
Leda y sonrosada aurora.

Misterioso arrobamiento
Inspiras al pensamiento:
Algo que en quietud fulgura,
Algo como luz del astro
Cuyo nimbo de alabastro
Ahuyenta la noche oscura.

A grato ensueño convida
La inocencia de tu vida;
Y si las brisas derraman
Tu queja que va sonora,
Quien ama, en su amor adora;
Los que nunca amaron, aman.

Acaso tu acento sube
En el vuelo de un querube;
Tal vez tu garganta encierra
Una súplica sagrada,
Y nuncio de otra morada
Es tu cántico en la tierra.

Resuena tu melodía,
Y el corazón que aun confía,
Feliz se alberga en tu estancia:
Arriba, el éter inmenso;
Y en tu redor, como incienso,
De albos lirios la fragancia.

Ya gorjeas, ya respiras,
Después tus trinos retiras
Y tu cadencia reposa;
Pero ha de volver más pura
A despertar la espesura
Tu lengua arpada y gloriosa.

De fiel abrigo en la calma,
Cuna es del amor tu alma;
Y á tu fronda, en que despliegan
Sus pétalos castas flores,
Vientos no llegan traidores
Ni las tempestades llegan.

Si es la mañana tu anhelo,
Plácida baje á tu suelo;
Si es la noche quien invita
En voz de tu pecho amante,
Siempre en solio de diamante
Luzca la noche bendita.

Cánta en el bosque escondido
Donde tienes paz y nido:
¡Dichoso tú, que sereno,
Mientras tus himnos exhalas,
Puedes recoger las alas
Sin oír bramar el trueno!

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

CARTA DE NUEVA YORK

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

Señor don R. Mayorga Rivas,

San Salvador.

Estimado amigo:

Permítame usted, que dé por hoy de mano á la crónica política de este país, y que consagre esta carta á un asunto que no puede menos que ser recibido con afectuosa deferencia por los lectores de su importante diario.

El correo de Venezuela, que llegó hace tres días á esta ciudad, ha sido portador de una infausta nueva: el fallecimiento de JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

La literatura americana está de luto! CALCAÑO ha sido uno de los más grandes, más inspirados y más fecundos poetas de la América.

A la edad de setenta años, cargado de gloria y de laureles, ha rendido tributo á la madre naturaleza; y sus restos inanimados reposan hoy en las riberas del Guaire, el manso río que fue tantas veces tema de sus estrofas dulcísimas y en cuyas orillas preludió aquellos cantos inimitables que, repetidos de boca en boca, han recorrido todos los países en donde se habla la lengua de Castilla, consagrando la fama y eternizando el nombre del cantor.

Entró á figurar en el movimiento literario de Venezuela, en momentos en que el príncipe de las letras castellanas, don Andrés Bello, y Fermín Toro y Rafael M. Baralt y Cecilio Acosta y Juan Vicente González, fulguraban como astros de primera magnitud; y en pos de las huellas luminosas que iban dejando estos ingenios superiores, JOSÉ ANTONIO CALCAÑO avanzó con paso firme, seguro del triunfo, y no tardó en recoger la bandera que aquellos habían enarbolado y que la muerte les obligaba á abandonar, para constituirse él en uno de los patriarcas de la poesía, cargo que, otorgado por la admiración del continente y por espacio de media centuria, ejerció con alteza de miras, acrecentando su fama, añadiendo día por día nuevas *inmortales* á la corona que ceñía sus sienas de poeta y en medio del aplauso no interrumpido que tributaban á su talento generaciones tras de generaciones.

Y, como dice en un sentido artículo necrológico, un distinguido escritor venezolano, — "aquel poeta siempre joven, cuyos primeros acentos resonaron á los márgenes del Guaire, aquel literato consumado que ganó asiento en las Academias, ese que la prensa extranjera ha celebrado con himnos, yace hoy tendido exánime, sin voz ni aliento en el lecho de la muerte. Un ángel de pálida tez y grave continente descendió de lo alto, tocó aquella frente donde ardía á llamaradas la luz del pensamiento, plegó las alas y desapareció dejándonos el frío cadáver del poeta de las grandes concepciones, del escritor galano y correcto, del pensador apasionado de la patria, de las artes y de las letras."

Era imposible dejar de amar á JOSÉ ANTONIO CALCAÑO una vez que se le conocía. Los años conservaron en él siempre, atmósfera de juventud perpetua; tenía alma de niño encarnada en un sér todo bondad. A su lado deslizábanse las horas plácidas y serenas, porque de aquellos labios, cerrados hoy para siempre, brotaban en inagotable catarata, á la par que entristecidos y melódicos acentos, notas épicas, confidencias románticas, sátiras finísimas y narraciones ya chispeantes, ya conmovedoras.

En ese "nido de ruiseñores," como con tanta propiedad se ha designado á la familia Calcaño, JOSÉ ANTONIO fue, indudablemente, el más armónico en sus cantos. Y de tal manera caracterizó las tendencias literarias de la época en que se mostró en todo el apogeo de su inteligencia, que no ha existido, puede asegurarse, de cincuenta años á esta parte, ningún periódico de mérito en España y América que no haya exornado sus columnas con las exquisitas producciones del malogrado bardo.

Desde muy niño, aprendí á querer á JOSÉ ANTONIO. Años más tarde, encaminó el destierro mis pasos á las playas venezolanas, á esa noble y generosa tierra, hogar á donde llegan, como al suyo propio, todos los que tienen la dicha de llamar á sus puertas; á esa tierra clásica del talento y del arte, que fue mi segunda patria y es amada por mí con creciente idolatría. JOSÉ ANTONIO fue allí uno de mis primeros amigos; á la afectuosa y franca hospitalidad que se sirvió dispensarme, debo momentos de satisfacciones infinitas.

Fue, además, mi cariñoso Mecenaz; y unido á Eduardo, el poeta, el periodista, el escritor, el abogado, el artista, el orador insigne, en una palabra, la personificación del talento, y á Julio, el literato castizo y el filólogo consumado, se esforzó por enseñarme mucho de lo mucho que ellos saben, por encaminar mis pasos por seguro rumbo y por estimular con interés de padre mi afición á las letras.

Y con estos tres padrinos de tan inmensa valía, al cabo de muy poco tiempo me vi honrado con la deferente amistad de las lumbreras literarias de Venezuela: Felipe Tejera, Marco Antonio Saluzzo, Eduardo Blanco, Manuel Fombona Palacio, Heraclio Martín de la Guardia, Félix Soublette, Manuel M. Fernández, José María Manrique, Aristides Rojas, Cristóbal Mendoza, Diego Jugo Ramírez, Francisco de Sales Pérez y tantos y tantos más, cuyos nombres conservo escritos con cifras de cariño en la íntima página de mis mejores afectos.

Si, pues, á JOSÉ ANTONIO CALCAÑO me liga impagable deuda de gratitud, ¿cómo impedir que mi corazón, herido hondamente por la pena, permanezca silencioso y no aspire á juntar el eco de sus quejidos y la amargura de sus lágrimas al llanto y al dolor con que los admiradores del gran poeta han regado el pedazo de tierra que la madre naturaleza ha destinado á dar eterno reposo á los restos mortales del incomparable cantor del Guaire?

Venezuela ha tributado á su viejo poeta favorito homenajes de tal manera fervientes, espontáneos y cariñosos que, puede decirse, ha hecho la apoteosis del cantor. Caracas vistió de duelo: cuanto de más notable tiene en la política, las artes y las letras; cuanto de más selecto guarda aquella sociedad encantadora; cuanto de más inteligente exhibe aquel pueblo generoso, tuvo una flor que depositar sobre el féretro y una gota de llanto para humedecer la fosa.

Como finísimo broche para atar la rica profusión de palmas y coronas con que la admiración y la amistad sembraron el sepulcro del poeta, la clásica musa de Jacinto Gutiérrez Coll inspiró al compañero y amigo de JOSÉ ANTONIO, este bellissimo soneto:

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

La mort aime á poser sa
main sur des fronts couronnés.

V. H.

Dormido estás... Y el mundo ya te mira,
Antes que el polvo tus reliquias guarde
Como el astro fulgente que en la tarde
A otro cielo más puro se retira.

Llena el espacio el eco de tu lira;
Y de pompa la Fama haciendo alarde,
Al templo llega donde el numen arde,
Y allí entre palmas triunfador te admira.

Las patrias Musas en tu muerte lloran
Ornando con las perlas de su llanto
Las flores de tu féretro doliente.

Las almas en la tierra se evaporan...
Mas, como el Sol, no morirá tu canto,
Ni el gran laurel glorioso de tu frente.

en tanto que Marco Antonio Saluzzo, como para ser grabado con letras de oro sobre la lápida que ocultará las cenizas del poeta, escribió este sencillo y magnífico epitafio que, por su corte escultural, recuerda las estrofas que los griegos consagraban á la memoria de sus hijos esclarecidos:

“ Cuando el bardo finó cuyos cantares
Del propio y del extraño encanto fueron,
Con íntimo dolor la Poesía
La lira, muda ya, consagra al Tiempo.”

Corresponde ahora á la América rendir el postrer homenaje de admiración á JOSÉ ANTONIO CALCAÑO. Y la América se lo rendirá porque, acaso, no existe rincón alguno del continente, en donde no hayan resonado las estrofas del bardo, ni ha habido noche de luna en que no haya turbado el silencio de las sombras algunas de las mil canciones, empapadas de inefable dulzura, que brotaron de las cuerdas de esa lira que para todo lo noble, todo lo bello, todo lo generoso, todo lo excelso tuvo un canto.

Sé bien, mi estimado amigo señor Mayorga Rivas, que en la República del Salvador se rinde culto fervoroso al talento y se sabe honrar á quienes, como JOSÉ ANTONIO CALCAÑO, dignos son de la admiración universal. Confiado en esta consideración, no he vacilado en variar hoy el carácter de mis revistas, para consagrar estas pálidas líneas á la memoria del poeta esclarecido y del literato insigne, á quien el Salvador se complacerá en considerar como hijo suyo, ya que el genio, y entre pueblos de una misma raza y que hablan una misma lengua, no tiene patria: la patria de los genios está en el corazón de los que saben comprenderlos y admirarlos.

De Ud. afectísimo amigo,

ALIRIO DIAZ GUERRA.

El vino de la Virgen

(POR EMILIO HINZELIN)



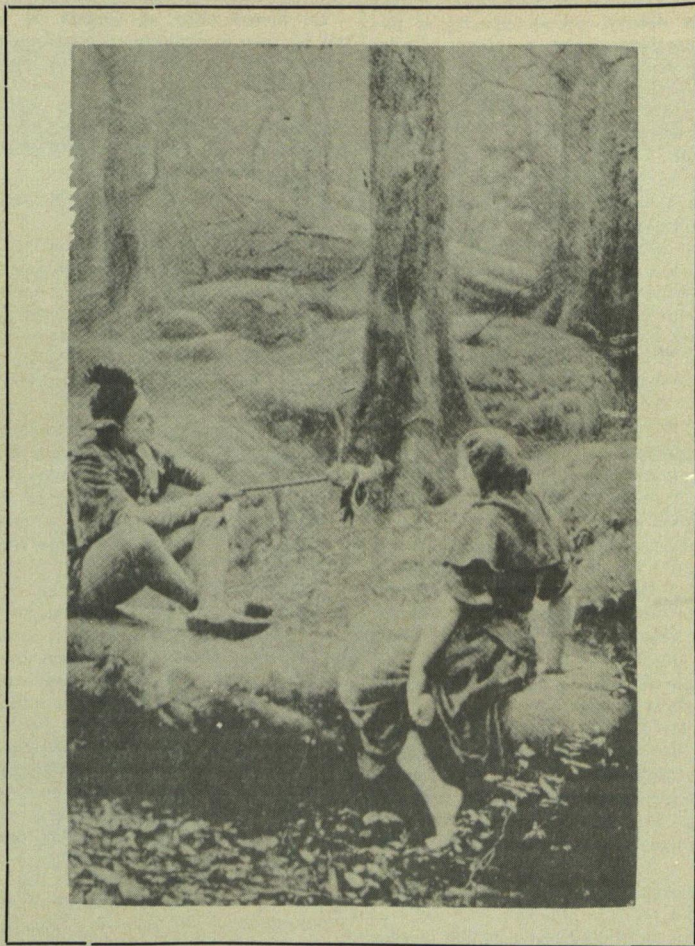
CASO el país más delicioso del mundo es el que se extiende de Belfort á Mulhouse. La variedad, la delicadeza, aquel suave arreglo de todas las cosas, dejan en el alma del viajero la ilusión completa de la dicha. ¿Por ventura no constituye eso un beneficio? Prados muy verdes surcados por arroyos; colinas abrumadas de florestas que se atropellan como en

una fiesta; trigos que en julio ondulan y resuenan como oro acariciado al sol; viñas de entre cuya espesura surgen aquí y allá casitas de anchas techumbres; aldehuelas en que los balcones de madera y los negros techos se inclinan hasta tocar en tierra; árboles, perales, manzanos, nogales, mezclados á las casas, tan antiguas como ellos. Ah! en Alsacia amamos los antiguos árboles y los techos viejos: de ello estamos seguros: han visto los tiempos de la Francia, y, siempre sólidos, esperan. Por encima, hincha su comba un cielo delicado, en que las nubes apenas son matices y tienen cautivadoras formas, como que han flotado por sobre los pinos de los Vosgos y se han mirado en los raudales temblorosos del Rin.

En el horizonte se levantan nobles montañas, de curvas tan arrebatadoras, de tintes tan finamente azul, que se creería al principio que son nubes más celestes que se han inmobilizado para cercar el hermoso país. El labriego que sólo piensa en lo que vale el suelo y el provecho que de él puede obtener, os dice sencillamente que aquel país es bello, y es lo que os digo ahora. Esta conjunción de dos juicios diversamente interesados, complementa en aquella tierra la deliciosa sensación de tranquila ventura. Tal combinación explica por qué ciertas leyendas del país, punzantes y trágicas por su origen, carecen de todo horror y hacen que la risa misma de la muerte sea como una sonora amada.

Así aquella leyenda de la Viña de la Virgen

A la encantadora aldehuela de Dellisheim, tan simpática por su calle anchurosa, por sus



DEL DRAMA “COMO GUSTÉIS,” DE SHAKSPEARE. — Cuadro de John Collier

amplias claraboyas por donde pasa libremente el aire, por su torre cuadrada y su alta colina cubierta de viñas, á aquella aldea había llegado Andrés Marsy por una adorable tarde de septiembre. Caía la noche con voluptuosas languideces. Cómo el alma perfumada de la tierra subía á lo excelso! Una bruma flotaba sobre las cuevas. El cielo, de verdes limpidices, se hacía divinamente esplendoroso: en su fondo podía verse como nacen las estrellas.

Andrés Marsy dio con una especie de granja en donde se le sirvió aquella comida que es una fiesta: rebanadas de pan moreno, grandes habas blancas y oscuras, cuartillo de carne ahumada, salero de madera en el que la sal de gruesos cristales grisáceos es como un símbolo de hospitalidad.

Delante de Andrés se había colocado una garrafa de largo cuello, llena de vino blanco. Agradeció á la anciana hospedera por aquella cordial acogida. Ella recibió los cumplidos con modestia.

Era un gozo ver sus mejillas cruzadas por largas arrugas, sus ojos claros, su frente coronada con un bonete rizado, iluminada la faz por la expresión de gratitud del desconocido.

Algunos parientes habían comido con ella en otra sala. Andrés comía solo en un cuarto estrecho, cerca de un reloj de gran péndulo de cobre.

En seguida volvió la buena vieja, llevando un gran frasco polvoriento que destapó con mucha lentitud.

Andrés gustó un vino más viejo, desde luego un poco frío y más grave, que desprendía poco á poco un extraño calor, todo un bouquet de nobles flores salvajes.

—Admirable vino! De dónde lo sacáis?

—De la Viña de la Virgen.

La vieja mostró con un gesto el collado vecino, cuya masa misteriosa se distinguía en la

noche y cuyos muros de sostenimiento conservaban vagos lampos de blancura.

En seguida Andrés subió á la habitación que se le había designado. Detrás de un amplio armario cuyos paramentos exhibían rosas talladas en plena madera, en frente de la ventana que cerraba con dos blancos travesaños, se elevaba el lecho resplandeciente de blancura. Efectivamente se elevaba. Era una montaña de plumas, encerrada en una buena tela rústica, un tanto ruda como el beso de un abuelo que aún no se hubiese hecho la barba. Todo lo que se llama plumón, travesero, almohada, edredón, se encontraba en aquel lecho superpuesto.

Andrés durmió con un sueño agitado y lúcido, con esa fiebre especial del viajero, que canta como un grillo entre el oído y la almohada.

En aquel estado de gracia resentía de nuevo los sucesos del día, el arrobamiento del camino, las amplias caricias del viento, la trepidación del tren, el sobresalto ante la Virgen de una iglesia, tan dulce, tan serena en el fondo de un nicho Renacimiento, con una uva seca entre los dedos, en homenaje ligeramente pagano.

Vino el despertar sin que el sueño hubiese sido completo. Andrés había sabido en donde estaba, pero no sabía bien en dónde se había encontrado.

Lentamente se hizo el día.

En aquel instante el collado presentaba un cuadro delicioso. Se bañaba en luz nueva. Bajo los fulgores de un calor creciente, parecía palpitar de encanto y el vapor que rodeaba sus contornos era como el hálito de la tierra consagrada por el sol.

Los muros de sostenimiento estaban dispuestos como una enorme escalera. Andrés soñaba que, ginete sobre un caballo de leyenda, subía de grada en grada hasta el vértice.

Una viña le detuvo, por su aspecto, al pasar. Era de un lado como un campo de cepas flexibles, de bellas hojas jóvenes aún, que el sol azulaba. A la izquierda, el muro se abría; á la derecha, levantaban su doble silueta dos melocotoneros de poblado follaje que oscilaba cadenciosamente.

De pronto, el pintor experimentó tal sorpresa, que se lanzó de un salto fuera del lecho y se aproximó á la ventana. Una forma femenina, de una elegancia maravillosa, se levantaba de entre los melocotoneros, luego iba hacia la viña, inclinándose casi á cada paso. Andrés la vio aún detenerse un instante, mirar hacia la aldea, hacia la casa, hacia la ventana, hacia él. En fin, pareció llevarse la mano al cuello y fué hacia los melocotoneros. Allí se sentó al pie de uno de ellos y se dispó en la bruma perlada que ascendía.

—¿Quién puede ser, pensó Andrés, esa dama que tan de mañana se levanta á cuidar de su viña y que viste de violeta? Debe de ser la Virgen de la Viña.

Pensando en esto volvió á adormecerse. Aquella vez su sueño fue más tranquilo. Sueño de la mañana, que tiene el sabor de la fruta prohibida. Habría olvidado la aparición del crepúsculo, si la vieja hospedera no le hubiera dicho, ya en el umbral:

—Un instante aún. . . . Habéis de beber un vaso del vino de la Virgen. . . .

—Ah! he visto á vuestra Virgen.

—Vos?

—Como os estoy viendo ahora.

La buena mujer se inquietó. Los humildes siempre temen alguna mistificación. Ah! sería inconcebible cobardía intentar una, aún benigna, con ellos.

También Andrés contestó con un viso de inquietud:

—La he visto en la viña que está allá arriba, entre el muro roto y los melocotoneros.

La vieja meditaba.

—¿Cómo iba vestida?—preguntó.

—Creo que con una larga túnica.

—¿De qué color, señor?

—Violeta, estoy seguro.

—Ah! exclamó la anciana con un tono de reflexión. Es que las uvas serán violetas hoy.

Andrés pidió la palabra del enigma. La vieja subió con él hasta la viña para dársela.

Cada vez que para la viña se abre un período de alguna importancia, la Virgen aparece. Ella crea, ó dirige, ó señala el desarrollo de la cosecha. Aquella mañana venía á anunciar que las uvas serían violetas.

—Ved, señor, las uvas son violetas aquí y todas á la vez. En las otras viñas, al contrario, están mezcladas. Ah! Ella las vigila y las cuida todas!

La palabra *cuidar* tomaba en los labios de la alsaciana un acento de piadosa caricia.

—Ella las toma así entre los dedos.

Y la buena mujer tomaba un racimo y lo volteaba lentamente.

Andrés había visto, en efecto, que la aparición se inclinaba varias veces. Aun creyó descubrir, sobre la tierra de la viña, el rozamiento de un paso ligero, y, sobre las hojas en las que se había deslizado el rocío, el desfloramiento de una túnica, violeta como aquellos racimos.

—Volverá pronto?

—Sí, cuando las uvas vayan á tornarse azules. Entonces vestirá túnica azul.

Andrés aprendió poco á poco los ritos de la bienhechora aparición.

Cuando la nieve empezaba á fundirse, la Virgen vestida con una túnica blanca recorría su viña. Se veía la huella casi alada de su pie desnudo. A las primeras hojas, aparecía con una túnica verde como un botón que empieza á descogerse. ¿Qué decir de su túnica color flor de vid que tomaba para aspirar el aroma matinal de su viña en flor?

La hemos visto ya vestida de violeta como la uva madurante. Vendrá en túnica azul, cuando sopesen los racimos de opulentos glóbulos. Pero aún no será la hora de la vendimia. Es preciso esperar un signo nuevo: la Virgen en túnica de carmín, oro y púrpura, como si el otoño al morir la hubiese velado con sus supremos esplendores.

—Y por qué la Virgen ha escogido esta viña?

—Ella no la ha escogido. La viña es suya.

Andrés supo entonces el origen de la historia de la Virgen. La supo á medias, en un lenguaje vago, que apenas entendía. Se comprendía así como si fuese una antigua sublime vidriera de colores, envejecida, vista á través de los dedos apenas entreabiertos de una mano temblorosa.

Aquella viña, una de las mejores del país, era la dote de una bella joven, esbelta y arrogante, la cual amaba con inmenso amor á su prometido. Debían casarse al día siguiente de la vendimia. Así, el día dicho, vendimiaba con loca alegría. Jamás se la había visto más contenta en el trabajo.

Una embriaguez poderosa se desprendía de la tierra saturada por los chubascos de septiembre, embriagadores ya como el vino; del tapiz de las hojas heridas y soberanamente bellas; del cielo gris y tibio en donde trazaban emblemas triángulos de pájaros enigmáticos; de las selvas vecinas, en donde los líquenes, los hongos, las sombras húmedas destilaban sus aromas, de todo cuanto el otoño tocaba con su mano amorosa y moribunda, como una hechicera vendimiadora. La joven reía por mil cosas: la huida de una liebre por entre las estacadas, el vuelo aturdido y titubeante de los tordos, la carraca irónica de las collalbas que de piquete en piquete retrocedían ante el vendimiador y lo miraban. Reía porque su futuro marido cuando pasaba cerca de ella, encorvado bajo el inmenso tandelén, la saludaba con una palabra ó un gesto. Reía aun por nada, porque la risa es la excelente manera de expresar que la viña es fecunda á pedir de boca. Y la joven amaba tanto su viña que no había pedido otra cosa para dote. La cuidaba con una solicitud minuciosa. Se levantaba la primera, algunas veces antes del día, y subía á su viña. La mimaba como á su alcoba de novia.

El trabajo había concluído. Cerca del último carruaje la joven ayudaba á llenar la última cuba. El racimo de azules globos, lucientes de jugo, estaba hacinado en orden. El futuro marido aportó el último tandelén. Circunspeto, con los codos apoyados contra el cuerpo, subió al eje, sonrió á la joven, se inclinó para verter la uva en la cuba. . . . De súbito, el pie resbaló. El tandelén cayó sobre el cuello de la pobre prometida.

Cayó muerta sobre la tierra de la viña, un globo de uva y una gota de sangre enrojecían á la vez sus labios.

—Se la llevó así, concluyó la vieja alsaciana, al sitio en donde se han plantado los dos melocotoneros.

Y allí ha permanecido su alma.

Andrés Marsy quiso saborear aún una botella del vino de la Virgen! Le pareció más puro, más casto, más perfumado y más apasionado!

Pues era el vino acariciado por el dedo de la joven, intrépida, y sonriente muerta.

Andrés, al abandonar á Dellisheim, sonreía también al fantasma virginal. Se preguntaba si realmente había visto levantarse entre los melocotoneros aquella aparición radiosa, ó si era solamente el miraje de la bruma herida por el sol.

Ah! Hay en el mundo más fantasmas que los que se figura la filosofía y son ellos los que dan pan y vino á los poetas!

Polémica entre don Juan Valera y el escritor uruguayo señor Reyles.—Sobre la organización y costumbres del país vasco-gaudo, libro del señor don Antonio María Fabié.—Morfología del verbo castellano actual, por don Rufino Lanchetas.—Drama del género modernista, original del joven poeta Ignacio Iglesias.—*La Jada*, drama lírico de Massó y Torrens, música de Morera.



is deberes de cronista de los sucesos literarios de España, obliánme hoy á hablar, siquiera sea brevemente, de la curiosa polémica

que ha surgido entre nuestro insigne don Juan Valera y el escritor uruguayo señor Reyles, autor de las *Academias ó ensayos de Modernismo*, que comprenden hasta ahora dos novelitas tituladas: *Primilvivo* y *El Extraño*, inspiradas en el modernismo extranjero, buscando por encima de la ficción, la intensidad del concepto y de la frase, y apartándose por completo de la tradición literaria del arte por el arte. El señor Valera, con la competencia y la autoridad que nadie le disputa, ha puesto reparos á esta tendencia; niega que ella represente un progreso y hasta niega que en la amena literatura y en la poesía pueda, como en las ciencias sociales y políticas, en las costumbres y en el comercio é industria, efectuarse progreso alguno, y que cuanto se hace y se dice acerca del modernismo, es simplemente una moda más ó menos extravagante, que se trata de implantar en España, como sucede con todas las modas que nos vienen de la otra parte de los Pirineos; por consiguiente, á juicio del señor Valera, quien entiende que hay tales modas y tales progresos, escribe mucho peor que si entendiese lo contrario, corta las alas de su ingenio en vez de alargarlas y darles fuerzas, pierde parte de su originalidad, cuando no la pierde toda, y se expone á caer en lo falso, en lo amanerado y en lo extravagante.

El señor Reyles, aún rindiendo respetuoso homenaje al ilustre autor de *Pepita Giménez*, no ha dado, como suele decirse, su brazo á torcer y ha contestado á los reparos puestos á la tendencia que sus mencionados libros representan, sosteniendo que la novela no sólo debe deleitar sino instruir, y, sobre todo, hacer sentir algo nuevo, y si nuestros grandes escritores á quienes los literatos hispano-americanos consideran maestros, se obstinan en permanecer fuera de la corriente general, se quedarán solos con sus enamoramientos de lo clásico y tradicional.

Ha contestado últimamente en *El Liberal*, don Juan Valera, insistiendo en que, en literatura, no debe haber modas y más aunque las modas hayan de venir de fuera; pero añade estar lejos de negar, que el sentir y pensar diferente en cada período histórico, deje de reflejarse en las obras de imaginación. "Quiérase ó no—dice—el escritor es siempre de su siglo, aun cuando quiera imitar á los escritores de otros tiempos." Cree, no obstante, que mejor es imitar lo antiguo que lo moderno. Haciéndolo, se tiene la ventaja de que se imita lo bueno. Lo tonto—dice—lo disparatado y lo vulgar, ha caído en olvido ó en descrédito. Varias generaciones de críticos y el desdén de las gentes han barrido lo insignificante y lo malo, como quien barre basura. Lo bueno, lo llamado clásico, queda sólo en nuestra memoria, se nos presenta como ejemplo y como modelo, nos induce á la imitación y nos excita á la competencia. En lo moderno, al contrario, las obras de literatura están como la mies en la era,



DIANA CAZADORA. — Copia de un cuadro de Jorge Papperitz

sin que nadie haya separado aún el grano de la paja, ni lo que ha de ser alimento agradable y sano, de la semilla desabrida ó de la cizaña, que, en vez de deleitar y de nutrir, embriaga y causa vahidos. De aquí que el que imita lo moderno corre peligro de engañarse, deslumbrado por el aplauso vulgar, y por el prestigio de la moda, y en vez de imitar exquisiteces y bellezas, imita estafalarias novedades ó insulsas tonterías. Claro está que, á pesar de todo, si el imitador vale algo, por cima de esas novedades y de esas tonterías, surgirá y descollará su propio talento. ¿Pero no sería mejor que no se entusiasmase tanto por lo moderno, que no se pasmase tanto de los primeros franceses y rusos, á fin de no tener que ponerse en zancos, que empinarse y que estirar violentamente su ingenio para salir por cima de esas tonterías y de esas novedades, mostrándose tal como es?"

"El ciego y fervoroso imitador de lo moderno se asemeja á alguien metido en enmarañado matorral, de donde le cuesta gran trabajo sacar la cabeza, así para orientarse como para que la gente le vea; mientras que el imitador de lo antiguo se asemeja á alguien que está en soto bien cultivado, de donde se arrancaron ya las matas enanas y espinosas, se podaron las ramas inútiles y se rozó la mala hierba. Útil ó bello y elevado además, es cuanto allí queda."

En apoyo de esta tesis, la de que se puede imitar lo bueno apareciendo, no obstante, original y diciendo cosas nuevas y bellas, recuerda á Fray Luis de León que imitó á Horacio; á Calderón cuando toma la fábula de Prometeo para argumento de un drama; á Fenelón y á Lope de Vega que sacan el *Telmaco* y la *Circe* de las obras de Homero. Los versos de Chenier son imitaciones de los clásicos griegos y latinos.

No se crea no obstante que el señor Valera quiera sólo que se imite lo antiguo y repruebe, en absoluto, toda imitación de lo moderno. Lo que reprueba es la carencia de discernimiento y la sobra de idolatría servil en la imitación. Convengo—dice—en que se puede y hasta se debe enriquecer la literatura con lo mejor que se halle en los autores contemporáneos de otras naciones. No por eso se expatria mentalmente el que lo hace. Y á este propósito, cita á nuestros poetas del Renacimiento tan imitadores de la poesía italiana, con lo cual prestaron aliento y vida á la literatura patria. Hasta confiesa que él mismo ha celebrado no poco lo exótico é importado de Francia que hay en Rubén Darío, sosteniendo que cuando este poeta americano atina en la elección de lo que toma, lo reviste de forma conveniente, lo expresa en su idioma castizo y lo importa como importa adaptarlo, lejos de menoscabar, enriquece la lira castellana con cuerdas nuevas y con tonos que tienen algo de inauditos. Pero desde esto—añade—hasta la exagerada admiración del señor Reyles por las novelas francesas y rusas, hay todavía enorme distancia, que yo no paso. Las comparaciones son odiosas, y no trataré yo de sostener contra el señor Reyles que la novela contemporánea española no es inferior á la de los países citados. Iré modesta y humildemente hasta conceder que es inferior; pero la inferioridad consistirá en que los novelistas españoles del día somos menos discretos, menos instruidos, menos hábiles y menos inspirados que los franceses y que los rusos. Consistirá, en suma, en nuestra general decadencia; en que así como ahora no hay Grandes Capitanes como Gonzalo de Córdoba: ni pasmosos marinos como el marqués de Santa Cruz; ni egregios políticos, como el Cardenal Cisneros, tampoco hay novelistas como Cervantes. Y no consistirá esto, en manera alguna, en los progresos que ha habido en la novela, progresos realizados en tierra extraña y no aprovechados por nosotros."

El señor Valera aparece aquí con todo su ingenio y su habilidad de discutiendo, que son grandes; pero, en mi humilde opinión, no está

en terreno firme. Confiesa que en la literatura patria, modernamente, tenemos poco bueno y que mejor que inspirarnos en lo que se escribe en el extranjero es recurrir á nuestros escritores clásicos. Hay aquí algo del orgullo castellano que si en ocasiones produce bienes, á menudo nos ocasiona males deplorables. El señor Valera se duele de que los novelistas y escritores, poetas hispano-americanos se inspiren en la moderna literatura extranjera. ¿Han de inspirarse en lo que sale de la prensa de Madrid, poco, y, salvo algunas excepciones, muy mediano y aun malo? Ese apartamiento de la que debiera ser, en realidad, metrópoli intelectual en la América española, puede verse en nuestra misma nación, en Cataluña, donde hace ya diez años, inspirándose en los mismos ó muy parecidos razonamientos alegados por el señor Reyles, ha nacido y desarrollóse una literatura vigorosa y completamente distinta de la del resto de España, en términos que en el extranjero cuando se trata del movimiento intelectual de nuestra nación en los días que corren, se habla más de Barcelona que de Madrid.

El señor don Antonio María Fabié, iniciador de nuestras Academias de la Lengua y de la Historia, ha publicado un tomo sobre la organización y costumbres del país vascongado, trabajo concienzudo digno de toda consideración por cuantos aprecian las viejas instituciones de aquellas provincias hoy más que nunca dignas de especial estudio, puesto que la próxima concesión de la autonomía á Cuba ha planteado el problema del régimen interior en las regiones españolas que un tiempo fueron Estados más ó menos independientes, y en los cuales palpita la idea de una regresión á un modo de ser político que, no por pugnar con el concepto que hoy generalmente se tiene de la palabra patria y nación, deja de ser un pensamiento práctico y realizable. Motivo para escribir este libro ha sido la publicación del que con el título de: *Guiúzcueva á fines de la Edad Media*, presentó á la Academia de la Historia don Carmelo Echegaray, y esta sabia Corporación encargó al señor Fabié diera sobre el mencionado trabajo, el correspondiente informe.

En la parte de este informe que pudiéramos llamar política, domina el pensamiento de combatir á los vascófilos en la cuestión que se debate hace muchos años, relativa á si los fueros y privilegios de que ha gozado y en parte, aunque pequeña, goza todavía aquella región, provienen de las condiciones que para acatar la soberanía de los reyes de Castilla impusieron aquellos pueblos ó fueron concesiones que estos reyes hicieron, es decir, otorgamiento de una gracia, no el reconocimiento de un derecho. El señor Fabié gran admirador de aquella organización político-social, pero nacionalista moderno y enemigo de todo lo que tiende á destruir la unidad del Estado, siempre y ahora más que nunca amenazada, se esfuerza en demostrar lo primero, es decir, que los fueros vascongados fueron meras concesiones de nuestros reyes, pero sus esfuerzos en esta parte se estrellan ante la realidad histórica, y al tiempo que dice haber probado su tesis, sienta que las concesiones fueron hechas en vista de la secular organización del país vasco: organización que, en el fondo, en nada afectaba á los derechos del soberano.

No querrán saber más los vascófilos, á quienes el señor Fabié combate, pareceme más por deber oficial que por firme convencimiento. Lo mejor y lo más interesante del libro es la parte en que se trata de los orígenes históricos, de la raza y de la lengua de los vascos. No es del todo nuevo lo que dice, pero hay razonamientos incontestables para deshacer errores de carácter étnico é histórico, entre ellos el que referente al supuesto origen vasco de los autóctonos ó autochthonos, como se dice ahora, de América. El señor Fabié impugna esta opinión y prueba que los vascos perte-

necen á una variedad del tipo ariano que en nada se parece al de las razas primitivas de América. Reconoce como no puede menos que hay cierta analogía en el idioma vasco y el de algunos pueblos americanos, pero esta analogía se observa en todas las lenguas de aglutinación y el fenómeno es puramente físico, ó fisiológico, proviene de la identidad de leyes psicológicas á que obedecen instintivamente todos los seres humanos. El señor Fabié sostiene que los vascos provienen de una tribu de los antiguos iberos que por las condiciones topográficas de aquella región ó por otras causas no sabidas se mantuvo independiente ó al menos conservó su idioma, leyes y costumbres á través de los siglos y de las mudanzas políticas y sociales.

El trabajo del señor Fabié viene á romper la monotonía lastimosa, que resulta cuando se habla de los libros publicados en la capital de España, de algunos meses á esta parte.

La casa Bailly Bailliere, de Madrid, ha editado un libro, *Morfología del verbo castellano actual*, según los principios y el método de la Gramática comparada é histórica, por don Rufino Lanchetas, catedrático de latín y castellano del Instituto de San Isidoro. La prensa estimo importante esta obra y la recomienda eficazmente á cuantos se dedican á la enseñanza del idioma castellano y desean conocer fundamentalmente la estructura del mismo. Divídese la obra en tres secciones. La primera es analítica y consta de seis capítulos, de los cuales los cinco primeros corresponden á los cinco elementos que integran la constitución del verbo castellano; el sexto trata del acento y de los dos principios en que está basado su uso. La segunda sección es sintética, y se halla constituida con los elementos morfológicos resultantes del análisis hecho en la sección precedente y de conformidad con las leyes fonéticas y morfológicas seguidas por la mayoría de nuestros verbos; y la tercera comprende el estudio de aquellos verbos en cuya constitución han intervenido leyes especiales que no han concurrido en los demás. El método es rigurosamente lógico, y el autor no retrocede ante ninguna dificultad, pudiendo decirse que es la suya la primera obra sobre el verbo castellano que nada deja que desear ni aún á los más exigentes sobre esta materia.

No es el libro del señor Lanchetas el único de este género que se ha publicado en España. Hace dos años apareció en Barcelona uno del P. jesuita Jaime Nonell, titulado *Morfología de la lengua catalana antigua, comparada con la moderna*. Forma un tomo voluminoso y sería larga y difícil labor extractar siquiera las materias relacionadas con la filología en general que en ella se tratan. Lo más curioso y ameno del libro es el estudio del paso de las formas del lenguaje latino al catalán: estudio que en buena parte puede aplicarse á la formación del idioma castellano. El P. Nonell explica la evolución á que me refiero por la ley de la abreviación de las palabras, según la cual todas ó casi todas las latinas pierden algo al pasar al catalán. Así *gallus* se transforma en *gall* en catalán y *gallo* en castellano. Pero esta ley aparece modificada por otras dos: la de la distinción y la de eufonía. El objeto de la primera es evitar la confusión que al abreviar las palabras latinas resultaría. La otra ley secundaria es la de la eufonía, que hace de *astrum*, *astro*, en catalán *astre*. Con estas tres leyes explica el autor todas las formas nominales y verbales del catalán antiguo ó sea el literario, objeto primordial de sus investigaciones. Lo mejor del libro es el acopio de citas que en él se hace; las más de ellas muy eruditas é interesantes. El P. Nonell es un gran filólogo: tiene otros libros de los cuales hablaré otro día.

Nada hay que registrar en Madrid acerca no-

vedades en literatura dramática. En Barcelona han puesto á la venta una producción del género modernista, original del joven poeta Ignacio Iglesias, quien, por la muestra, posee condiciones para empresas mayores. La obra está bien planeada pero se echa á perder por querer fundirla sistemáticamente en los moldes de la escuela á que el autor pertenece. El mérito del drama consiste en que, sobre un base muy endeble, se levanta un edificio grandioso y sólido. La realidad aparece sobre los cimientos de lo puramente convencional y falso. El desarrollo de la fábula es intenso y humano, pero en todo él nota-se siempre más el talento que la inspiración del autor: los sentimientos de los personajes, parecen más razonados que espontáneos. Hay además falta de naturalidad en el lenguaje. El autor del drama, huyendo de lo artificioso, ha dado con el mayor de los artificios, en el que fuerza las cualidades ingénitas. Los personajes que hablan la jerga del pueblo bajo, lo hacen de una manera tan marcada que resulta claro el rebuscamiento de voces y dicciones, no siempre apropiados á la idea del desarrollo de la obra dramática. Malo es el artificio en el idealismo, pero es peor aún en el realismo. Querer que en la escena se hable el lenguaje íntimo del hogar, el de las reuniones de confianza, ni siquiera el de la calle, es muy expuesto á esta clase de tropiezos.

Impreso, como el drama á que acabo de referirme, en los talleres de *L'Avens*, donde se hacen los mejores, los más artísticos trabajos tipográficos de Barcelona, publicóse, ha poco tiempo, *La fada*, poema de donde se ha sacado el drama lírico del mismo nombre puesto en música por el maestro Morera. El señor Massó y Torrens, autor del drama, pertenece también á la escuela modernista, pero no es de los que extreman la teoría. El argumento está tomado de una antigua leyenda pirenaica, y el poeta ha sabido identificarse tanto con los tiempos y los lugares por él descritos, que bien puede decirse ha llegado á donde no han podido otros poetas catalanes que le han precedido en esta clase de trabajos, inspirados en la atmósfera física y moral de aquellas montañas. Aumentan este valor histórico y local, las notas con que el autor del poema explica algunos de los pasajes algo confusos para la generalidad de los lectores.

J. GUÉLL Y MERCADER.

Madrid: 1897.

LA VIDA PARISIENSE

CANCIONES ESPAÑOLAS

Mis lectores conocen sin duda la zarzuela española titulada *El año pasado por agua*. Yo también la conozco de antiguo; pero al verla de nuevo en el Boulevard traducida al francés, con otro nombre, otro acento y otros

es ligera como un pájaro, usted sabe sonreír y moverse; pero bailar flamenco, jamás. Lo que Ud. hace puede ser mejor ó peor que lo que hacen nuestras chulas—(nuestras chulapas *s' il vous plaît*)—pero siempre es diferente *porque sí*, porque esas son cosas que no se saben fuera de España, como tampoco el can-can se sabe fuera de Francia. Sin duda Ud. es del Mediodía, pero del Mediodía latino y ático de la Galia conquistada por Julio César

(Julio César es un caballero muy viejo, querida Blanche) mientras que nuestras Carmencitas y nuestras Soledades son de un mediodía árabe y hasta algo africano. En el baile francés, aun en el más frenético y desordenado, mucho de las antiguas danzas de Tanagras persiste, con su ritmo flexible y harmónico. El baile andaluz tiene algo de "danza del vientre" y es, á la par, violento y felino, pausado y vertiginoso, con inmovilidades de espasmos y sacudimientos de fiebre.—Pregúnteme Ud., Blanche Dupré, cual de los dos bailes es mejor y le responderé, sin vacilar, que lo mejor es siempre lo que hace Ud.

Es mejor, pero es diferente.

* * *

Las canciones también son diferentes. Y no quiero hablar de la diferencia natural y forzosa de la traducción, sino de una diferencia más honda, casi espiritual, que hace de los sentimientos expresados en español, diferentes sentimientos expresados en francés.

Os acordáis?

—“Quiere Ud. hacerme el favor señora mía, de oírme dos palabras . . .

—Que me va Ud. á sacar el ojo con la punta del paraguas.”

Pues bien, en francés eso es otra cosa :

LE MARQUIS

Voulez-vous m'accorder la faveur non pareille
De m'écouter un instant !

SOLEDA

De ne point approcher, Monsieur, je vous conseille,
Je vous éborge autrement.

LE MARQUIS

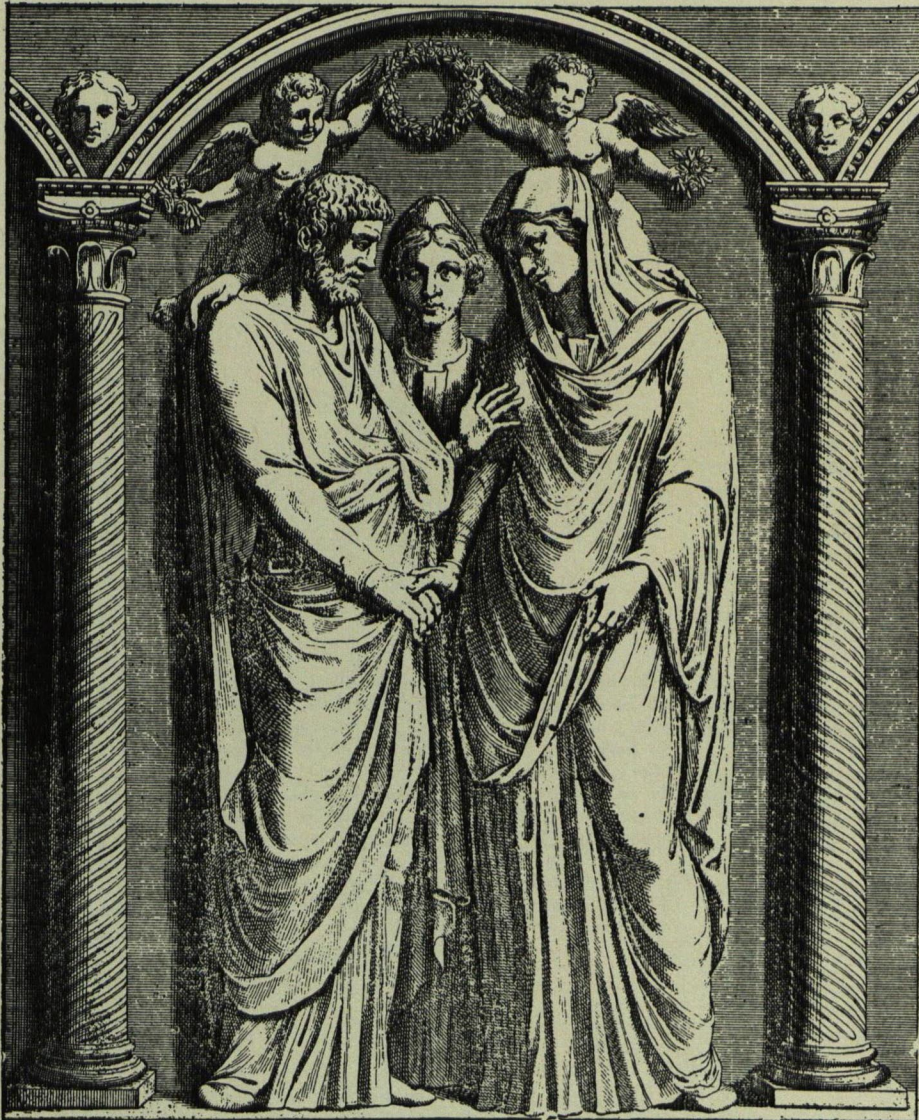
Si je vous offensai pardonnez je vous prie,
Car vous voir, c'est voir le ciel.

SOLEDA

Il pleut ! La flatterie
Manque de naturel !

LE MARQUIS

Pourtant ne serait-il pas préférable
D'user d'un seul parapluie à deux
Et respectueux,
Sans être fâcheux,



MATRIMONIOS ROMANOS

trajes, casi no me dí cuenta de que era ella.

A las zarzuelas de Madrid les pasa lo mismo que á las bailarinas de Sevilla, cuando vienen á París.

Las hermanas Peña eran, para mí, un recuerdo agradable; y á veces, en mis noches de nostalgia sus siluetas ligeras y modestas aparecían girando rápidamente, hieráticamente, sonriente, en el cinematógrafo de mi memoria.

De pronto las encontré en los Campos Eliseos, más lujosas, más gordas, más guapas. Casi eran las mismas, con la diferencia de los nombres y de la profesión. Se llamaban Consuelo y Esmeralda y ya no bailaban.

El año pasado sería, también, el mismo, á no ser porque en París se llama *La chula* y ya no baila.

.. No, Blanche Dupré, deliciosa y deliciosa Blanche Dupré, manola falsa y admirable, *eso no baila*.—Usted tiene gracia, usted

Au café voisin de prendre une table?
 Que penseriez-vous d'un homard
 D'une douzaine d'écrevisses,
 De pommes au lard
 Avec des épices ?
 Eh bien ?

SOLEDAD

Passez votre chemin
 Les hommes sont étonnants
 Ils sont gênants,
 Impertinents,
 Dès qu'une fille
 Sous la mantille
 Paraît gentille
 Ils courent sur ses pas.

LE MARQUIS

Bel ange, prenez mon bras,
 Tous ces débats
 Me rendent las.
 Ayez croyance
 En ma constance.

SOLEDAD

Allez vous promener
 Finirez-vous d'ainsi me talonner ?

LE MARQUIS

Accordez-moi de voir votre visage ?

SOLEDAD

Pas davantage
 N'insistez pas
 Cessez vos embarras.

Esto, cantado por Micheline, que es el más delicioso bibeló de Sajonia, produce la impresión de una escena parisiense, enteramente parisiense, y á causa del traje de manola y de la música de Chueca, hace pensar en la salida del baile de la ópera, cuando los "señores," vestidos de senadores romanos, invitan á cenar á las chicas que van "Con un mantón de fleco rebujado" . . á buscar á sus picadores.

* **

. . Soledad, pues, no quiere oír los requiebros del marqués y sigue rápidamente hacia el sitio en donde la espera su "toreador."
 ¡ Oh ! un toreador *pas banal*, un diestro reformador, un maestro que lleva bigotes de mosquetero y que mata al toro en bicicleta :

Comme un éclair
 Sillonnant l'air
 La bicyclette passe :
 Et repasse
 Dans l'espace
 Cheval de fer
 Aux femmes cher,
 Elle les tient brisées
 Par l'inconnu grisées.
 Réve idéal
 Et triomphal
 La femme en équilibre
 Se sent libre
 Son corps vibre
 Peuples et rois,
 Décrets et lois,
 N' existent plus pour elle,
 Nouvel ange rebelle.

A notre main d'acier sous un gant de velours
 Frêles et mignonnes, il n'est rien qui résiste
 Il est vite soumis et dompté pour toujours
 L'imprudent téméraire à lutter persiste.
 Et l'on voit se courber comme un frère roseau
 Le front le plus altier et le plus intraitable
 Le lien fait l'amour ainsi qu'un tendre agneau
 Et la femme est un Dieu car elle est adorable !

Pero la marquesa también está enamorada de Frasquito el torero . . y como ella tiene más dinero . . y como él es ambicioso . .

Pero Soledad les persigue ; y al encontrarles juntos, plantea lo que en política se llama la cuestión de confianza :

— ¿ Ella ó yo ?

El día está hermoso, casi tan hermoso y casi tan ardiente como Soledad . . Y el toreador, á pesar de su bicicleta, no es de madera . .

— ¿ Ella ó yo ? . . pregunta de nuevo la chula.

Resueltamente Frasquito responde :

— Tú.

Y la fiesta, como todas las fiestas, acaba con una canción :

A Madrid, en Castille,
 Je naquis certain jour,
 Enfant d'amour
 Au coin d'un carrefour,
 Je grandis sans famille
 Grâce á la charité.
 Dans sa bonté.
 Dieu me donna beauté
 Je n'avais souci, j'étais riieuse,
 Les hommes disaient: quelle enjoleuse !
 J'écoutais gaiment, me moquant de tout
 Je chantais, dansais, c'était mon goût !
 Parce que j'étais fière,
 Et même altière,
 On m'admirait
 La sagesse a son attrait
 Si même on n'est pas parfait,
 Mais je sentais dans l'âme
 Comme une flamme
 Qui me brûlait
 Quand Frasquito, l'infâme,
 De moi, s'approchait
 Et me parlait.

Ah ! ah ! sa voix était tendre
 Ah ! ah ! il n'eut qu'à me prendre
 Ah ! il jura devant l'éternel
 Ah ! de m'épouser ! Vœu solennel !
 Ah ! ah ! que je fus heureuse !
 Ah ! ah ! j'étais amoureuse !
 Ah ! et je l'aime, je l'aime encor.
 Mon beau toréador (ter)
 C'est mon seul trésor.
 Ah ! ah ! que sa voix est tendre,
 Ah ! ah ! je veux le reprendre,
 Ah ! il jura devant l'Eternel
 Ah ! de m'épouser. Vœu solennel !
 Ah ! ah ! je suis malheureuse !
 Ah ! ah ! je suis amoureuse !
 Ah ! je l'adore et je l'aime encor.
 Mon beau Toréador (ter)
 C'est mon seul trésor.

Esto es un tango.

* **

Si he citado varias canciones de la *Chula*, no ha sido justamente para deleitar á mis lectores, sino con el objeto, más trascendental, de hacer ver lo que queda de nuestra poesía ligera traducida á otra lengua. Pero ¿ y qué de extraño tiene que los versos festivos *no resullten*, una vez adaptados, cuando la música misma, que no ha cambiado, que es idéntica á la que oímos en Madrid, la música admirable y adorable del maestro Chueca, no suena de igual modo aquí, en medio de París, que allá cerca de la Puerta del Sol ?

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

IDO !

(CRÓNICAS RÁPIDAS)

Un cajista de San Francisco de California publicó hace ya muchos años en un periódico de aquella ciudad un artículo á propósito de la inmigración asiática en los Estados Unidos. John Stuart Mill, en el apogeo de su fama entonces, leyó el artículo, que mereció los honores de la reproducción en algún diario de Londres, y le escribió al impresor norte-americano una carta de alabanza en la que solicitó su correspondencia.

Ese mismo obrero escribió á poco un libro muchas de cuyas páginas *compuso* cuando al cabo de vanas instancias logró encontrar editor, y hoy ese libro está traducido á todos los idiomas europeos, y al chino y japonés. Más de medio millón de ejemplares suman las ediciones sucesivas que de ese libro se han hecho en los últimos diecisiete años.

El 29 de octubre murió súbitamente el autor de aquél artículo y de esta obra, en momentos en que, designado candidato para Gobernador (alcalde) de la ciudad de Nueva York, libraba ruda campaña contra la corrupción municipal reinante. La noticia de su muerte consternó á Nueva York, la Europa y la América rindieron tributo al incorruptible desinteresado de su apostolado y á la alteza de

su persona intelectual y moral: cincuenta mil personas visitaron la capilla ardiente en que fue expuesto su cadáver y diez mil hombres lo acompañaron hasta el sepulcro.

El mérito es el naufrago del alma:
 Vivo, se hunde; pero muerto flota.

Hasta el 28 de octubre, ese muerto del 29 era tenido por visionario, era acusado de constituir un peligro público y se afirmaba que si bien era improbable su elección, su candidatura no más era una amenaza para las instituciones. El día siguiente ese Catilina de la víspera era ciudadano ilustre.

Por que nó ? El Cristo no subió en vida á los cielos, y antes y después de él la humanidad ha juzgado siempre visionarios á quienes se consagran á la predicación y á la defensa de la verdad y la equidad. ¿ En qué cerebro sano cabe la idea de que esas abstracciones sean prácticas ?

¿ Qué sería de los fuertes, de los astutos, de los malandrines armados de cetro ó de bastón de autoridad, si un día llegasen á regir los negocios humanos Verdad y Equidad ?

Las tiranías desatentadas son odiosas: los hombres vencen el terror que ellas les inspiran y las quiebran y desbaratan. Las tiranías hipócritas son más toleradas. Pero el despotismo del bien, de la verdad, de la equidad: ese, el hombre no lo consiente. Si alguna vez bajo una latitud cualquiera apareciese un gobernante que impusiera la ley del Sinaí, que reprimiera toda forma de vicio, de servidumbre y de fraude, el pueblo se alzaría en masa y lo crucificaría ! Si no se le aseverara á los hombres que Dios en su omnipotencia remite los pecados y perdona los malvados, si contritos, hay que preguntarse si la humanidad toda no se volvía atea ó inventaba otro Dios.

La fe es una infinita prolongación del egoísmo. Los humildes acogotados por la desgracia creen más, creen mucho, creen en Dios que ha de darles cielo y en los visionarios que les prometen aliviar su carga en este mundo.

* **

Los diez mil que acompañaron el féretro de este cajista eran humildes obreros como él, que iban á echar en la fosa el cadáver del profeta y á enterrar con él un poco de su fe y acaso un mucho de su esperanza.

Henry George, el ídolo del proletariado neoyorkino, había notado que dos fenómenos constantes acompañan el engrandecimiento industrial: arriba, el lujo con sus vicios, abajo el pauperismo con sus degradaciones. El creía que ese desequilibrio fatal provenía del encarecimiento de la propiedad raíz en los grandes centros industriales y sostuvo que, pues la tierra es la madre próspera, la fuente única de cuanto al hombre nutre, abriga y regocija, del hombre ha de ser la tierra sin más reserva que la obligación, justa y sabia, de regarla con el sudor de su frente. Quien no la labra sino la posee inculta, ó la torna en jardín para embeleso y regalo de sus ocios, ó la aprisiona dentro de cuatro muros y le pone precio, ese desposee á quien anda en busca de pan y no lo encuentra. Ese no merece el usufructo del solar, porque el producto ficticio de la tierra estéril es fruto de maldición. Multarlo con un impuesto igual al interés que esa tierra produjera es el remedio que proponía Henry George. Multar al propietario y abolir todo otro impuesto.

Los humildes lo amaban porque él quería de todo corazón que la miseria y la plutocracia desaparecieran.

Y, Henry George, vencido, fue al cementerio colmado con la hiel de la derrota apenas mitigada en su amargura por el entusiasmo de la lucha, cortejado por diez mil gentes sencillas, ilusas como él, y abrumado por la postuma apoteosis fraudulenta de la humana hipocresía.

Así triunfan los vencidos.



¿A DONDE IRÁN Á PARAR?—Acuarela de O. Gráf

CRONICA CIENTIFICA

BOSQUEJOS PENALES



OMO todo, también han estado y se encuentran sujetos á la influencia dominadora de los tiempos, á la obra bienhechora y saludable del progreso humano los estudios penales; y en el campo de su investigación cual en la esfera de la evolución orgánica jamás interrumpida, han surgido diferencias, se presentan disensiones ó contradicciones, oposiciones terribles provenientes de la variedad de ideas y sentimientos reinantes siempre, de la imposibilidad de satisfacer completamente la serie inacabable de necesidades existentes, del ansia de vivir y, parece mentira, de la oposición sistemática de encontrados intereses materiales, bastardos siempre en el terreno superior de los espíritus y la razón serena.

Así no es de extrañarnos ver cual salen á combatir á la palestra de la lucha y en el campo de la inteligencia teorías antagónicas, radicalmente antitéticas si en la forma se examinan solamente, si con visos de inexactitud se las juzga en apariencia; pero hermanadas al cabo, lógicamente encadenadas, llamadas á converger á un mismo punto más tarde ó más temprano y hasta impulsadas por idénticos motivos, pues en el fondo buenas, todas acordes con sus tiempos, han prestado y prestan á la ciencia del saber utilidad evidente; son el esfuerzo de una constancia y firmeza inquebrantables y como todo lo que así resulta, cual toda virtud perseverante donde quiera que se halle, implica dosis no escasas de abnegación y heroísmo y, merecedora del éxito, es suyo el loor inmarcesible de los rectos de pensamiento y buenos de voluntad, nada abundantes en el mundo veleidoso de la inconstancia en que vivimos.

I

Desde luego salta á la vista, fijando nuestra atención en el momento presente del desarrollo jurídico-penal, que son dos las teorías ó escuelas predominantes, que luchando frente á frente de manera decidida y hasta encarnizada se afanan en sostenerse y obtener la victoria del presente y porvenir, sembrando como es consiguiente en los instantes de todo combatir, dafinos siempre al menos por ese transcurrir, el desorden en los conocimientos humanos, las dudas, vacilaciones, desconfianzas de los espíritus tímidos ó convicciones aereas que nunca faltan en nada que adelante signifique, los entorpecimientos nacidos de la ignorancia y mala fe jamás desvanecidas: desalientos, dificultades, que encuentran eco en el seno de las Academias, en el recinto sagrado de las cátedras, en el claustro de los Congresos, en la conciencia del juzgador, en el pensar del jurista, haciendo en suma más lento y difícil aunque seguro al fin el desenvolvimiento rápido y progresista de esta rama importantísima del Derecho, y más tardíos á la Sociedad sus beneficiosos efectos.

Las teorías clásicas y las nuevas teorías, tales son las formidables contrincantes. Aquellas son la representación genuina de los tiempos que pasaron, por fortuna para no volver jamás; estas la personificación acabada del espíritu de moderna observación, los anhelos más recientes, la aspiración al porvenir que se vislumbra: Ambas sintetizan las ideas y sentimientos predominantes en su aparición; han venido á realizar necesidades urgentes; y merced á su influjo más ó menos beneficioso, más ó menos saludable, ha estado en constante excitación nerviosa, no ha muerto nunca, alienta y alentará la inteligencia poderosa de los hombres pensadores, á ellas se consagran los esfuerzos más meritorios y de allí surgirá como precisa é indeclinable consecuencia, con la fuerza de los hechos evidentes, el advenimiento de la nueva era del derecho consumado, que acercándose vá en las postrimerías del siglo grandioso de todos los descubrimientos, de todas las maravillas, que hace terminar la proximidad del inmortal que nos llega, y en que siendo un hecho el reinado de la justicia serán una verdad consoladora la existencia de la paz y la fraternidad entre los hombres.

II

El ilustre César Beccaria, pensador profundo, gloria de Italia y de la humanidad, haciendo lo que los romanos, lumbreras en la rama civil del derecho, y los paladines prácticos sus antecesores no supieron hacer para el engrandecimiento del Derecho Criminal y su elevación á sistema filosófico por excelencia, tuvo la gloria de efectuarlo á impulso más bien del generoso sentimiento que de la pura aspiración científica. Merced á sus esfuerzos y á los de la pléyade inmensa de entusiastas defensores de la reforma que comenzando con Rissi, Genovesi, pasando por Filangieri, Lauria,

y tantos otros termina con Mancini, Mamiani, Carrara, fue un hecho la regeneración de los estudios penales, y á su mágico conjuero las densas nieblas de la Edad Media que les aprisionaban é inertes mantenían se deshicieron, surgió la luz y avanzó mucho la perfección en la esfera de la criminalidad.

El afanar y la doctrina de tan notables criminalistas, homogénea en el fondo aunque varía en sus accidentes, al conocer el delito intentan hacerlo con independencia ó abstracción completa de cuanto le sigue ó unido vá á él con la adherencia más insoluble, en íntima fraternidad, en admirable armonía como se unen y se sintetizan en el humano organismo la materia y el espíritu y en el concierto de los mundos los reinos de las sombras y la luz. No piensan no tan sabios pensadores en el delincuente, en el sujeto de derechos y deberes, en el causante de la perturbación ó del orden lesionado; se olvidan por completo, de él para atender tan sólo al mal que ha realizado sin tener en cuenta que pudo ser consecuencia indispensable de estado ó situación excepcional del espíritu ó del cuerpo ó de ambos á la vez. Se afanan por igualar con precisión matemática el delito y la pena cual si no fueran la misma variedad y no existiera antagonismo completo imposible de vencer en un orden de ideas superior entre lo uno y lo otro. Devuelven el mal por el mal, causando uno nuevo por el antiguo recibido, todo en nombre de la Sociedad; resultando el castigo una venganza del poder más que otra cosa; é invaden en suma el terreno de lo vedado y lo desconocido, las conciencias, en alas del necio anhelo, llevados por la química aspiración de realizar un imposible, el de hacer que se compensen guardando la necesaria y debida proporción las penas que en cada caso se impongan con el grado mayor ó menor de libertad moral, de conciencia, de personalidad, pudiera decirse, que en el ejercicio ó realización de sus actos criminales tuviera el infractor de los preceptos conculcados; cual si no escapase de los estrechos límites de la mejor comprensión una tal graduación ó proporcionalidad; cual si en el terreno de la práctica marchasen siempre en completo acuerdo las teorías, y posible fuera la verdad justicia de unos tales absurdos é imposibles despropósitos.

Así no es raro que en el momento de su aplicación, en esa piedra de toque de las teorías llamadas á ser hechos ó á desvanecerse, en esa conversión de ideas y sentimientos en desilusiones ó realidades consoladoras; no es raro decimos ver las vacilaciones é inconsecuencias en el terreno de la ciencia aunque no en el de los lógicos efectos de principios tan bellamente formulados por la escuela clásica; y se notan las retiradas hacia atrás desandando el camino recorrido inútilmente, el combate de los unos con los otros elementos entre sí, de los hechos con las teorías, de los efectos con las causas mismas cual si no fueran su indispensable resultado y todo cualidades ó atributos del desacierto y equivocación patente: que se malogra el verdadero fin de la penalidad no juzgando los efectos por sus causas productoras y sus necesarias relaciones.

Y sin embargo, no habrá quien niegue sus altos merecimientos, su influencia benéfica y decisiva á la Escuela que tratamos. La obra de Beccaria y de su peregrino ingenio, la laboriosidad de los suyos, necesarias fueron, de todo punto indispensables, si la ciencia penal había de llegar á la altura incommensurable en que la vemos hoy, despertando del sueño letal de las tradiciones del pasado en que petrificada y muerta parecía, sirviendo de transición providencial y sublime de aquellas á las nuevas realidades, siendo el puente que en comunicación pondrá por los nuevos adelantos sucesivos al hoy perfeccionado con el mañana venturoso.

Cuando apareció, ella fue la protesta formidable de la razón y el sentimiento humanos contra el tejido inacabable y sempiterno de infamias y de errores, de fanatismos é ignorancias, de despotismos del estado sobre el mísero individuo; fue la muerte de sus males nacidos en la lobreguez de los albores de la nueva edad, aún no desvanecidos por completo en nuestros días; pero que van de vencida; é implica siempre un no pequeño adelanto el clasicismo de esta Escuela sobre los sistemas del talión y la venganza, tan en uso en los antiguos tiempos de la vida humana, tan opuestos y contradictorios no tan sólo á la razón y la ciencia sino muy principalmente á los puros sentimientos de cristiana humanidad y á los influentes afines ó necesidades de los tiempos posteriores.

Progreso indudable entraña aunque en rigor científico no figure en la primera línea en los momentos presentes, la nunca bien apreciable é inmensa conquista obtenida por el Beccaria benefactor de la Sociedad en los difíciles momentos transitorios de una idea y sentimiento ya formados á otra idea y sentimiento diferentes que traen siempre en pos de sí el escarnio de Colón, la hoguera de Savonarola, la muerte de Servet, la prisión de Galileo..... la burla y la calumnia de los contemporáneos, los dardos punzantes de la envidia, las iras de la ignorancia cruel: que las reformas, inno-

vaciones y mudanzas aun las mejores han sido y serán resistidas y perseguidas siempre, porque lastimando intereses y reputaciones cimentadas en lo antiguo, aparecen cual la eterna y constante pesadilla á los ojos de los déspotas, del que duerme aferrado en el sueño de la inercia, allí encerrado cual caracol egosta en su calcárea concha, sin comprender que el mundo es el movimiento, que en él camina sin detenerse jamás y que en el crisol de la moderna crítica se funden y se deshacen los edificios que más sólidos é indestructibles parecían cuando ello es necesario á la labor jamás interrumpida de los tiempos.

III

Mas como la escuela clásica venida en su oportunidad á la vida riñó ruda refriega y venció, desvaneciéndolas, las sombras del pasado triste siempre, que ansiaban eternizarse para mal de los humanos; así llegado el momento propicio es venida la ocasión de que ella riña batalla y vencida sea, cediendo al cabo su puesto á los nuevos adalides del Progreso que armados á la moderna vienen á la lucha con ventajas incalculables, no provistos de empirismos imposibles ni sustentando utopías irrealizables ó cegueras incurables y exclusivismos condenados por las inteligencias y la opinión, sino apoyados fuertemente en el espíritu de la más amplia fraternidad y en el único criterio de la observación más acabada; sostenidos por la estadística en el colmo de su apogeo actual; basados como quien dice en verdades evidentes, en la propia vida humana, no en inadecuados silogismos ni en premisas falsas, de fatales consecuencias siempre.

Del seno de ese suelo feracísimo que parece contener también y que reclama con soberana razón la primacía ó superioridad en el estudio y adelanto del Derecho; del corazón de la Italia aparecieron defendidas con ardencia inimitable las ideas que apuntara Gall, que mantuviera Friedeich y Mittermayer, que desenvolvieran Broca y Bordier, por apóstoles incansables de la talla de Lombroso, Ferri, Garófalo, Marro, Morselli, Puglia, Fuiseti, Mayor, Virgilio y tantos otros, especialmente los tres primeros astros de verdadera primera magnitud, que allí fueron los que regaron por el mundo todo, doctrinas vivificantes que lo mismo traspasaron las nevadas cimas de los Apeninos y los Alpes, invadiendo la admirada Europa, que en alas de la brisa á repercutir se fueron y á fructificar también á través de la inmensa sábana marina, allá en la mansión de los bosques vírgenes, de las inexploradas selvas, en esta en que moramos mansión de la libertad de los espíritus, de las inteligencias, de los corazones y las conciencias, de la democracia americana. Buena prueba de ello fueron, entre muchos que pudiéramos citar, Lacassagne, Bournet, Coutagne, Feret, Tarde, Broca, Manouvrier en Francia; Pérez y Oliva, Gil Osorio, Pérez Caballero y Concepción Arenal en España; Prius y Albrecht en Bélgica; Claphan y Clarke en Inglaterra, Benedick en Austria; Castello-Branco en Portugal; Piñero y Drago en las Repúblicas Americanas.....

Desechando los fundamentos *a priori* de los clásicos, creando un nuevo método de resultados más científicos y prácticos, de aplicación más verdadera en la esfera de la criminalidad y de la Ley Penal, de utilidad más evidente y de consecuencias seguras é indeclinables en el terreno de las ciencias físicas y naturales, en el campo de las psicológicas y en la esfera de acción de las jurídicas y sociales: partiendo del estudio ó conocimiento del origen y principios iniciales ó constituyentes del delito, lo estiman tal cual es, como un hecho natural no ajeno á influjos misteriosos no indagados sino sujeto por el contrario á las humanas y naturales leyes de que es imposible toda sustracción absoluta en el orden de los hechos; lo considera como el efecto ó lógica consecuencia de la resultante de distintas causas necesarias de indagar y conocer si se anhela combatir con método, y con acierto destruir de una vez para siempre el mal aniquilando el germen de la enfermedad en la cuna misma en que nació. Las ciencias naturales y fisiológicas son sus auxiliares valiosísimas. Estudia y analiza científicamente el criminal, haciendo más y más adelantado el Derecho Penal al ponerle cual le pone en un medio más inteligente y armonizándole en grado sumo con los demás órdenes de conocimientos similares y aplicables, adoptando el empleo de esas medidas tan necesarias si se han de realizar debidamente los casos y problemas complicados y difíciles de *por sí* que á menudo se suscitan en el campo complejojísimo en que se agitan el crimen, el delincuente y la penalidad.

No es la graduación imposible de la libre voluntad del individuo la que la norma da sirviendo de pauta en la regulación de la responsabilidad; antes por el contrario se la sustituye y cambia con otro orden de ideas y prácticas más en relación con la actualidad, más verídico y realizable, más en consonancia con el sentimiento humano, con la caridad cristiana, con la civilización misma, cual es el derecho de la de-

fensa de todos, que legitima en beneficio del mayor número, en pro del organismo social, la exclusión de la comunidad de algunos de sus miembros perjudiciales, partes gangrenadas cuya extirpación se impone.

La observación, la estadística, el bienestar social, la grandeza de los trabajos, la excelencia del afanar, el espíritu de concordia que la anima son pues los timbres preciados de gloria con que se engalana y presenta á la consideración de todos la nueva Escuela, beneficentísima á los intereses todos de la humanidad, intérprete ó reacción indispensable y necesaria de los intereses sociales en peligro.

IV

Y se inició la corriente correccionalista de que fue Roeder principal apóstol, con discípulos en Alemania, Italia, Francia y España principalmente, tendente á mejoramientos en el orden moral ó en el jurídico; y también la aspiración crítica ó modernísima, alejada del idealismo metafísico de la clásica y del antropológico de la nueva, con animosos sostenedores como Carnevale, Alimena, Colojanni, Pugliesi, Vacaró, Impallomeni, Tarde..... Mas la primera no arraigó independiente por su carencia de verdadera autonomía, su exagerado sentimentalismo y la falta de acuerdo necesario entre los principios proclamados y los desastrosos efectos resultantes; y la segunda, si rechaza el calificativo de ecléctica con que se la designa, ni deja de estudiar el delito, no el delincuente, como la clásica, ni tampoco de prescindir del libre albedrío, como la nueva ó antropológica: tal parece como que siguiendo el moderno sistema de combinaciones ó sociales transacciones tan en boga y tan práctico en resultados positivos, hoy se aspira á alcanzar un justo medio racional, realizando así el más bello ideal de perfección humana.

DOCTOR RAFAEL GARCIA CAÑIZARES.

Caracas.—1897.

LA LÁMPARA DE ALABASTRO

En diferentes novelas habréis leído la encantadora descripción de una alcoba en los términos siguientes:

“El lecho de columnas, etc... Las ropas de Valentina esparcidas aquí y allá, etc... Valentina muellemente tendida, etc...”

A continuación:

“La estancia alumbrada por una lámpara de alabastro que colgada del techo, tamiza sus rayos lechosos sobre los brazos desnudos de la joven, etc., etc., etc...”

Mi Valentina, una muchacha romántica que me ha prometido su mano, había leído también esta deliciosa narración; y la veía en sueños todas las noches y me decía sin cesar:

“Aquella mujer era feliz porque poseía una lámpara de alabastro.”

Valentina, así iluminada, debe ser delicadamente linda.

—Amigo mío, me hace falta una lámpara igual á aquella; si me quieres tanto como aseguras, cómpramela.

—Con mucho gusto, respondí sin el menor embarazo.

—Os conozco bien; pero sabéis que si no tengo la lámpara de alabastro dentro de ocho días, es inútil que volváis.

—Estad tranquila; la primera que encuentre, la compro y vengo á depositarla inmediatamente á vuestros pies.

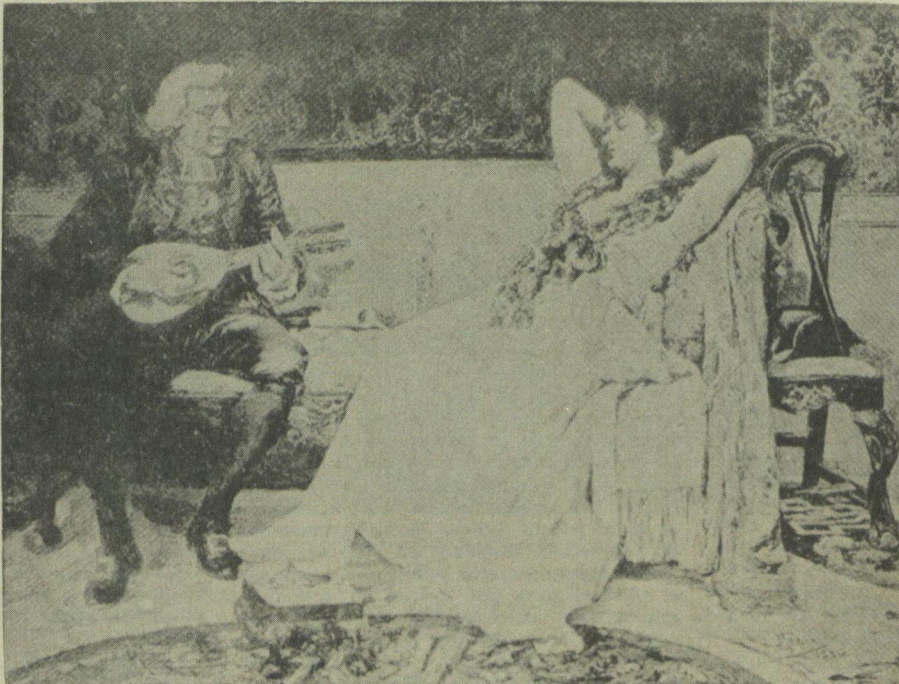
—Dentro de ocho días, á más tardar.

—Así será.

—Es inútil que pongáis aquí los pies sin mi lámpara.

Terminado este diálogo, me fuí á buen paso, absolutamente seguro de que la lámpara de alabastro era una compra corriente y que, visto el número de estos objetos puestos en circulación por los novelistas, era imposible no encontrarlas á la vuelta de cada esquina, y acabando por decirme:

“Valentina es demasiada buena al darme ocho días de plazo.”



LA ULTIMA TONADILLA.—Por N. Megia

Cuarenta y ocho horas después de recibida la petición, no había aún podido procurarme el objeto solicitado.

La casualidad no me fue favorable y tomé el sabio partido de pasarme sin ella.

Como quería una lámpara bonita, entré en una tienda de objetos de arte.

—¿Tiene usted lámparas de alabastro?

—Señor, respondió el honrado comerciante, no tenemos ese artículo.

—Muy bien, iré á otra parte.

Me dirigí á una tienda de antigüedades.

—¿Tenéis una lámpara de alabastro?

—¿Y qué es eso?

—¡Toma! ¡qué ha de ser!... una lámpara de reflejos lechosos, como dicen los novelistas; ¿no habéis leído nunca á Javier de Montepin, ni á Boisgobey, ni á Malot? ¿No sabéis, pues, que Valentina, en su alcoba...?

—¿Valentina? No la conozco.

—¿Cómo, ignoráis que en toda alcoba bien amueblada hay una lámpara de alabastro que cuelga del techo?... Alejandro Dumas, Elie Berthet....

—Vea usted si en las tiendas de esos señores...

Diciendo esto, el comerciante giró sobre sus talones encogiéndose de hombros y murmurando: “Está loco.”

Aburrido corrí á una lampistería que me pareció bien surtida.

Me enseñaron lámparas de todas clases y muy lujosas, en porcelana, bronce, zinc, pero ninguna de alabastro.

Empezaba á impacientarme.

Entré en una tienda de loza y me enseñaron bonitas lámparas, unas transparentes, otras opacas, vajillas de postre, tazas para café y uno de esos vasos que se ocultan cuidadosamente cerca del lecho en un mueble íntimo.

—¡No, no!—exclamé furioso y descorazonado.

—¡No es cuestión de Zola, sino de Belot, Bou-

vier, Richebourg, que saben bien lo que dicen cuando hablan de lámparas de alabastro!

Como el otro comerciante, éste concluyó invitiéndome á dirigirme á estos señores. ¡Oh, la gloria!

Decididamente, el diablo tomaba cartas en el asunto; pero no queriendo ceder, me resolví á seguir el consejo de los dos hermanos comerciantes y me fuí á casa de Georges, un novelista amigo mío, haciéndome la juiciosa reflexión de que los autores que hablan constantemente de

este objeto maravilloso, deben saber dónde se vende.

Encontré á Georges confeccionando un folletín para un periódico-código á cinco céntimos.

—¿A qué debo el placer de esta visita—dijo.

—Vengo—repliqué—á hacerte una pregunta: Valentina me pide una lámpara de alabastro; ¿dónde podría encontrarla?

—¡Qué idea! Tú eres hoy la musa, tú me salvas la vida; tenía necesidad de una situación; acabas de inspirármela. Siéntate; toma un periódico; en un cuarto de hora soy contigo.

Se instaló ante su mesa, y durante veinte minutos oí el chirrido de su pluma sobre el papel.

Al fin se levantó satisfecho.

—Ten, lee—dijo. Tomé el manuscrito, y leí:

“El lecho de columnas, etc... Las ropas de Valentina, esparcidas aquí y allá, etc... Valentina, muellemente tendida, etc...” A continuación: “Una lámpara de alabastro, que colgada del techo, tamiza sus rayos lechosos sobre los brazos desnudos de la joven, etc., etc., etc.”

El papel se me escapó de las manos; la famosa lámpara estaba descrita una vez más, y el excelente amigo iba á cobrar una centena de francos por esta descripción fuera de moda que todas las jóvenes ven en sus sueños.

—Pues bien, amigo mío, dime ahora donde se pueden encontrar esas famosas lámparas de que hablas en todas tus producciones literarias.

—No vayas á ninguna parte. No las encontrarás; son el *pendant* de los ojos aterciopelados, de los dientes de perlas, los labios de coral, los cuellos de cisne y los dedos de hadas; ganamos cantidades fabulosas con este objeto de lujo, que no se fabrica más que en la literatura.

—Gracias.

—A tus órdenes.

De un brinco corrí á casa de un industrial para pedirle algo que fuera semejante, no queriendo darme por vencido.

—Se os hará una, me dijo, pero no será tan linda.

—¡Qué importa! ¿Cuándo la tendré?

—Dentro de un mes.

—Es inútil que os molestéis, entonces ya no la necesito.

Después supe que, para desembarazarse Valentina de un estorbo, le dio ocho días para encontrar una lámpara de alabastro.

A. B. C. D... todo el alfabeto pasó.

Ahora empieza su octava serie de iniciales.

De buena gana daría un consejo al que quisiera casarse con Valentina—consejo que hará bien en no seguir:—que dé orden de fabricar inmediatamente su lámpara de alabastro, para estar preparado en los ocho días.

AL SEÑOR ELOY G. GONZÁLEZ



Si no fuera porque es usted quien me llama á discutir sobre algunos puntos de mi último libro titulado "Al Esfumino," y de modo caballeroso y hasta simpático, y, además, porque prometí salir á la palestra para defender mis ideas, siempre que fuese la hidalguía quien me invitase, á fe que dejaría las cosas como viniesen, sin ponerles ni atención ni mano; pero doblemente comprometido por esas dos circunstancias, que para mí son de mucho valer, me tiene usted de frente.

Versa el escrito de usted sobre dos puntos asaz importantes: primero: usted no está de acuerdo con la opinión que tengo formada y emitida respecto al valimiento poético del señor Picón Febres. Segundo: tampoco lo está con mis ideas relativas á la emancipación de la mujer.

Por de pronto no creo conducente tratar del primero, ya que ni en el escrito de usted, ni en el "ligerísimo comentario" del señor Andrés A. Mata, que viene inserto en el mismo número de EL COJO ILUSTRADO, encuentro suficiencia para volver lo que ya dije.

Y esto porque usted no aporta ningún razonamiento digno del caso, sino que apenas "juzga"—ante usted mismo—que no es cierto lo que expuse, y ello sin haber usted "realizado bastante número de lujosas campañas de edificación literaria." De manera que su opinión no puede hacer cambiar rumbos, por ser singularmente personal, y porque no trae usted nada en su apoyo.

Y por lo que al señor Mata se refiere, cualquier imparcial verá que adolece de la misma flaqueza en el argumento. No se replica poniendo en boca del contendor conceptos que no ha estampado. Por ejemplo: se me atribuye que dije que "Picón Febres es el príncipe de la poesía americana," y que "es sin quizá el más sobresaliente de nuestros jóvenes literatos." Yo escribí que él, Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y del Casal son los príncipes, y que como rimador, como novelista en su género y como hombre de tribuna, Picón Febres es quizá y sin quizá el más sobresaliente de nuestros jóvenes literatos. Salta á la vista la hondísima diferencia que existe entre esas afirmaciones. No se tumba una reputación con quejas y disertaciones vagas ni rebuscando nombres para hacerlos monotonera, y menos si esos nombres son desconocidos para la generalidad: sería más acertado señalar obras. No se oscurece un nombre entresacándole tal cual defectillo: ¡ cinco versos entre doscientos sententiseis que he citado del poeta !

Si á entresacar lunarejos se concretase el crítico, las principales producciones humanas no valdrían lo que valen. Pienso que en estas discusiones los sollozos y las lágrimas son diseados enclenques: hay necesidad de premisas bien sentadas, de deducciones limpias como el rayo de luz que tiembla entre las ondas espumantes y sonoras; inamovibles como esas rocas que á las orillas de los mares resisten empujes furibundos, y sin embargo aparecen siempre coronadas y soberbias; potentes como el trueno que retumba en los espacios sobrecogidos de terror, y cortantes como espadas toledanas.

Sigo, pues, en mi creencia y abrigando la convicción de que en otro país en que amen más nuestras glorias de lo que las amamos nosotros: en que no reine la contagiosa enfermedad de que se adolece en Venezuela, de querer más á lo extraño que á lo propio, la obra de Picón Febres no encon-

trará los obstáculos que entre los suyos, y su nombre tendrá la aceptación que en verdad y justicia le corresponde.

Dicho esto, así incidentalmente, paso á tratar la segunda cuestión del artículo de usted.

Tema fecundo, aun á pesar de los continuos manoseos que ha sufrido; oscuro, no obstante lo que se ha hecho por alumbrarlo; y delicado, por tratarse de una cuestión de importancia vital para la sociedad, es ese de la emancipación de la mujer.

Dije en mi libro: el día que la mujer llegue á emanciparse, se habrán acabado los moldes que hagan verdaderos ciudadanos, las manos que enderecen corazones, los arcángeles que hagan del hogar mansión de almas felices, altar donde se queме la mirra del amor santo y cornucopia de diamantes desde donde despiden sus aromas las flores de la virtud conyugal.

En segundas argumenté sobre el asunto, mas no de modo tan contundente, necesario es confesarlo, que llegase á convencer, de la bastardía del proyecto, á todos y á cada uno de sus defensores. Las objeciones de usted me lo demuestran.

Tentaré, al hacerlo de nuevo, de probar otra vez fortuna.

En el estado en que se encuentra hoy la mujer, con todas las libertades y prerrogativas que tanto el catolicismo como la creciente civilizadora de los siglos le han otorgado, haciéndola socialmente igual al hombre, y con algunos derechos civiles, creo que es en el puésto que se la debe mantener. Sacarla de ahí, como hoy se pide, es decir: querer hacerla persona pública, lo mismo que el hombre, para que ocupe un puésto en que únicamente el hombre cabe, es atentar contra la condición que tanto por derecho divino como humano le pertenece, y que sólo ella sabe desempeñar dignamente. La naturaleza, siempre sabia, ha marcado á los dos el límite de su acción: él para la lucha, como fuerte: ella para santificar el hogar por sus virtudes, como que sólo sabe amar. Cualquier cambio, en uno de los dos, es rebelarse contra sus deberes; y, por lo que á ella corresponde, además de rebajarla, además de hacerla exótica, es doblemente atentatorio, doblemente criminal, porque equivale á emanciparla del hogar.

¡ Emanciparla del hogar ! mi amigo, porque la mujer—médico, la mujer—abogado, la mujer—político, la mujer—matemático, etc., supongo que no habrá adquirido esos conocimientos para encerrarse en su casa, en desempeño de sus legítimas tareas, sino que dejará éstas para ocurrir á los hospitales, á los caminos, á los tribunales, á las plazas, á la magistratura, y sería mucha candidez, sería no conocer ni por asomo los abismos del corazón humano, é ignorar por completo la lógica de los sucesos, creer que la mujer, en esa vía, no se prostituya; que una vez lanzada en ese medio, en que palpitan y fermentan todas las miserias, todas las asechanzas y todos los vicios, no deje hecho girones el manto resplandeciente de su pureza. Con las enfermedades del alma sucede como con las del cuerpo: penetran y se desarrollan con mayor facilidad en los individuos más débiles, y siéndolo la mujer más que el hombre, no comprendo cómo no pueda entrar en ella ese virus corruptor de que ya él se resiente.

Además: la mujer, comprendida así, perdería el manantial de afectos, de ternuras y de bondades que guarda; y se le encallecería el corazón como se le encallece al hombre; y no sería ya la novia intachable que consuela y presta alientos, ni la madre abnegada y carifosa sino la hembra voluntariosa y salvaje que nada tiene que hacer ni con su esposo ni con su progenie. Lo calenturiento de su cerebro, predispuesto á la ve-

hemencia, debido á ese especie de histerismo propio de su fisiología, me da pie para pensar así.

O ¿ es que se cree que ella pueda dividirse en dos, y ser una para el público y otra para su hogar, y que al salir de en medio de los fangales se encuentre tan imaculada como antes? ¿ O que ella sea de naturaleza radicalmente distinta, inaccesible al mal? ¿ O tan fuerte de espíritu que pueda no dejarse llevar por entero de la cosa pública, sino que metodizaría su vida como si tuviese dos individualidades? Los niños aquellos mandados por cierto príncipe á que se creasen en casa de unos pastores, sin trato ni comunicación alguna, para averiguar cuál fue la primera lengua, sí podrían responder afirmativamente; pero individuos crecidos é ilustrados en medio de una sociedad superior, y por consiguiente con los ejemplos del vecino siempre delante de sus ojos, y hundiendo á cada paso el escalpelo de la observación en la úlcera ferózmente hedionda del cuerpo social, esos nó. Esos, ó no estudian el organismo de las sociedades, ó tienen, tal vez por seguir la moda, marcado interés en engañar. Considero malos ambos proceder.

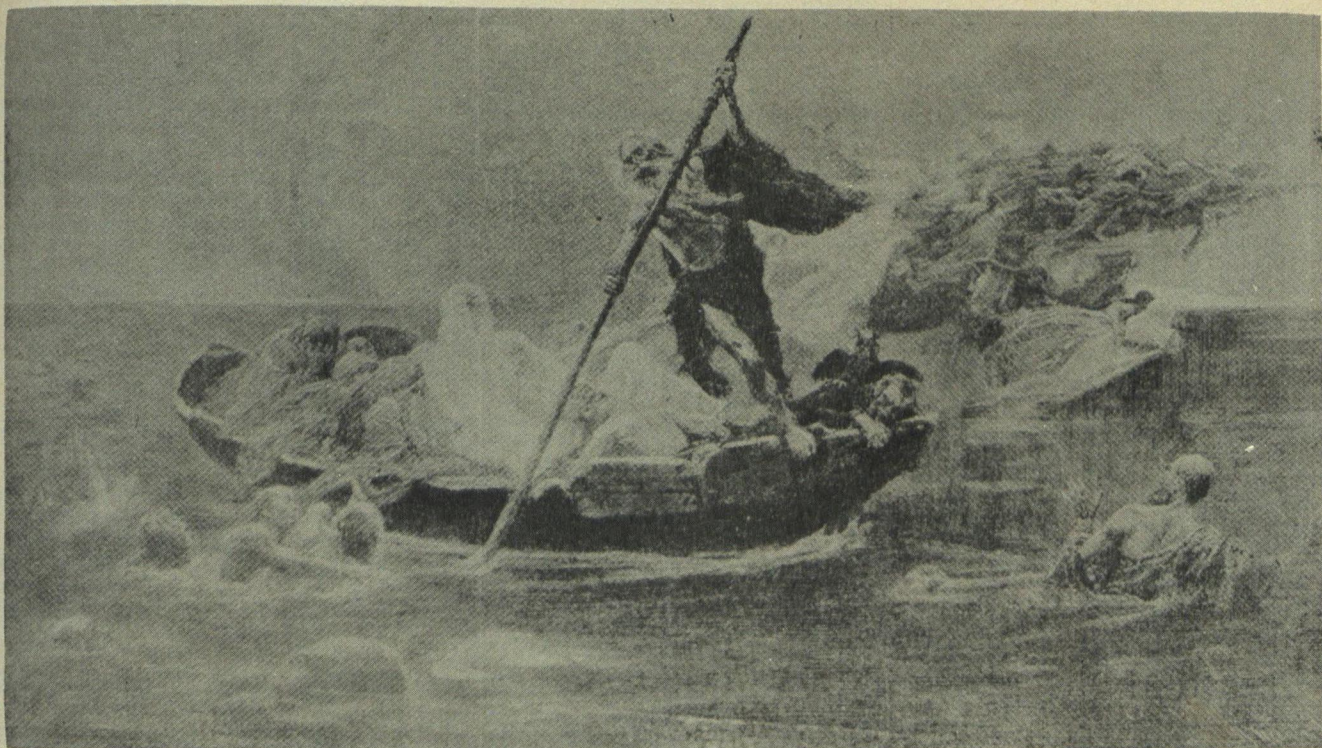
La mayor prueba de que eso no es posible, es el hecho de que el hombre que vive siempre entre los azares del combate, ha tenido necesidad de compañera para que ella vele por su hogar. ¿ Qué sería de ese hogar si ambos se ocuparan de lo público? Se perdería irremediablemente, y con él, la familia y hasta la especie. Sin pensarlo, se trata de volver á los tiempos rudimentarios aunque por distintas vías: se marcha ya á la época de los putoahs, coreanos, chipehuays, cafres, americanos y demás. Si nadie ha sentido hasta hoy esa proposición yo la siento.

Es un hecho reconocido que tanto la falta de libertad como la libertad desaforada concurren á un mismo fin: la barbarie. Aplicando este principio á la mujer, tenemos, que si en otros tiempos las mujeres eran las que se ocupaban de las más recias faenas cotidianas, y el hombre sólo de la guerra, hoy con el refinamiento de civilización que existe, y que ha traído, en cierto modo, el feminismo del hombre, se quiere que ella abarque todas las profesiones; que trabaje el pan de cada día con el sudor de su frente, según la frase bíblica, que cure, que ejerza en los tribunales, en los ministerios, en las aduanas, que ocupe trouos y capitolios, que labre vías, levante edificios, ocurra á la prensa, á la tribuna y á las plazas, para él quedarse en casa barriendo, limpiando muebles, haciendo de comer y cuidando bien mal de los bebés.

Y lo peor es que ella no se aperciba, de seguro que por su vanidad y presunción, de la esclavitud que se le da entre esa emancipación. No parece sino que por un atavismo fisiológico, mal contenta con las prominencias que se le han regalado, quiera volver al estado primitivo. De aquí que ande de reata de los que aparentan defenderla. Comprenderá usted que sí creo, y con razones no escasas de peso, que "á poco más sea el hombre el que tenga que cubrirse el rostro como las mujeres musulmanas."

Yo me explicaría ese afán de acabar con el hogar, emancipando á la mujer, en sociedades caducas, porque ellas como el individuo, nacen, se desarrollan y decaen, y en ese decaimiento, lo mismo que el hombre, se van acercando á la niñez; pero no me lo explico en las sociedades de hoy que aún no están así ni en Europa, ni muchísimo menos en América. Y en caso contrario, debería todavía hacer esfuerzos por levantar la vida, aunque fuese con inyecciones hipodérmicas de éter puro.

Ya usted verá que no soy el piel-roja que trato de oponerme al progreso en su cami-



LA BARCA DE CARON — de José Benlliure — (Dresden)

no de triunfos y victorias, sino quien no quiere que ese progreso se detenga, y por eso aspiro á que la sociedad no muera tan pronto, no declina tan temprano. Con esas doctrinas en América, antes que vida, lo que se trata es de que el cuerpo social desaparezca corrompido, en sus comienzos.

Yo quisiera verlo á usted, mi amigo, desposado con una dama-político, en pleno tiempo de emancipación, y que en el día de las votaciones, pongo por caso, se fuese ella á la cabeza de su gente, á la plaza pública, pues teniendo compromisos debe hacerlo. Y que al tiempo de irse, saliese usted á la puerta y principiara el siguiente diálogo :

—Y bien, María. ¿ Eso qué es ? ¿ Para dónde te vas ?

—A votar, porque estoy comprometida con el general Fulano de Tal.

—Pero bien, ¿ quién hace la comida, quién ve de los chicos, quién me asiste ?

—Nada, yo no tengo que ver con eso : primero están los intereses de mi partido. Comportate tú como te venga en gana, que para eso estamos nosotras emancipadas.

—Mira, pero si te vas, déjame siquiera las sirvientas y la cocinera.

—Nada, nada, ellas también tienen derechos, y se van conmigo.

—¡ Adiós !

Y que se quedara usted plantado, con su palmo de narices, mientras la señora de usted se entregaba, á todas las aventuras del caso, en medio de un mundo de macheteros, beodos y gentes de la más mala laya.

Me diría usted entouces cómo le iba con la emancipación que usted defiende.

Es necesario ser menos romántico y más atento en el estudio de la humanidad.

GERÓNIMO MALDONADO, H.



LA HOGUERA

I

Bien se te pinta el afán,
niña mía, con que esperas
la ronda de las hogueras,
de esta noche de San Juan.

Anda, corre, niña mía...
las llamaradas ya crecen
con fulgores que parecen
auroras de un nuevo día,
á cuyo alegre calor
y á cuya luz son de ver
las caras enrojecer,
la inocencia en su esplendor,
la luna palidecer,
y el humo que se levanta
esparciendo turbias olas,
mientras corre, ríe y canta
esa rica turba santa
de caritas de amapolas.

Anda, niña, corre pues;
mas si tu afición se extrema,
no olvides que el fuego es
muy hermoso, pero quema.

II

Como tú quisiera yo
embriagarme en su juego,
que me recuerda aquel fuego
de otra edad que ya pasó.

También como tú corrí
de la hoguera en derredor,
con alas que ya perdí
de otros fuegos al calor;
pues siempre y en toda edad
nos lleva la voluntad
con atracción hechicera,
á correr con ansiedad
alrededor de una hoguera,
que deslumbra en la niñez,
abrsa en la juventud,
encanta en la madurez,

y aun extiende su virtud
contra el frío en la vejez;
porque el fuego has de saber
que no es sólo combustión
de leña seca en montón,
como ése que ves arder
y en mil chispas se derrama:
no, hija mía; ya verás,
cuando llegue la ocasión,
que al calor de oculta llama
también arde el corazón,
y por tí misma sabrás
que es fuego vivo quien ama,
y que todo amor es fuego,
cuya potencia sin tasa
prisioneros de ese juego
nos lleva, por varios modos,
y así á todos nos abrsa
haciendo que amemos todos.

III

Anda, juega, ángel querido,
con la luz que tu alma anhela...
Pero, qué ¿ no me has oído?
cógete bien el vestido,
vé despacio, con cautela...
mira que la hoguera es loca
y es además traicionera,
y hace presa en cuanto toca,
¡ y si te besa en la boca
toda tu alma será hoguera!
Y á sentir empezarás
lo que un día has de saber,
porque al fin eres mujer
y en el amor arderás:
que ante esa radiante llama
que alumbra á la vez que inflama
aun al alma más enteca,
todas nuestras almas son,
para arder, en conclusión,
lo mismo que leña seca.

M. MORERA Y GALICIA.

La espada de un académico

(POR BERTRAND D'AVILARS)



AMPÈRE, el ilustre sabio al cual la ciencia y la humanidad son deudas de bellos y útiles descubrimientos, amaba poco la sociedad y es de creerse que se le hubiera encontrado en ella pocas veces, á no verse constreñido por su posición académica.

En las circunstancias que, —muy apesar suyo, —se renovaban á menudo, él llegaba á la hora fija, vestido de su gran uniforme, hacia las reverencias de rigor, escuchaba las banalidades de estilo y contestaba á ellas como mejor podía; después de lo cual él esperaba con paciencia, para retirarse, el haber hecho suficiente acto de presencia.

Hasta este momento él erraba por los salones con miradas de sonámbulo, persiguiendo alguna alta meditación científica; pero más á menudo, —para sustraerse á la impertinencia de los gomosos, —él iba á sentarse en un poyo de ventana donde los pliegues del cortinaje pudieran disimular su presencia.

Allí él no tardaba en amodorrarse, y al cabo de un cuarto de hora dormía tan profundamente como si estuviese en su lecho.

Esta pequeña infirmería del eminente académico era tan conocida en los ministerios, que los ujieres, antes de apagar las luces para retirarse, nunca dejaban de hacer una ligera exploración para asegurarse de que no lo dejaban encerrado al irse.

Cuando se le encontraba, se le despertaba respetuosamente; él daba las gracias con efusión y se iba.

Se estaba tan habituado á tales casos, que ya nadie pensaba en reír cuando acontecían.

Una noche su retirada, —por una serie de circunstancias excepcionales, —se llevó á cabo de una manera menos apacible. A ella dio lugar en efecto una escena tragi-cómica que llamó durante varios días las conversaciones de París.

Esa noche había gran recepción en el Ministerio de Instrucción Pública. El mundo oficial y el mundo sabio repletaban los salones.

En el momento en que Ampère, después de saludar al Ministro, se acercó á la señora de este último para presentarle sus homenajes, la afluencia no era aún considerable; no se hacía sino empezar el arribo. Esta aprovechó, —quizás un poco maliciosamente, —para retener al académico un instante cerca de ella. En consecuencia, —aunque él se hubiese pasado de buena gana sin este honor, —tomó asiento al lado de la dama en el sofá en que ella estaba sentada. Pero como su espada de parada le arrastraba horriblemente y le impedía prestar suficiente atención á la bella interlocutora, él la desprendió de su cintura y la deslizó dulcemente detrás de sí.

Esto hecho, ya pudo él, libremente, escuchar las cosas amables que se le decían y responder á ellas.

Este pequeño suplicio, —pues lo era para él, —no tuvo ni podía tener una muy larga duración. Al cabo de algunos minutos la embajadora de Austria se aproximó y Ampère corrió á cederle el asiento y á esquivarse. Pero apenas había atravesado el grupo que ocupaba el salón, cuando se detuvo conturbado. Acababa de advertir que en su precipitación había olvidado tomar de nuevo su espada; y él se preguntaba, no sin inquietud, cuándo y cómo la podría recuperar.

Primeramente esperó que la esposa del Ministro y la embajadora, dejaran el asiento para él ocupar el campo, ya libre. Se acercó pues, y disimulándose detrás de las personas que estaban frente á él se puso á espiarlas con actitudes de cazador; lo que no tardó en atraer la atención y despertar la curiosidad en muchos de los circunstantes.

Protegidas por sus abanicos las mujeres se divertían en observarlo mientras cambiaban alegremente las reflexiones y suposiciones que le sugería las maneras del académico, por demás extrañas y enigmáticas.

Ampère entre tanto no viendo que sus previsiones se realizaban bastante pronto, al grado de su impaciencia, cambió súbitamente de táctica.

Se replegó, entró entre los demás, y vino luego á apostarse á la manera de un piel roja, después de haber descrito un círculo casi completo, á algunos pasos del canapé.

Las damas, á las cuales se habían escapado los movimientos estratégicos de Ampère, estaban muy lejos de creer que él estuviese detrás de ellas.

Preguntándose si la retirada sería definitiva ó seguida de un retorno ofensivo ellas lo buscaban con ojos curiosos entre la multitud.

Ampère juzgando entonces la ocasión favorable alargó la mano y la deslizó ligeramente á lo largo del espaldar del sofá; después, apretando el puño de la espada tiró de él. Docilmente la espada obedeció pero abandonando la vaina sobre cuya extremidad, por desgracia, la señora del Ministro estaba sentada. Esta instintivamente llevó la mano á su traje y volvió la cabeza.

Viendo al académico en la actitud del arcángel Miguel y como éste armado de una espada llameante, la ministra se levantó espantada lanzando un grito agudo.

La embajadora, imitando los movimientos de su vecina, se puso también á gritar con voz estridente: —¡Socorro, socorro! Al asesino!

A estos gritos la multitud corrió de todos los salones al en que estaba el malhechor. Ampère, con su tizona al aire, inmóvil y como petrificado. Todos miraban sin comprender. De repente el Ministro se acerca á su ilustre invitado y todo se explica. La emoción se calma. Se cuenta entonces la aventura, se la comenta, se sienta á las que han sido las heroínas de la acción, y se les hace repetir todos los pormenores del incidente.

Cuanto á Ampère, poco satisfecho del éxito que acaba de obtener, se escapa cautelosamente.

Dicen las crónicas que cuando él atravesó con paso á la vez furtivo y rápido el vestíbulo en el cual estaban de pie los ujieres, uno de ellos, ex-soldado, dijo á media voz, sonriendo á sus camaradas:

—“Se va medio derrotado este pobre señor Ampère.” Y luego agregó dándose importancia y con aire desdenoso: —“Pero tampoco se comprende como es permitido á un simple académico llevar consigo una espada.

Las lágrimas rojas

(BALADA EN PROSA)

(DE LEOPOLDO DIAZ)

A José Enrique Rodó.

En aquel día de otoño—la última luz moría tras la montaña—vestida toda de blanco—como una joven desposada.

Del fondo del lago azul—dos esmeraldas vívidas—me miraban fijamente: —los ojos de la Náyade sonreían páfidamente.

Y dijo la Náyade: inclínate—inclínate hacia mí, viajero pálido—de ojos inconsolables.

—Náyade, le respondí suspirando,—busco el alma que he perdido—al cruzar el mar infinito.

Y la Náyade sonreía páfidamente—retorcendo las fibras del ámbar—de sus trenzas, bajo las olas.

—Náyade, pregunté de nuevo—¿dónde he perdido el Alma—que hoy me falta; ¿dónde? ¿dónde?

Y la Náyade sonreía—retorcendo las trenzas de ámbar—debajo de las olas.

Entonces, sobre una roca solitaria—del lago, me senté á llorar—mi juventud, con lágrimas quemantes,—que dejaron un surco sangriento: —con lágrimas rojas,—como que brotaban de mi corazón.

El beso á la sombra

(ELEGIA EN PROSA)

(DE LEOPOLDO DIAZ)

Frente á mí, en la hora vespertina—tu imagen surgió de las ondas azules—como una azucena ceñida por un nimbo de oro.

Yo me acerqué á tu lado—¡oh sombra de una visión amada!—¡ay, por siempre desvanecida!—¡Oh sombra de un ensueño que se hunde entre la niebla!.....

Yo me acerqué hasta tocar la orla—de espuma de tu traje etéreo,—de tu traje flotante en la penumbra de un crepúsculo violeta.

Y fué entonces—¿recuerdas, Euglena?—que tus dos alas de nieve rozáronme la frente—con su caricia de ultratumba.

Y yo tendí mis brazos, y grité en el antro—que se abría bajo mis pies: —“Euglena! Euglena! Euglena!”

Y siete veces, el eco misterioso—me repitió tu nombre, —y siete veces, mis labios sedientos—sólo besaron tu sombra.

(Ginebra.)

La antigua Algeria

(FRAGMENTO)

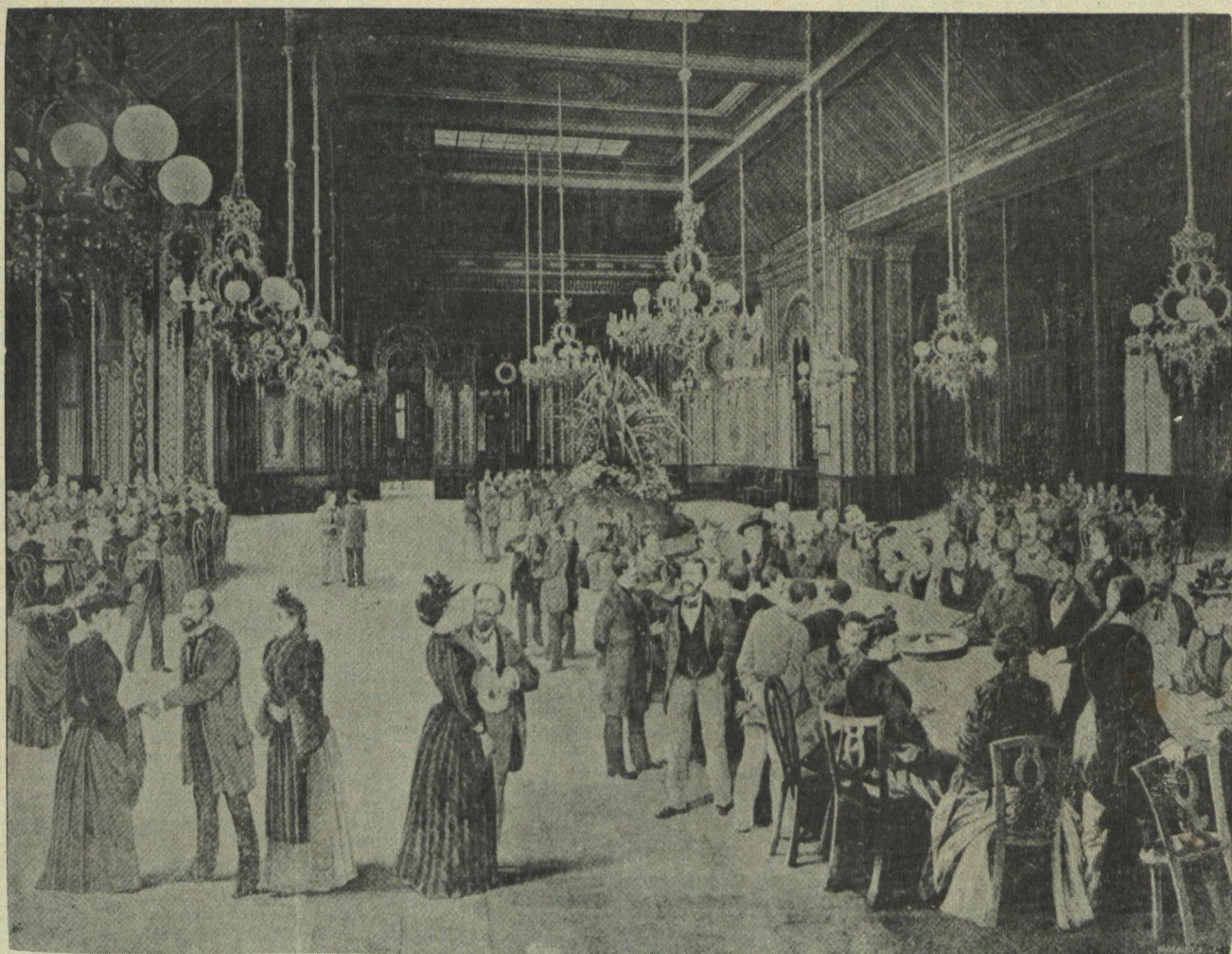
(POR JULES LEMAITRE)

La primera impresión que le produjo el paisaje no fue agradable. En efecto, la naturaleza algeriana no tiene suavidad, gracia, ni sultura. Ni tiene los misteriosos claro-oscuros, ni los flotantes follajes de los paisajes de Francia; ni álamos, ni sauces, ni arroyuelos. Sus árboles son ó raquíuticos, ó demasiado rígidos, demasiado cortados sobre la bóveda azul. El eucalipto es de una altura chocante; sus hojas escasas y angostas, pendientes sobre las ramas, no llegan nunca á proyectar sombra.

Marcelo observaba que en Algeria abundaban los eucaliptos; y echaba de menos su provincia de Touraine.

Pero poco á poco fue agradándole lo que tiene Algeria de maravilloso, la estructura de los paisajes, la belleza de las líneas y de los colores, la magnificencia de las perspectivas, la eterna fiesta de la luz; y en el seno mismo de la ciudad, la profusión de escenas pintorescas, de continuas sorpresas para los ojos; en fin, todos los imprevistos contrastes que forman la mezcla híbrida del Oriente y del Occidente.

Lo que más le encantaba era el Casbah. Un tejido de callejuelas escalonadas, anchas como la palma de la mano apenas; casas sin ventanas, blanqueadas con cal, uniéndose entre sí al nivel del primer piso que se lanza en forma de bóveda sostenida por pilastras oblicuas. Como informes líos de tropas pasan lentamente las mujeres, arrastrando de la mano alguna chiquilla de grandes ojos y castaños capellos. Biskris, de escudiladas piernas y color de ladrillo, vestidos á veces con algún saco viejo que llevaba aún las iniciales negras del ropa-vejero, empujaban por delante, á través de las calles tortuosas, pequeños pollinos cargados de inmundicias.



UNA SALA DEL CASINO DE MONTE CARLO

Hombres de turbante, acurrucados en los nichos bordan babuchas ó trajes de mujer.

Un carnicero dormita detrás del banco infecto.

Un especiero, parecido á Abd-el-Kader vende dátiles, Kous Kouss y chocolate Menier. En el ángulo de una esquina, bañada por el sol, una especie de salmodia, modulada por voces agudas, sale por una puerta entreabierta. Es una escuela árabe, compuesta de pilluelos, que balanceando acompasadamente las pequeñas cabezas rapadas, cantaban á plenos pulmones versículos del Corán, mientras un patriarca de barba blanca, acurrucado en un rincón, distribuía de tiempo en tiempo golpecitos sobre las infantiles cabezas. Encima de la puerta se leía un anuncio del *Petit Journal*, ofreciendo una novela de Alexis Bouvier

HOJA DE ALBUM

(Á LOS ESPOSOS LLONA)

Habéis triunfado de la negra suerte así que vuestras manos se han unido y en solo un corazón habéis fundido, dichas, gloria, pasión, ansias de muerte.

La hermosa al bardo incrédulo, convierte, y juntos demostráis en pobre nido, que si el amor se agranda, compartido, compartido el dolor es menos fuerte.

Nuestro mundo en sus cínagas impuras brinda á muy pocos las egregias palmas que ganáis sonriendo entre torturas...

Bendita unión que el sufrimiento calma! Bendito amor que nuestras llagas cura! En este *lazareto* de las almas!

CARLOS G. AMEZAGA.

Lima: 1897.

Renovación

(POR H.-S. DE FORGE)

I

El 25 de abril en la mañana, cuando M. Desrivaux se afeitaba, echó de ver una cosa que lo afligió.

El espejo que retrataba la imagen del enjambonado rostro de M. Desrivaux, le mostró, con una evidencia incontestable, que numerosos hilos de plata surcaban su mostacho, hasta entonces del más bello color negro; y como si no fuese bastante esa primera y dolorosa revelación, otro espejo, colocado en el muro opuesto, reflejaba el cráneo, en el que se dibujaba una tonsura poco ancha aún, pero ya cargada de amenazas.

Aquel doble testimonio obligó á M. Desrivaux á reconocer un hecho del cual no se había ocupado hasta entonces: que se estaba poniendo viejo.

El no había pensado nunca que aquello pudiese acontecer. ¿Qué es un día que se agrega á otro día? Pero, á fuerza de agregarse los unos á los otros, los días forman semanas, las semanas meses, y los meses años; y M. Desrivaux experimentó la sensación brusca y penosa de enterarse de que aquellas adiciones sucesivas producían para él un total de cincuenta y siete años.

Semejante descubrimiento le produjo tan desagradable impresión, que le tembló la mano y se hirió por dos ocasiones en la barba, sin que ello lo pusiese de mejor humor.

Terminada su operación, se sentó y meditó con tristeza.

Sí, más de medio siglo había pasado por sobre su cabeza!

Suponiendo lo mejor, se acercaba la hora en que debía ser suprimido del número de los activos, en espera de que lo fuese también del número de los vivientes.

Pero el pensamiento de la muerte,—á la que M. Desrivaux consideraba todavía suficientemente lejana,—le era indiferente; lo que le preocupaba mucho más era la perspectiva de la decadencia progresiva, cada día más acentuada, seguramente.

Se puso á repasar en la cabeza toda su vida y se sorprendió mucho de ver cuántas cosas contenía esa vida, unas buenas, otras malas. Cuántos días habían pasado para él, sombríos ó crueles! Esos eran los más numerosos. Otros habían sido apacibles y buenos; eran los más raros. Había conocido los goces de la amistad y del amor, y también sus decepciones y sus engaños. Algunas apariciones, ligeras y graciosas, cruzaban por su memoria; pero ¡cuántas también atravesaban envueltas en velos de mentira é ingratitud! Y cuánto duelo señalaba el camino recorrido!

Aquella evocación del pasado asombró á M. Desrivaux. Pero, es justo confesarlo, bien que la vida le hubiese aportado más amarguras que dichas (á quien no le acontece otro tanto?), lo que le entristecía más aún, era conocer que su papel personal estaba concluido, ó poco menos. De allí en adelante no sería sino uno de esos personajes mudos que ocupan el fondo de la escena y gesticulan para fingir ante los espectadores que conversan con el vecino.

Quando se ha amado la vida porque se la vive —y tal había sido el caso de M. Desrivaux—

se sufre horriblemente al sentir la lenta desaparición de la personalidad.

Aquella impresión le era tanto más penosa cuanto que se sentía aún lleno de vigor físico y moral. Pero como era un hombre de buen sentido, se daba cuenta perfecta de que no conseguiría sino hacerse ridículo si continuaba jugando al muchacho, si quiera al joven. Tocaba á la vejez: era necesario tener el valor de ver la verdad y obedecerle. Vale más retirarse á tiempo que aguardar á que se os retire.

Adiós, pues, á las emociones estremecedoras cuyos goces embriagan, cuyos sufrimientos mismos encantan,—á lo menos cuando se siente que se vive, al sentirlos! Adiós á los ensueños que calienta el sol de la esperanza! á los afectos que atraen el afecto, á la dulce sensación de ver que en torno de sí nacen y se desarrollan sinceras ternuras! Adiós á todo lo que constituye la vida para el que vive por el corazón!

No le quedaba sino el recuerdo!

Pues además de las indiscretas revelaciones de los espejos, una circunstancia mucho más grave se erguía ante M. Desrivaux. Tenía un hijo; este hijo marchaba hacia los treinta años y M. Desrivaux creía escuchar una voz querida, que de pronto se tornaba severa para gritarle:

—A mi vez!... paso á la juventud!

Una lágrima egoísta y furtiva asomó á sus ojos,—tal aquella moribunda á quien se le preguntaba:

—Por qué lloras?

Y respondía:

—Me lloro!

Pero M. Desrivaux era enérgico y fuerte, y pasada la primera emoción, consideró serenamente la realidad: el libro de su vida activa y joven había concluído; era necesario cerrarlo!

II

Por las avenidas sombrías de un amplio jardín marchan del brazo dos jóvenes esposos, abortos en una de esas conversaciones sin fin que dora el alba de la felicidad. Dulces frivolidades, parecidas á cantos de pájaros, en las que se habla al mismo tiempo del pasado, del presente y del porvenir,—del pasado para contarse los detestables días transcurridos antes de conocerse, días que se quisiera hubiesen corrido en común, como correrán los que vienen;—del presente, para decirse: "te amo!";—del porvenir, para agregar: "Siempre! siempre!" Conversaciones ideales, en que cada palabra va punteada con un beso; gorjeos de amor, hechos de timideces y de ardores; instantes de delicias, cuyo recuerdo primaveral no alcanzan siglos á borrar!

Aquí se recoge una flor; se bebe hasta la embriaguez soplos embalsamados que arroja la verdura; se escucha con éxtasis la silvia entre el bosque y cuyo canto hace eco á los cantos del corazón; se saluda con una doble sonrisa al pájaro que pasa lanzando su grillo de alegría; se vive al unísono, se siente en común... Se ama!

M. Desrivaux seguía á una discreta distancia á la joven pareja,—su hijo y su nuera, casados hacia ocho días—él, brillante oficial, valeroso y tierno; ella, rubia, dulces ojos como de gacela, alma de ángel revelada en su sonrisa, flor de primavera que se descogía á los rayos del amor, como un lirio á los besos cálidos del sol.

Por instantes, los enamorados se detenían; abandonando un momento al bien amado, la joven corría á los brazos de M. Desrivaux y le decía, con una adorable coquetería:

—Papá queridito, me quieres mucho, verdad?

M. Desrivaux depositaba en aquella frente un beso tierno y prolongado, y muy quedo le preguntaba:

—Y tú lo amas á él?

—Lo adoro! contestaba ella, con cándida pasión.

Entonces reemprendían la marcha, tomados de la mano, los dos esposos; y M. Desrivaux los seguía arrobado.

III

En vano se buscaría ahora, en el carácter de M. Desrivaux, señales de tristeza ó pesar.

En él se había operado una deliciosa "renovación." Revivía en su hijo. Con él, en él, por él, volvía á transitar la senda de la felicidad, lenta y serenamente. Minuto por minuto, sensación por sensación, encontraba de nuevo las horas adorables de su propia juventud, en el tiempo en que llevaba del brazo, durante las primeras intimidades, á la madre de su hijo;—horas inolvidables, inolvidadas, que surgían de repente del pasado lejano, resucitadas en el presente!

Por más distante que se colocase de los jóvenes, siempre oía lo que hablaban; se conmovía, cuando ellos se conmovían; las palabras que se decían, las había dicho él treinta años atrás; las ternuras que se cambiaban las había conocido él, en caricias incalificables de dulzura, y las sentía otra vez, en las que recibía su hijo.

En aquellas efusiones,—en que todavía el pudor de la joven se mezclaba con las primeras sorpresas de la esposa,—había gustado encanto inefable y continuaba gustándole, por intuición paternal. Aquellos sueños de porvenir que hacían inclinar, turbada y ruborosa, la frente de la futura madre, los había entonado él en dúo; él, largos y muchos meses antes....

Por una inexplicable y deliciosa confusión, experimentaba todo lo que experimentaba su hijo, y su corazón tomaba parte en el himno de amor que se cantaba á su redor....

... Ah! Y cuán poco se preocupaba ahora de no ser el mismo.... el que siempre fue por mucho tiempo y que no quería dejar de ser! Bah! Ya había encontrado la vida en la vida de sus dos bien amados, la juventud en sus juventudes, el amor en sus amores!.... Se penetraba de su dicha como de cosa propia y bendecía el destino que en cambio de algunos síntomas de vejez, le había traído semejante felicidad.

Y cuando ahora ve en el espejo sus hilos de plata, los saluda como amigos, como autores indirectos de sus goces "renovados"; hasta lamenta que su tonsura no se haya acrecentado más rápidamente, para que le diese una fisonomía más cónsona con su papel actual.

Ved cómo son de móviles é inestables los propósitos humanos: M. Desrivaux desearía ahora envejecer mucho más y llegar de un salto al año próximo, porque.... esto es secreto, —muy secreto,—tiene la esperanza de que el año próximo será.... abuelo!

Efectos sin causas

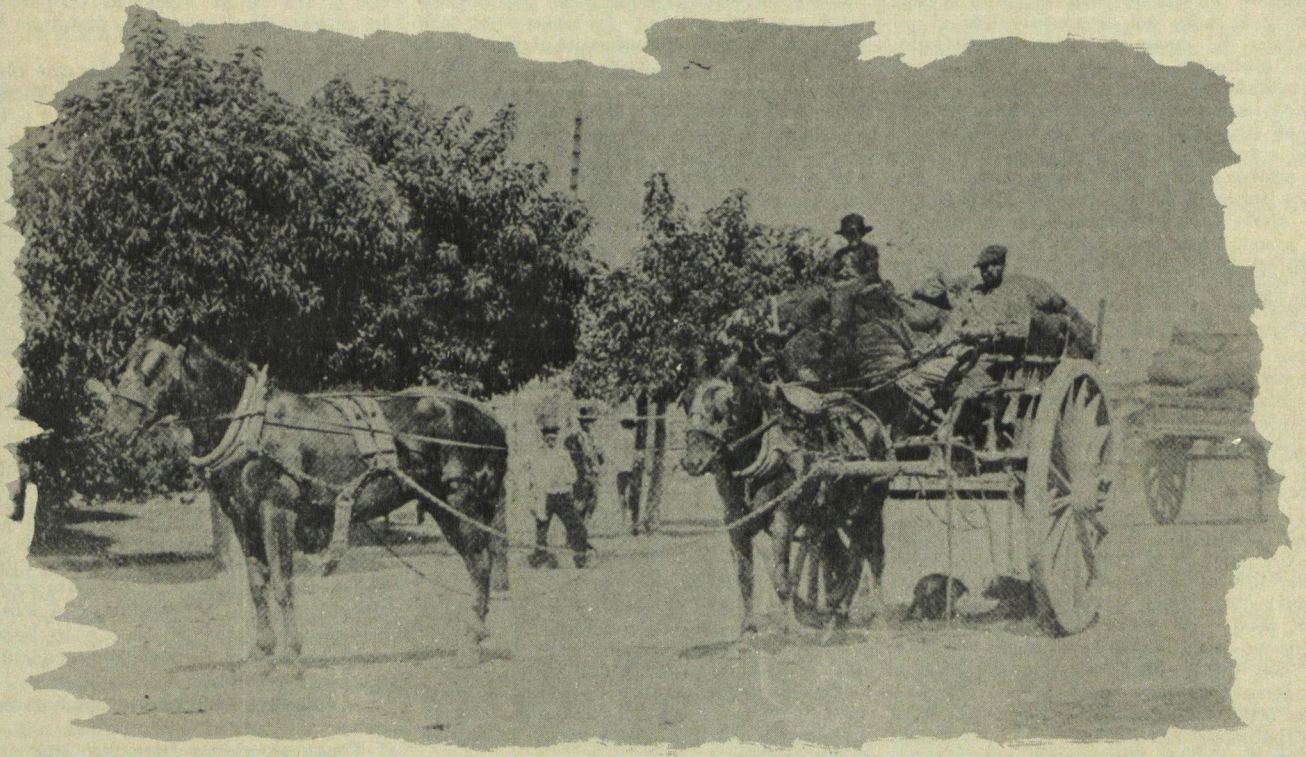
(POR CATULLE MENDES)

Creo firmemente que hay sombras que no son sombras de nada. Creo también que se puede ver en los espejos imágenes que no son imágenes de nada. ¿Por qué la sombra y la imagen no existirían por sí mismas? ¿Por qué las palabras con que se las designa implican que no tienen personalidad primitiva y son sólo reflejos de seres ó de cosas? Eso sería un mediocre razonamiento. Las palabras pueden equivocarse. Así como hay personas mal nombradas, cobardes que se llaman Aquiles, ramera que se llama María, puede haber objetos que tengan incompletas y aun absurdas representaciones verbales. Los vocabularios no son infalibles. Desde luego, observado: si para la expresión hablada ó escrita de todo lo que existe; si para la comprensión de todas las sustancias y todas las calidades, debiéramos atenernos únicamente á las sílabas escritas ó habladas, qué sería de nuestra razón el día en que cualquier académico, electo soberano del mundo, un poco turbado por esa exaltación súbita, le ocurriese declarar que hasta el instante en que fue omnipotente, las lenguas huma-

nas se habían equivocado, radicalmente, precisamente porque parecían seguir una ley y que en lo sucesivo la perfecta casualidad sería la única correspondencia lógica entre el sentido y el sonido emitido por la voz ó figurado en la escritura,—si, sin más discusión, se cortasen una á una todas las palabras del diccionario, por una parte; y por la otra, todas las definiciones que da el diccionario de esas palabras; se colocan las primeras en un saco, y en otro las últimas; se hace sacar por la suerte, —con la persona más inocente de la sociedad, un vaudevillista absolutamente ignorante de léxicos y de sintaxis,—de un saco una palabra, del otro una definición; y se decretasen incontestables las nuevas asociaciones de la idea y del término? Sin duda que al principio no dejaríamos de inquietarnos un poco, como personas que cambian de habitación; pero no tardaríamos en instalarnos cómodamente en nuestro nuevo domicilio. Admitamos aún más, que por un encuentro antitético de la lotería, las eternas cosas, los eternos pensamientos, los eternos sentimientos, se expresasen en adelante por vocablos que significasen justamente lo contrario; ello no cambiaría en nada la marcha ordinaria de la realidad, ni de nuestras quimeras, ni de nuestras pasiones. Si "indigestión" significase "buen apetito," seguramente continuaríamos hambrientos de pan, carne y de cuantos alimentos se nos sirven para el almuerzo y la comida. Que "Ideal" se llamase "Inmundicia;" con cuánta infinita ternura caeríamos de rodillas ante la única mujer querida, para decirle: "Te odio!" No hay, pues, que prestarles grande importancia á las palabras por sí mismas. Ya os he dicho que hay sombras de nada, reflejos de no sér. A lo menos, yo lo creo. A propósito de esto, voy á referiros dos historias asaz singulares, y luego una tercera, más extraña aún.

Una vez me paseaba, por la noche, á lo largo de una corriente sombría, en cuya superficie no se reflejaban las estrellas, entre altos álamos semejantes á mástiles negros, cuando de pronto vi tendido sobre el agua á un gigante coronado por una diadema de pedrería. Inmediatamente me entró miedo. Yo soy muy inclinado á tener miedo, porque mi madre, cuando era niño, me acostaba en un aposento sin luz, y me despertaba en medio de las tinieblas, helado de terror, sudoroso, espantado, de qué? sin duda del día. De suerte, que sentí un gran temor. Pero reflexioné: "Veamos, pensé, es imposible que haya sobre el agua un gigante coronado de pedrerías y tendido desde Bougival hasta la isla de Croissy. Aquí lo que hay es una especie de miraje, ó el reflejo de alguna torre de villa á la luz de las lámparas del comedor." Meticuloso como lo soy, miré hacia atrás, á la derecha, á la izquierda..... No descubrí nada que tuviese semejanza con el gigante acostado sobre el Sena. Por otra parte, ya se había desvanecido. Sin embargo, había estado allí. Después, siempre he pensado en aquel vasto cuerpo sombrío, de frente luminosa, especie de enorme y misterioso macabeo.

La otra historia data de un viaje que hice á Bretaña, con Villiers de l'Isle-Adam. Habíamos partido juntos para visitar á un pariente que aquél tenía en una aldea marina, un cura á quien Villiers llamaba el tío Víctor. El cura nos recibió muy cordialmente en su presbiterio, vasta morada cerca de la iglesilla. Se convino en que yo dormiría en un aposento del primer piso, en donde no había sino un lecho, una silla y un espejo de camarera, comprado en alguna feria, colocado sobre la chimenea de madera pintada imitando mármol. Es preciso advertirlo: aquella tarde tenía yo el espíritu predispuesto á los terrores de lo maravilloso, porque Villiers, á los postres, me había referido la aventura de un gato en aquel mis-



EN EL CAMPO. — República Argentina

mo aposento, precisamente. Como Villiers, después de un día de caza, entrase á la gran cocina á la hora del crepúsculo, vio al gatico flaco del cura, sin pelos, desmedrado, viejo, taciturno, un esqueleto de gato, en fin, sentado sobre las patas traseras, bajo la alta chimenea sombría, ante el rojo y negro de dos tizones en cruz. Villiers había entrado lentamente, sin hacer ruido. El triste gato estaba solo, ó se creía solo, ante la cruz de los tisonos. De suerte que, renunciando á la muda discreción de que, no se sabe por qué razón, hacen gala ante los hombres los animales, desde las edades más remotas, el gato lastimoso abrió la boca, y bostezó, bostezó lentamente, y dijo: "Ah! cómo me aburro!" Pero, de pronto, al ver á Villiers se escapó, como avergonzado de que se le hubiese sorprendido en flagrante delito de palabra. Iba pensando yo en aquella aventura casi irónica, cuando me dirigía á mi cuarto del presbiterio. Al levantar la palmatría, vi el lecho, la silla, y en el espejo, sobre la chimenea, un gato flacucho, pelado, tan pobre! "Bueno! me dije, para animarme (porque, lo repito, nadie más propenso al miedo que yo;) este es el gato de que me ha hablado Villiers. Seguramente que ahora no va á decir: "Ah! cómo me aburro!" en primer lugar, porque los gatos no hablan; y luego, porque no sería cortés delante de un huésped. Sin duda estará sobre algún mueble y su imagen aparece en el espejo." Pero no había otros muebles sino el lecho y la silla. Aun habiendo mirado, buscado, hurgado por donde quiera, no descubrí gato alguno. Sin embargo, en el espejo había uno. Me coloqué delante de él. El reflejo de mi cuerpo ocultaba al animal, pero desde que me apartaba á la derecha ó á la izquierda, volvía á ver la imagen del gato,—del gato que no existía! Verdaderamente, aquello era para asombrar. Pero como yo no insisto nunca en la explicación de los misterios y prefiero someterme á ellos, todo temblando me fui hacia el lecho y apenas llegué á él, soplé la bujía y me acosté rápidamente. Más de una vez, antes de dormirme, me pareció ver en el espejo, sobre la chimenea, la chispa de una ágata abierta. Tuve después insomnios, porque soñaba con aquella imagen de gato, sin gato.

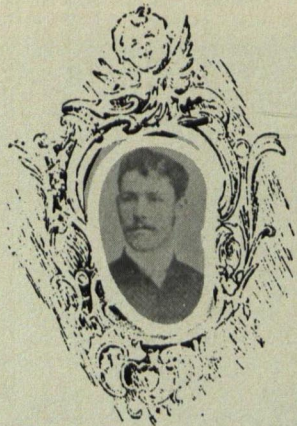
Pero, me apresuro á referiros la tercera historia.

Reconoceréis por fuerza, cuando la hayáis leído, que lo extraordinario acontece á menudo por el solo placer de ser extraordinario. Ahora estamos lejos del país de Bretaña, el país de las leyendas. Una media noche perdí el tren para Chatou y tuve que pasarla en el hotel Terminus. Apenas acostado entre el teléfono y el cuadro en donde estaban pintorreadas las condiciones, ida y vuelta, de un viaje á Londres, vi una forma sentada en la butaca cerca del lecho,—una forma á la vez angulosa y vaga, el aire de un espectro bajo los largos pliegues de un velo muy pálido. Temblando, por supuesto (á causa de mi habitual temor,) pero muy experto en las cosas llamadas sobrenaturales, no vacilé en adivinar que aquello era una ánima en pena; seguramente que si la forma se hubiese levantado, habría oído un ruido de hierros viejos arrastrados. No se levantó. Alarmado, pero muy atento: "¿Quién sois?" le pregunté. "Un aparecido!" dijo la forma. Yo lo habría jurado. Repliqué: "Sin duda alguna, sois el espectro de algún pobre hombre asesinado en este cuarto. Lejos de mí el pensamiento de desaprobar que vengáis aquí con la esperanza de atormentar á vuestro asesino, que sin duda ha quedado impune! Pero, os hago observar que yo ejerzo, en el *Journal*, las funciones de poeta lírico y de crítico dramático, las cuales, de ordinario, se alían mal con las de ladrón; por consiguiente, no soy vuestro sacrificador y querréis,—supongo,—reconocer

que estando resuelto á pagar mi noche aquí, tengo el derecho de dormir en paz, sin fantasmáticas, en este cuarto." La forma dijo: "Me sorprendéis! Qué! Pensáis que alguna vez he sido asesinado aquí? Absolutamente. En la casa en donde me véis en calidad de espectro, en donde estáis como pasajero, no se ha cometido nunca ningún crimen. Pero yo ejerzo mi profesión. Hay, del mismo modo que en el mundo real, funciones especiales en el mundo sobrenatural. Yo soy Aparecido, de la misma manera que se puede ser empleado de Ministerio ó tercer papel en el Teatro de la República. Yo no he tenido necesidad de ser víctima para ser verdugo! A ver bien las cosas, yo soy un enviado; un muerto que nunca ha vivido. Sí, caballero, hay apariciones de vivientes jamás aparecidos! Hay Hamlets que no han sido envenenados! Hay Banquos muertos que nunca han sido Banquos vivos! La ley providencial de la cual no sabéis nada, nos emplea en el espanto de los criminales, pero cuando no hay criminales nos mostramos como si los hubiese; así como los agentes de policía se pasean por las manzanas aunque no haya ataques nocturnos. Sin embargo, si mi presencia os molesta, de buena gana me iré á ejercer mi oficio de Aparecido en un cuarto vecino." Me puse, por supuesto, muy de acuerdo con el espectro el cual se dispuso y me dejó dormir con toda tranquilidad.

Pero al despertar, me reafirmé en la opinión de que, terrible ó encantador, aun extravagante mismo, el Misterio no tiene necesidad de Causa!

CRONICAS LIGERAS



VOCACION

Si todos siguiéramos nuestra vocación el mundo andaría más en orden, y cada uno de nosotros sería una notabilidad en su género.

Pero no es así, gracias á la intervención de nuestros papás.

Yo, por ejemplo, habría brillado con luz propia en la alfarería, y héchome de una posición holgada. Sin embargo, aquí me tienen ustedes vegetando en la literatura de pacotilla, y sin esperanza de llegar á ser algo. Todo por contrariar la vocación.

De niño, mi recreo favorito era jugar con barro, y me pasaba horas enteras en el corral fabricando "adoboncitos," y "tejas," que luego horneaba, haciendo fuego con las hojas de la gramática.

Pero los de casa no supieron apreciar debidamente aquella revelación, y la contrariaron á látigo limpio.

El resultado lo están palpando ustedes. Los que resuelven, arbitrariamente, por supuesto, sobre lo que uno debe ser en este mundo, son los papás.

Les nace un hijo veterinario, y lo dedican á las bellas artes; al pulpero innato lo cargan de libros y lo meten en la Universidad.

Doctores hay con dos borlas que merecían llevar una sola escardilla. Refractarios á la cultura, y á la civilización, y á la ortografía; no pueden soportar los zapatos, y aborrecen sinceramente la levita, y el sombrero de copa.

Lo primero que debiera tomarse en cuenta después de nacida la criatura es la vocación. Y nada más fácil:

Al que nace comerciante se le verá desde la más tierna edad "cambalachando" los "trompos" y los "papagayos."

—Dame un besito, lindura, le dirá la mamá.

—Te lo vendo, contestará el comerciante en estado de semilla.

Si el chico tira al agio, es seguro que le empeñará los juguetes á los hermanitos con interés, y plazo perentorio.

Si ha nacido político, no habrá en la casa escondido seguro para el dinero.

Sin embargo, lo corriente es oír decir al padre de familia que le presenta á usted el chico que acaba de nacerle:—"A éste lo voy á hacer sacerdote." Y coge, y lo hace, aunque el muchacho haya venido destinado á honrar el gremio de cocheros.

Allá la sociedad que vea como se las compone.

Tengo un amigo Ingeniero, que era músico desde antes de ver la luz. Pero su papá lo dedicó á las matemáticas, y es esta la hora en que mi amigo, Ingeniero y todo, no sabe lo que es ecuación. En cambio se sabe de memoria zarzuelas íntegras, y silba primorosamente.

Mientras fue estudiante huía de sus colegas universitarios para buscar la compañía de murguistas desarrapados. Y no se hallaba bien sino entre los intérpretes de la música, oyéndoles hablar de tonos y calderones.

A Newton le tenía por un majadero insufrible; pero se desvivía por el saludo de un rascatripas.

Su ideal era llegar á "dominar" un instrumento, como solía decir en sus arranques filarmónicos.

En cierta ocasión cambió un teodolito por un clarinete, devolviendo él diez pesos.

Llegó á su casa, tiró el álgebra en un rincón, y comenzó á soplar en el instrumento como quien trabaja para comer.

—¿Qué es eso? preguntó el padre alarmado.

—Un negociazo que he hecho. He cambiado el teodolito por este clarinete.

—¡Animal! Me está usted despilfarrando el dinero. ¿Qué es lo que usted pretende?

—Yo quiero tocar algo.

—¿Tocar? Pues usted será Ingeniero, ó lo deshago.

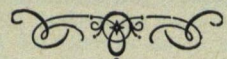
Así ha sucedido. Sólo que mi amigo no ha tenido todavía la satisfacción de que si quiera una pared construída por él se conserve en pie una hora.

Como músico habría sido el orgullo de la familia.

No se puede contrariar impunemente las disposiciones naturales.

Son innumerables las víctimas de los que se han hecho médicos defraudando otras profesiones no menos honrosas. Uno conocí, frutero de nacimiento, que "picaba" los tumores como majarete. Dos cortadas en cruz, y á sanar.

JABINO.



NOTAS Y ESCORZOS

PEDRO EMILIO COLL

"Palabras."—Caracas—Imprenta Bolívar.—1896



Est terminado la lectura de *Palabras*, el libro de mi buen amigo Pedro Emilio Coll, y entornando los ojos me entrego plenamente á la voluptuosidad del recuerdo.

Pedro Emilio aparece ante mi fantasía, envuelto en una vaga penumbra de ensueño. En el saloncito azul de "Cosmópolis," reclinados á la oriental, charlotando espiritualmente, desflorando libros é ideas, contemplamos las siluetas borrosas de los objetos calcinados por el sol del medio-día estival; nuestros pensamientos correatan y van del rayito de sol que dibuja encajes luminosos en los cojines y figuras grotescas en las alfombras, á los lomos multicolores de los libros enfilados en los anaqueles; de una revista de letras al musculoso camisa de mochila, que amodorrado, dormita en la acera de enfrente, y por extraña correlación de ideas nos intrincamos en la misteriosa floresta de la Teosofía.

Los ojos de Pedro Emilio Coll, de un verde de ajeno, chispean en la cuenca; y la "mirada interior" dice su temperamento reflexivo, su espíritu de analista que hurga el Yo, haciéndose comprensivo de la propia miseria, para alcanzar con generoso empuje de altruista la suprema comprensión del Todo-Hombre.

Nervioso, inquieto, femenilmente curioso, á las veces febricitante, pensando siempre, analizando más y sintiendo mucho más, Pedro Emilio Coll, es un artista complejo, un talento de veinte y dos años que aún no ha alcanzado su mayor plenitud intelectual ni el completo desdoblamiento de la personalidad, el *homo duplex*.

Es un sensitivo. Podría compararse á un espejo, cuyo cristal reflejara fielmente impresiones anímicas. En todos sus estados de alma es realmente sincero.

Aconsejando la sinceridad escribe: "Seamos sinceros, dejemos pasar las impresiones á nuestro espíritu como á través de un cristal pasa un rayo de sol límpido y brillante en el que revolotean mil átomos luminosos."

Contaminado de ese temerario espíritu de análisis que caracteriza nuestra época decadente, de esa necesidad de conocer el alma de todo, ha escogido para campo de sus experiencias analíticas, su propio Yo, educando así su temperamento instintivamente egotista y armonizándolo con su noble ideal de humanidad. Ha abrevado en la fuente del feroz solitario Nietzsche, y parece haberse impuesto como ejercicio intelectual, las tesis que Maurice Barrés, trata en sus novelas ideológicas.

En su temperamento naturalmente artístico han influido benéficamente, Hugo, el gran abuelo lírico, con su romanticismo; el positivista Hebert Spencer; León Tolstói, predicador de un dulce socialismo cristiano, que invita á la vida primitiva, hizo de Pedro Emilio un *cerebral*; D'Annunzio y Bourget con la novela psicológica; Anatole France y Lemaitre, con la crítica impresionista y Renan con su dilettantismo filosófico-artístico. Esta mezcla de influencias poderosas, al parecer heterogeneas, han producido al Pedro Emilio Coll, que conozco y amo, inquieto, voltairo, pesimista que quiere ser optimista, mirando al través de un lente azulado.

Un misticismo puramente estético, una

necesidad de ser humilde, lo enfrascan á ratos en la consoladora lectura de la *Imitación de Cristo*, ese libro tristemente bello, en el cual el genio místico de Kempis, encerró el alma de la Edad Media y á donde el dilettante se acerca en busca de sensaciones nuevas. Este bohemianismo artístico es tal vez el producto de un lejano atavismo; así piensa cuando escribe: "mi cariño por esos buenos vagabundos (los carobatas) viene de atrás y lo causa? no lo sé, quizás un curioso caso de atavismo, una vieja herencia de algún abuelo bohemio, que me inspira estas líneas, la misma que antes me llevó entre los bastidores del teatro, á la luz del proscenio, á la penumbra del escenario para hacerme cómico." En su infancia, en compañía de Pedro César Domínicí, formó parte de una *troupe* de chiquillos preoces que fingían de cómicos.

Palabras, es una revista de estados de alma, producidos por la lectura de un libro ó la contemplación de un paisaje ó de una cosa, es, según la sugestiva frase del autor, "como un gran corazón abierto al público."

Pedro Emilio Coll, es un cerámico del idioma. Su estilo nervioso y sabio, expresa sutilmente las impresiones; imprime en el papel los ensueños flotantes y escucha y objetiva las confidencias, ora alegres, ora dolorosas, de su alma; estilo astral que diría un brahman. Es un pre-rafaelista.

Pedro Emilio Coll, adora la Belleza, pero no es un partidario del "arte por el arte"; la influencia tolstoiista, le obliga á perseguir en la labor artística, por sobre todo, el Bien. Puesto á escoger entre la Estética y la Ética, sin vacilar, se echaría en brazos de la última, fría y grave amada.

Palabras es una colección de estudios críticos, siluetas y artículos escritos en los días en que "Cosmópolis," influía en la evolución de la juventud venezolana. *Examen de Conciencia*, es un estudio analítico admirable; *Impresiones tarrasconesas*, *Los Hermanos Zemganno y la Educación*, son notables juicios sobre sendas obras de Daudet, Goncourt y Spencert; *Ernesto Renán*, *Lecote de Lisle* y *Bourget*, tres siluetas de exacto parecido. Paul Bourget desde París, en graciosa carta estrechó la mano al discípulo americano. *El Colibrí* es un precioso cuento en forma de diálogo que fustiga á los escritores que en el periódico predicaban el naturalismo, la libertad de la mujer, etc., y faltos de sinceridad, en el hogar tiranizan á la esposa y le prohíben la lectura de Nana.

Palabras es una obra perfectamente eurítmica. Pedro Emilio Coll, posee una vasta erudición; lee mucho y digiere y se asimila lo bello y bueno del arte antiguo y moderno.

Con el título de "Egotismo" debió bautizarse este libro, pero un temor pueril de escandalizar á los "filistinos," aconsejó al autor á cambiar título tan subjetivo.

Recientemente ha realizado tres grandes empeños: publicó un libro, se casó y se fué á Europa, colmando así un ideal de artista, una aspiración de hombre y una necesidad de dilettante.

TULIO M. CESTERO.

Santo Domingo: 1897.

Los dos viejecitos

La señorita Malvina de Outreval vivía en una casa cubierta por la sombra que proyectaban las altas torres de la catedral.

Viejecita y arrugada, no tenía más que la fuerza precisa para ir de una butaca á otra, y se pasaba las horas muertas atizando el fuego de la chimenea con sus temblorosas manos.

No echaba de menos ninguna ventura ni sentía el pesar de la nostalgia, y esperaba con indiferencia el término de sus días.

Sola en el mundo y última de su nombre, no contaba ya los años que le iban abrumando con su peso y hallábase reducida á la compañía de una criada tan anciana como ella y de un pobre viejo, caballero de Malta, que en otro tiempo la había adorado en Coblenz, y que, como un devoto que va á la iglesia, acudía todas las noches á la casa de Malvina.

Reinaba entre ellos una amistad franca y sincera que jamás se veía perturbada por sinsabor alguno, y uno y otro se entretenían en sus conversaciones en evocar el recuerdo del pasado.

* * *

Daba gusto verles reunidos bajo el resplandor de un quinqué cubierto con una pantalla de encaje y observar sus dedos huesosos, que temblaban al lanzar las cartas sobre la mesa.

Terminada la partida, Mr. de Navicourt, que así se llamaba el caballero de Malta, acercaba su butaca á la de Malvina, y empezaba la conversación.

A veces le decía el anciano con tiernas inflexiones de voz:

¡Qué cruel fue usted conmigo, allá en nuestra juventud!

Malvina suspiraba sin contestar al principio, conviniendo al fin en que hizo mal en ponerse á tararear una canción el día que Navicourt le habló formalmente de amor.

Después confesaba lo mucho que le costó resistir á sus ruegos y encerrarse en su orgullo como en una fortaleza.

—¡Qué cruel fue usted conmigo!—repetía el viejecito.

Y la señorita de Outreval le contestaba:

—Sí, pero de lo contrario, tal vez no seríamos tan buenos amigos.

Y luego llamaba á la criada, se dejaba besar la mano, acompañaba á Mr. de Navicourt hasta la puerta, y mientras el anciano bajaba la escalera, sujetándose al pasamano le decía con voz maternal:

—¡Cuidado con el último escalón!

* * *

Tanto charlaron cierta noche y tantas tazas de té bebieron, que poco á poco cerráronse sus ojos y fuéronse durmiendo los dos, en medio de sus recuerdos, con la boca entreabierta y los brazos pendientes.

La criada, á quien nadie llamaba, seguía durmiendo en la cocina.

Consumiéronse las bujías, apagóse el fuego y empezó á rayar el alba, comenzando á reanudarse el movimiento natural en las calles.

La señorita de Outreval se despertó de pronto, desperezóse y lanzó un grito de estupor al ver á Mr. Navicourt que roncaba en su butaca, con la peluca torcida y la corbata desatada.

El grito de Malvina despertó á Mr. de Navicourt, y una y otro se miraron con una sorpresa cómica, como dos culpables cogidos infraganti por un marido celoso.

¡El caballero de Malta había pasado la noche al lado de la señorita de Outreval ¡qué diría la gente! ¡Qué escándalo! ¡Aquella mujer iba á ser fábula de la población! ¡Malvina, la inmaculada, la que en su vida había cometido un solo pecado venial, estaba gravemente comprometida! ¡Qué pensaría la criada!

La pobre anciana lloraba, sumida en la mayor desesperación, y decía con doloroso acento:

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

Entonces Mr. de Navicourt, después de haberse arreglado el nudo de la corbata, exclamó en tono solemne:

—Hay un modo de arreglarlo todo, señorita... un medio de reparar... nuestra distracción... ¿Quiere usted ser mi esposa?

Malvina se estremeció y cayó en brazos de su amigo sin pronunciar una palabra.

Y por eso fue que Malvina de Outreval se casó á los ochenta y cuatro años con Mr. de Navecourt, y por eso no la enterrarán con palma, cuando el Señor sea servido llamarla á mejor vida.

RENÉ MAIZERONY.

UN RECUERDO LEJANO

Con el alma en la lucha fatigada,
Ya de cuidados é inquietudes harto;
Cansado de pensar sin hacer nada,
Como tigre á su cueva, fuí á mi cuarto.

Un cofre, en los revueltos anaqueles
De un armario, de antiguo está escondido,
Donde guardo memorias y papeles
Por veleidad del tiempo y del olvido.

Por distraer la soledad y el ocio
En él cogí un papel á la desecha,
Y vi, por entre apuntes de un negocio,
Partido un corazón por una flecha.

Fijé la vista. Un sobre con su nena!
Intacta?... vive Dios, que es mucha historia!
...Fino el papel!... simbólico el emblema...
...Y ni un sólo recuerdo en mi memoria!...

Rompamos... pero no... quizá no es mío.
Páreceme imposible que lo sea...!
Y... ¿de quién ha de ser?... Es desvarío.
Mas, con todo, ¿que importa que lo lea?...

Una carta?... Y la firma... ¡Dios clemente!
Margarita!... La pobre!... aún la miro,
Trémulo el labio, pálida la frente,
Contestar á mi adiós con un suspiro.

De sus razgados ojos la mirada,
Muy larga y pensativa, parecía,
Chispa de sol en nubes encerrada
Que al poderlas romper abrasaría!

Era su corazón, casto, sencillo:
Curiosidad de niña su desvelo;
Y su expresión de virgen de Murillo
Me llevaba á pensar... ¿en qué?... en el cielo.

Yo no la amé... Mis locas vanidades
Murmuraron amores á su oído;
Y al ver que concitaban tempestades
Temieron el volcán de ellas nacido.

Egoísta, impaciente, sin fijeza
Iba en pos del placer ciego y sin calma;
Con un mundo de luz en la cabeza,
Con un cielo de estrellas en el alma!

La vida audaz, en ímpetu violento
Devoraba horizontes y... horizontes,
Y al tumultuoso hervir del pensamiento
El desierto era nada, y mar, y montes!

Todo, esclavo sumiso á mi deseo
Lo hallaba siempre el juvenil arroyo;
Era el amor, capricho, devaneo,
Sujeto á lo mudable del antojo.

Buscaban sólo aplausos y cariño
Mis locas ambiciones veleidosas;
Jugaba con el alma, como el niño
Que corre en el vergel tras mariposas.

Y entonces fue cuando la hallé en mi senda;
Y era una bella noche en que la vida,
Entre música y danza, iba sin rienda
Por ensueños de amor enloquecida.

En medio del revuelto torbellino
Y el frenético ardor del vals ardiente,
La vi cruzar, relámpago divino
De viva llama que abrasó mi frente!

Y la brillante luz y frescas flores,
En que el ancho salón resplandecía,
Perdieron su esplendor y sus colores,
Y esclava el alma, ansiosa, la seguía!

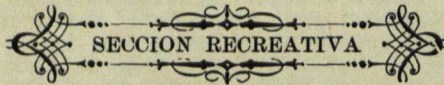
Esbelto el talle, la cintura breve,
La frente altiva en rizos coronada;
Mórbido el seno que á compás se mueve;
Rayos de claro sol en la mirada.

Nácar y rosa la mejilla pura;
Púrpura el labio que al amor convida,
Y la gracia, esa luz de la hermosura,
Dándole en todo movimiento y vida!

Así pasó á los ojos del deseo
Ímán irresistible su atractivo:
Y pienso al recordarla que la veo,
Y corre por mis venas fuego vivo!

—¿Despiertas, corazón?... Del ya pasado
Placer ¿á qué memorias?... vamos, calla;
De ruinas y de lágrimas sembrado
Dejó el dolor el campo de batalla!

HERACLIO MARTÍN DE LA GUARDIA.



Teatro modelo

Un periódico francés ha dicho que M. d'Annunzio, el autor de *Il Paciére*, construiría á orillas del lago de Albano un teatro modelo, el teatro de los Poetas, á fin de restaurar entre los pueblos itálicos el gusto y el culto por la belleza. Se creyó generalmente que era sólo una de estas fantasmas efímeras que engendra el fecundo cerebro del escritor. Estaban errados. El poeta en M. d'Annunzio se unió al hombre de negocios. Efectivamente la *Gazzetta de Venezia* anuncia que se ha formado una sociedad, provista de un potente capital para explotar el *Bayreuth* latino. Parece que M. Gordon Bennett, propietario del *New-York-Herald*, es el principal socio capitalista. Algunos de los personajes más notables de la aristocracia han hecho, en favor de la futura obra, una activa propaganda. Una junta de señoras los ayuda en su tarea, y con tan buen éxito, que el total de las suscripciones crece todos los días, y alcanza proporciones inesperadas.

Cuando M. d'Annunzio llamó á los arquitectos y les recomendó, como la República de Florencia á Giotto, que construyeran un edificio "más bello que lo que la imaginación pueda idear," no será detenido por la falta de dinero. El conde Frankenstein, que posee la mayor parte de las riberas del lago de Albano, ha ofrecido el terreno. Mme. Eleonora Duse ha aceptado la misión de presidir los trabajos del teatro de los Poetas. Ella reunirá una compañía de actores que animará con su mismo espíritu y formará á su imagen. Se cree que la primera representación se celebrará el 21 de marzo de 1899, "á la entrada de la primavera." Se representará la *Perséphone* de M. d'Annunzio, pieza antigua cuyo argumento es precisamente, el mito de la primavera.

Las representaciones deben durar todos los años dos meses y M. d'Annunzio espera poder dar en cada año cuatro dramas nuevos, dos antiguos y dos modernos. En caso de que los otros poetas no bastasen para esta cuádruple tarea, M. d'Annunzio se compromete á cumplirla él solo. Ya está puesto á la obra. Ha traducido el *Agamennón* de Esquiles, y la *Antígona* de Sófocles; la *Ciudad muerta* está terminada; dos de los cuatro "sueños" de los cuales él de una mañana de primavera, representada en París por Mme. Duse, está hoy escrito; los otros dos pronto seguirán. Y, mientras M. d'Annunzio, poeta, continuará sus nobles y fatigantes tareas, M. d'Annunzio, diputado, tomará parte en las sesiones de Montecitorio y en la vida política de su país.

Es necesario confesar que este es un admirable ejemplo de actividad.

El conde Tolstol y el premio Nobel

Se sabe ya que Alfredo Nobel, inventor de la dinamita, ha legado al gobierno de Suecia una suma de 30 millones de coronas, á fin de discernir diferentes premios á los hombres, que en el año, hayan servido mejor los intereses de la ciencia y la causa de la paz. La redacción de *Stockholms Dagblad* se ha sorprendido mucho al recibir una larga carta del conde Tolstol. El autor de *Anna Karénine* no aspira á ninguna recompensa. Hace observar, simplemente, que nadie ha trabajado tan bien para la paz universal como los Doukhorzes, esta población de 10.000 almas que, dócil á sus enseñanzas, rehusa, por sentimiento cristiano, el servicio militar. 34 Doukhorzes, alistados á la fuerza en el ejército activo, han sido, (después de una deserción) enviados á las compañías de disciplina; otros 300 destinados á la reserva, han renunciado el servicio y están en el Cáucaso.

"Los sacerdotes, los emperadores y los príncipes, dice el conde Tolstol, hablan siempre de paz; en las cancellerías, en las estaciones cuando se reciben y se abrazan, en las comidas de gala, cuando cenan juntos; pero, en realidad, ninguno de ellos trabaja por suprimir la guerra, mientras que los Doukhorzes, exultando los soldados, han encontrado el solo medio de impedirla. Es indudable que un acto de obediencia á la ley cristiana no puede ser el objeto de una recompensa pecuniaria. Pero el montante de los premios podrá ser útil á los padres, á los hijos y á las esposas de los refractarios presos."

Antiguo esplendor de las cacerías

La caza ha degenerado como otras muchas cosas. Hoy se tiene apenas una ligera idea de las placeras con que antes se deleitaban los cazadores.

En el siglo XVII se practicaba la caza del ciervo con un lujo inaudito: refiere la duquesa de Orleans que en cuatro años asistió á más de mil muertes; y en la cartera del elector de Sajonia se lee que de 1611 á 1656 mató 110,980 cabezas. No era sólo el número de víctimas sino también el tamaño y el peso de los animales lo que constituía la grandeza de esas cacerías. Los mejores gamos de Hungría que se conocen hoy, no pesan más de 300 libras. Juan Jorge de Sajonia mató algunos de 850 libras. No menos notables eran los lobos, los jabalíes y los osos. Este mismo elector rechazó la corona de Bohemia por la sencilla razón de que no quería ni oír hablar de un país donde los gamos no eran tan hermosos ni tan abundantes como en Sajonia.

Consideraban como verdaderos trofeos las magníficas astas de ciervos, que se transmitían piadosamente como reliquias de familia. Había emulación en exhibir los más suntuosos mogotes; señores y soberanos lo tenían á tanta honra que por una cabeza de ciervo cedió el elector de Sajonia al de Brandeburgo su mejor compañía de granaderos; por otra cabeza entregó un duque de Wurtemberg toda una aldea, con pastor y habitantes; un duque de Pomerania ofreció por una cabeza 625,000 francos que no fueron aceptados. En los lugares donde se habían matado hermosos ciervos elevaban piedras conmemorativas y hasta iglesias y conventos.

Las señoras se interesaban también en los ejercicios cinegéticos; uno de sus sports favoritos en la corte de Sajonia era "el salto de las zorras." Reuníanse los jugadores en un campo rodeado de setos y sostenían largas tiras de género con las cuales trataban de levantar y lanzar al aire con fuerte tensión los animales que estaban sueltos dentro del cercado. Era la "caza con parapeto" aplicada á las zorras. El inventor de este juego, Augusto el Fuerte, entonces futuro Rey de Polonia, empleaba en este ejercicio un solo dedo, y sin embargo no dejaba de tumbar á los dos hombres que sostenían el otro extremo de la tela. No carecía de peligros el juego, especialmente cuando se reemplazaba la zorra con el jabalí ó gato montés. El primero solía desacomodar los "paniers" de las señoras; y el segundo, dice un cronista de la época, que no era muy divertido; "pues cuando el gato montés no logra hundir sus garras en las pantorrillas de los jugadores, se ase tan fuertemente á las tiras de género que es imposible hacerle dar un salto conveniente."

"El colmo del proteccionismo"

La Bulgaria acaba de revelarse más proteccionista que ningún otro país. En efecto, el gobierno búlgaro ha publicado el siguiente decreto: "Todos los funcionarios y empleados del Estado, del Distrito y de las municipalidades que devengan sueldos, están obligados á usar, en servicio, vestidos y calzados nacionales.

El vestido y el calzado de los empleados, así como los kepis de uniforme de los gendarmes, deberán ser hechos en el país, con paño y cuero nacional. Los fabricantes de paño y de cuero tienen que llevar una marca hasta el fin de octubre que pondrán en todos sus productos, cuando vayan á ser certificados como nacionales. Los empleados de las aduanas no dejarán entrar en Bulgaria ningún producto extranjero que lleve la misma marca. Los mercaderes tendrán que entregar á los funcionarios facturas regulares que certifiquen el origen nacional de los objetos vendidos por ellos."

La Bulgaria va á llegar á ser el paraíso de los funcionarios. En la puerta de los ministerios, de las prefecturas y de las alcaldías habrá, como en los cuarteles, un ayudante de guardia encargado de inspeccionar el uniforme de los "hombres." Les hará mostrar su calzado, la marca de su vestido y cuando esto no esté conforme al reglamento, gritará con voz de trueno: "Fantasma! Engaña!" Y los "sueldos mensuales" serán reducidos otro tanto.

“ Los caracteres adquiridos son hereditarios ? ”

Hé aquí lo que tomamos de un periódico del exterior :
 “ Sobre esta pregunta, M. Lombroso, célebre antropólogo, acaba de publicar en *the Forum* un estudio que termina afirmativamente. Hé aquí qué experiencias determinaron su opinión. En primer término, M. Lombroso notó que uno de sus hijos, de dos años de edad, cuando sufría tenía la costumbre de tomar la actitud de la oración; entonces se acordó de que los Caldeos, después de una derrota ó de una desgracia pública, se postraban de rodillas con las manos cruzadas sobre el pecho ó tendidas hacia el cielo y no dudó que evidentemente su hijo, por el intermediario de sin número de generaciones y de vastos países, había heredado de los antiguos Caldeos esta posición instintiva de súplica. Esta primera prueba sugirió al sabio doctor la idea de una experiencia aún mucho más decisiva. Habiendo considerado que el camello de Africa no se diferencia del llama peruano sino en la joroba, emitió esta hipótesis, que la joroba camélica debe ser simplemente una condición adquirida, la marca indeleble de la esclavitud, el resultado de los pesados fardos impuestos por el Arabe del desierto á la paciente joroba de su sobrio compañero. M. Lombroso buscaba argumentos, cuando una casualidad providencial le presentó un portador jorobado. Este fue un rayo de luz. A partir de este día no encontró á un solo mozo de cordel sin que no lo hiciera desvestir. Muchos, admirados, se resistieron, pero sin embargo M. Lombroso pudo examinar á setenta y vio en la espalda de cuatro de ellos una gran excrescencia, la joroba profesional. Verdad es que los otros sesenta y seis no tenían nada y los hijos de los cuatro privilegiados no tenían tampoco el menor embrión de la joroba paterna. Pero semejantes bagatelas no detienen al antropologista y el doctor no vacila en declarar que siendo la joroba hereditaria en el mozo, en el camello es indudablemente adquirida. Falta explicar por qué el llama, que desde tiempo inmemorial se emplea en el Perú como acémila no ha adquirido joroba como el camello. ”

Una palabrita

Si una persona de lengua suelta pronuncie antes de este vocable eufónico: *Hottentotstrottel-mutterattenteterlattengitterwetterkoterbeutelratte* su consonancia armoniosa os haría comprender que esta es una palabra alemana; y es cierto, pues es tomada de un periódico de Dresde, *der Weidmann*, es decir *El Cazador*. Pero sin duda cuesta más trabajo comprender el sentido; en efecto, necesita una buena explicación. Héla aquí:

El *Weidmann* cuenta que entre los *Hottentotes*, *Hottentoten*, los kanguros, *Beutelratte*, se encuentran en gran número. Muchos van por el país, libres y respetados; otros, menos afortunados, son cogidos por cazadores y encerrados en jaulas, *Kotter*, cubiertos con mantas, *Lattengitter*, que los ponen al abrigo del mal tiempo. Estas jaulas se llaman, pues, en alemán *Lattengitterwetterkoter*, y el kanguro, después de preso, toma el nombre de *Lattengitterwetterkoterbeutelratte*.

Un día, aprehendieron á un asesino, *Attenteter*, que había matado una *Hottentote*, *Hottentotenmutter*, madre de dos niños atontados y tartamudos, *Stottertrottel*. Esta madre, en lengua alemana, se designa con este nombre: *Hottentotenstrottelmutter*, y por consiguiente el asesino se llama: *Hottentotenstrottelmutterattenteter*.

El matador fue encerrado en una jaula de kanguros, *Beutelratte lattengitterwetterkoter*, de donde escapó algunos días después. Pero, afortunadamente, no tardó en caer en manos de un *Hottentote*, que lo perseguía, y que se presentó muy contento ante el alcalde del lugar:—“ He cogido el *Beutelratte*, dijo.—Cuál? preguntó el alcalde, tenemos varios.—El *Attenteterlattengitterwetterkoterbeutelratte*.—De qué *Attenteter* me habla usted?—Del *Hottentotenstrottelmutterattenteter*.—Entonces usted no podía decir de una vez que había cogido el *Hottentotenstrottelmutterattenteterlattengitterwetterkoterbeutelratte*?” Aseguran que el *Hottentote* huyó horrorizado.

Comunicaciones rápidas

La rapidez de las comunicaciones hace acercar considerablemente todas las partes del globo, y cambia más y más las condiciones económicas de cada país. California se prepara á enviar á Europa sus frutos. Los propietarios, no pudiendo vender todos sus productos frescos, han organizado en una escala desconocida en Europa, secaderos de frutas, fábricas de dulces, etc. Pero mejorándose cada vez más las comunicaciones con Europa y siendo la venta de frutas frescas la más remuneradora, los horticultores californianos han inundado con sus productos los mercados del nuevo mundo. No siendo suficiente el consumo interior se ha pensado en la vieja Europa. Se han

expedido ya á Londres grandes cantidades de frutas californianas.

Las cajas de frutas son enviadas en expresos de San Francisco y de las regiones vecinas de New-York. El mes último fueron embarcadas en el *Saint Paul* que salió de New-York el miércoles 15, y el 22 se hallaban ya en el muelle, en el *Empress Dork*, de Southampton. A las siete de la noche del mismo día, el vagón descargaba sus fardos en *Covent Garden*, dando de este modo á los consignatarios la facilidad de escoger y de preparar la venta del siguiente día. Los consumidores no se quejaron, pues las frutas se conservan perfectamente.

Octogenarios ilustres

Ha solido tratarse con poca consideración á los hombres ilustres que han llegado á una edad avanzada, después de prestar los más relevantes servicios, ya como literatos ó como artistas.

Por fortuna no constituye esto una costumbre, como no siempre es cierto que los hombres *amados de los dioses* mueren pronto.

Contra esta afirmación hay numerosas excepciones. El duque de *Aumale* era, á pe ar de sus 75 años, un escritor notable y un narrador muy ameno.

De los muchos hombres ilustres que conservaron en edad muy avanzada la plenitud de sus facultades, pueden citarse en Francia á *Grébillon*, padre, que compuso su última tragedia á los 81 años, á *Voltaire*, que á los 83 era uno de los espíritus más activos y más poderosos de Europa; á *Vicior Hugo*, que murió en plena producción literaria; á *Chevrel* y tantos otros.

En Italia Miguel Angel trabajaba á los 88 años con la misma actividad que en su juventud, y *Ticiano* comenzó á pintar un gran cuadro para los franciscanos después de haber cumplido los 99.

Los americanos pueden citar á *Franklin*, que á los 82 años era Presidente del Estado de Pensylvania.

Los ingleses han tenido á *Newton*, que prestaba servicios muy activos á la *Royal Society*, de la que era presidente á la edad de 53 años; *Wordsworth* y *Tennyson*, los dos poetas laureados y también octogenarios; *lord Lindhorst*, que fue tres veces canciller de Inglaterra y que sufrió con éxito la operación de la catarata á la edad de 90 años, y *lord Brongham*, que á los 83 años tomaba parte todavía en los debates políticos.

Por último, *lord Palmerston*, octogenario como los anteriores, nos revela en sus escritos el secreto para llegar á una edad avanzada, á pesar de una vida consagrada al trabajo y á la fatiga.

“ Para conseguir esto—dice—me he despojado siempre al acostarme, no sólo de mis trajes, sino de todas las preocupaciones é inquietudes que me molestaban. Estas son las que matan, y no el trabajo. ”

Mucho hace también el disfrutar de buena salud.

Singularidades en los animales

Nunca observamos lo bastante á los animales. Seguramente los conocemos mejor que los antiguos, que poseían sobre ellos singulares nociones, á tal punto que tenían á la liebre como el animal más feroz de la tierra. Sin embargo tenemos mucho que aprender todavía, y es siempre muy útil estudiar las singularidades de cada especie. ¿ Sabíase que el gato que acecha tan amenudo los nidos de pájaros al pie de los árboles, puede perfectamente instalar su prole en medio de las ramas? Esto es anormal y sumamente extraño. No obstante, dos ejemplos recientes vienen á confirmar otras observaciones de origen inglés. En el mes de agosto último, un propietario de Normandía oye aullidos de gatos en las ramas de un castaño. Mi gato caza allí, pensó él. Pero acercándose más, ve á 5 metros de altura, enorme nido instalado en el cruzamiento de las dos ramas. Sube sorprendido de rama en rama y descubre en el nido..... una cría de gatitos, estos animalitos habían nacido seguramente en el árbol y la madre los criaba en medio de las hojas. ¿ Fue el instinto de la imitación lo que llevó al gato á seguir el ejemplo de los pájaros? O fue raciocinio para ponerse más en seguridad?

Hé aquí otras costumbres. Nadie cree al conejo trepador y menos nadador, y sin embargo trepa y nada. Trepá á los árboles cuando la ocasión le obliga, para huir de los perros ó para formar, como el gato, un nido lejos del alcance de sus enemigos. También á veces el conejo, pero sobre todo la liebre, no vacila en atravesar un río para escapar del cazador. Se ha visto á algunos, arrojar al agua, llegar á la otra ribera y desaparecer en una madriguera. Esta no es la regla general, pero á menudo sucede.

Finalmente, citaremos un gracioso ejemplo de caza, de un nuevo género. Se dice: malicioso como un mono; y quizás con razón. Un oficial de marina cuenta el siguiente hecho. Los cangrejos de Java viven en huecos á orillas del mar. Los monos parece que son aficionados á los cangrejos y cuando el ham-

bre los acosa, se acercan á la cueva del cangrejo y deslizan delicadamente la cola en el hueco. El cangrejo más goloso que el mono, se precipita sobre el apéndice caudal. El mono se enfada, pues está sólidamente cogido por el crustáceo y en cuanto siente la cola bien agarrada la retira bruscamente y con ella el cangrejo. Hace girar cola y cangrejo de tal modo, que lanza el crustáceo al suelo con violencia. La concha se quiebra y el mono no tiene sino que extraer la carne. Esto es, en efecto, de gran malicia.

Cuentos ajenos

LA SALVACION DE UN PUEBLO

Al ver Dios que los habitantes de Tarascón estaban cada día más corrompidos, que renegaban de su santo nombre y se empeñaban en trabajar los domingos y fiestas de guardar, acabó por perder la paciencia.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo—un solo Dios y tres personas distintas—celebraron Consejo para decidir si había ó no necesidad de imponer un terrible castigo á Tarascón, promoviendo una inundación espantosa.

La avenida del Ródano era ya imponente. Y en los diques y en los muelles, los habitantes de Tarascón, pálidos y temblorosos, contemplaban el desastre.

Santa Marta, amiga de Dios y de la ciudad, arrodillada á los pies de la divina Trinidad, lloraba como una Magdalena y solicitaba piedad para los tarascónenses, por más que fueran dignos del castigo que iban á sufrir.

Dios se mostraba inexorable. Y el Ródano seguía creciendo.

De pronto dejó de existir un habitante de Tarascón, famoso cazador, el cual se presentó á las puertas del cielo.

San Pedro, sorprendido al ver que deseaba entrar, desconfió del recién llegado y quiso examinar los papeles del cazador.

Después de haberlos leído, no se atrevió á aceptar la responsabilidad de abrirle la puerta y lo dejó en el corredor, porque sin hablar de los hurtos de higos y de uvas, nuestro hombre, para salir de caza muy temprano, dejaba de oír misa los domingos. Además, en algunas ocasiones se dio el caso de que, por temor de que se le pudrieran las perdices, se las había comido con su familia, sin observar la vigilia de los viernes.

Así, pues, dijo San Pedro al cazador :
 —Séntate ahí y espérate. Volveré en seguida con la contestación.

Y San Pedro fué á dar cuenta á Dios de lo que ocurría.

—Ese hombre ha sido esto, lo otro y lo de más allá—dijo el celestial portero, ampliando de un modo excesivo su discurso.

—No hables más, Pedro—exclamó Dios—porque tengo otras cosas más importantes en que ocuparme. Tu cazador, antes de morir, hizo un buen acto de contrición y merece ser perdonado. Hazle entrar y no se hable más del asunto.

El Ródano en tanto, crecía y crecía de un modo extraordinario, procediendo de muy lejos la avenida.

Y Santa Marta continuaba orando en el cielo, postrada de hinojos.

Y el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, que nunca tienen prisa cuando se trata de castigar, seguían reunidos en Consejo.

—¡ Padre—decía el Hijo—perdónales! Los moradores de Tarascón no son tan malos como suponen los habitantes de las poblaciones cercanas. Quiero salvarles á toda costa, Padre mío, y por su salvación es preciso que baje á la tierra uno de nosotros.

¡ Bajar á la tierra! Al oír estas palabras, la Virgen María se puso pálida y sintió que sus piernas flaqueaban.

Y como creyó ver de nuevo á su amado Hijo pendiente de la cruz é inundado de sangre, se ocultó el rostro entre sus manos.

Movido á compasión el Espíritu Santo, que conservaba su forma de paloma, batió sus alas y dijo á la Virgen, á la heroica mártir de los Siete Dolores:

—Tranquilízate, María. Tu llanto de Magdalena me parte el corazón. Tranquilízate, y ya veremos de arreglar esto del mejor modo posible. Vos, venerable Padre Eterno, sino demasiado viejo para bajar á la tierra, y tú Hijo de Dios, has estado ya en ella y en tu Pasión bebiste hasta las heces el cáliz de amargura. Yo bajaré al planeta. Yo tengo alas y salvaré á Tarascón.

La Virgen María suspiró de contento. Santa Marta comenzó á concebir una esperanza. El Padre Eterno estaba pensativo.

¿Y el Ródano?

La avenida del Ródano no disminuía; pero tampoco aumentaba.

El Espíritu Santo iba a tender sus alas, desoso de partir inmediatamente, cuando el cazador de Tarascón, que al pasar por allí se había enterado de todo, exclamó:

— ¡ Hermosa y celestial Paloma, no vayáis por Dios, a Tarascón! Todos mis paisanos son cazadores, y al ver la blancura de vuestras alas, dispararán contra vos en todas direcciones. ¡ Pit! ¡ pat! ¡ puf! ¡ pam! ¡ pam! ¡ patapam! Os juro que no llegaréis sin detrimento a Tarascón. Ya me parece que estoy viendo volar vuestras blancas plumas por el aire. ¡ No bajéis, Señor, a la tierra! ¡ Libres Dios de realizarse semejante proyecto!

Al oír el consejo del cazador, tuvo Dios la bondad de sonreírse.

Y como la sonrisa de Dios es la bendición de la tierra, acto continuo, comenzaron a decrecer lentamente las aguas del Ródano y Santa Marta respiró.

Y Tarascón se salvó de la terrible catástrofe que le amenazaba.

Y desde entonces, los tarasconenses son verdaderos modelos de virtud y de honradez.

JOSÉ ROUMANILLE.

Digestión rápida de las moscas y de las arañas

Se conocen ya las plantas carnívoras que engullen en sus corolas las moscas y otros insectos, las apisonan y las digieren. Estas plantas poseen un jugo que goza de la propiedad de hacer desaparecer poco a poco las materias más diversas, por una especie de digestión interna. M. Federico Landolph acaba de descubrir que las moscas y las arañas poseen también un fermento de extrema actividad que les da el poder de digerir rápidamente las substancias pútridas y aun tóxicas.

A M. Landolph le había llamado la atención ver, en Chili, que una gran cantidad de moscas se arrojasen sobre los cuerpos en descomposición, sobre todo en el tiempo de epidemia. Las moscas reemplazan en pequeño, sobre los detritus de toda clase, a los cuervos, ó buitres de las Indias. Todos los detritus desaparecen con una rapidez sorprendente.

M. Landolph recogió cierto número de estas moscas, las aplastó, preparó una solución filtrada de carne de moscas y estudió la acción del líquido lechoso así obtenido. El licor obra sobre el polímetro y revela un poder reductor mayor que el del jugo diabético. En fin, destruye poco a poco la materia orgánica. Este resultado es curioso, nuevo y suficiente para enseñarnos el papel de ciertas moscas en la desaparición rápida de los residuos orgánicos.

La estatua de don Juan de Mañara

En el Hospital de la Caridad de Sevilla, fundado por el caballero don Juan de Mañara, tan célebre por sus hazañas juveniles como por sus filantropías y actos de devoción llevados a cabo más tarde, quedará instalada la estatua de éste, una de las últimas obras del malogrado Susillo, en que puso este desgraciado artista toda la inspiración y la sabia maestría de su cincel.

Hay quien ve en la figura histórica de Mañara el verdadero original de don Juan Tenorio; de tal manera, que si la obra literaria de Zorrilla tiene sus precedentes en las obras de Molière y de Tirso de Molina, el carácter, la figura y los hechos del protagonista tienen un fundamento más positivo y real, como es la accidentada vida de Mañara antes de su conversión. La circunstancia de que Zorrilla eligiera como centro de las aventuras y liviandades de su Tenorio a la hermosa capital andaluza, hacen más interesante el parecido entre el don Juan del drama fantástico y el don Juan de la historia sevillana.

Hé aquí en pocas palabras la novelesca historia de la conversión de Mañara.

A mediados del siglo XVII vivía en Sevilla un caballero de Calatrava, tan gentil y apuesto de continente como impío, camorrista y mujeriego. Una noche de aquellas cuyo recuerdo hace exclamar al Tenorio de Zorrilla

*¡Cuántas, al mismo fulgor
de esa luna transparente,
arranqué á algún inocente
la existencia ó el honor!*

volvía el caballero Mañara á su palacio, cuando sin saber de quién ni con qué, recibió en la cabeza un golpe que le hizo caer al suelo, aturdido. Al reponerse é incorporarse airoso, no vio ni sombra del agresor, escuchando solamente una voz que decía: "¡Déjale; está muerto!"

Mañara olvidó bien pronto este incidente; volvió á su vida crapulosa, y otra noche, al regresar á su casa, perdióse de tal modo entre las callejas de Sevilla como si en ella fuese un forastero. Este accidente incomprensible hizo perder totalmente la serenidad al caballero, que por más que andaba no lograba jamás orientarse ni hallar alma viviente en su camino, hasta que oyó á lo lejos rumor de funerales cantos y vio el resplandor de innumerables cirios que acompañaban sin duda á una caja mortuoria. Preguntó el calavera de quién era aquel entierro, y le contestaron: "De don Juan de Mañara."

Aumentó con esto la zozobra y el temor de don Juan, que cayó desvanecido en tierra y despertó al día siguiente con el temor en el corazón y el más sincero arrepentimiento en el alma.

Hecho otro hombre después de tan extraordinario suceso, procuró que los sevillanos olvidasen su pasada liviandad con el espectáculo de sus obras benéficas, y la principal de éstas fue la fundación del Hospital de Caridad, convertido bien pronto en Museo por los numerosos lienzos que pintó para el Hospital el gran Murillo, amigo inseparable de don Juan de Mañara.

Erudición intempestiva

Casi todos los jóvenes contemporáneos recordarán la antigua y sorprendente historia del individuo que, perseguido por unos bandidos, se refugió en una cueva. No recuerdo ya el nombre de este personaje, mas nada importaría el nombre si se supiera la dirección.

Pero es lo cierto, y debo confesarlo, que también he olvidado la dirección de este sujeto. Imposible me sería decir fijamente en qué desierto estaba el domicilio que le proporcionó su buena fortuna. No interesa mucho tampoco.

Lo que deja de ser insignificante es el siguiente detalle. No bien se encontró á salvo nuestro simpático fugitivo, cuando una araña vecina experimentó la necesidad de estirar las piernas y ponerse en disposición de hacer una buena cacería.

Empezó por hilar su tela á la orilla de dicha cueva, y cuando los perseguidores llegaron á toda brida hasta la madriguera, pasaron de largo, diciendo:

"Evidentemente, nuestro hombre no está aquí; para entrar habría tenido que romper esa trampa de cazar moscas; no, no nos equivocamos, hurra! adelante! á seguir buscando!"

Los feroces perseguidores avanzaron más y más dejando atrás muchos kilómetros, y así, gracias á la intervención de un humilde insecto, salvó la vida nuestro valiente amigo.

Acaba de suceder una aventura que tiene muchos puntos de semejanza con la anterior, pero cuyo resultado no fue tan feliz.

A la entrada de una cueva en el distrito Isaka (Japón) vivía una araña bastante vieja ya y muy sabia, que había pasado mucho tiempo en las habitaciones de servicio de un tejedor de la corte; y tantas cosas extraordinarias había visto allí, que supo aprovecharlas como lucho se verá. Era sin duda esa araña la más hábil y más distinguida que ha existido en el imperio del Sol Naciente.

Durante la guerra civil sucedió que un joven Samouraí, perseguido activamente por los enemigos de su padre, llegó á esconderse en la gruta, tratando de evitar el alcance de los espías.

La araña, al verle entrar, apartó púdicamente sus diez mil ojos, y suponiendo que su nuevo inquilino corría peligro inminente de ser descubierto determinó salvarlo. "Con una telita en la puerta, se dijo, les jugamos la mala pasada.

Activamente movió sus hábiles dedos, tendió los hilos y quedó hecha la obra con maravillosa destreza.

Mas, para desgracia del joven japonés, el excelente animal unió al deseo de hacer una buena acción el anhelo de alcanzar gloria.

Junto con el rey de los Cangrejos y los 47 fieles Ronianos se vio colocada en el Libro de las mil Leyendas—ilustrada por Hokusai,—y tirada en centenares de libros jocosos.

En una palabra, quiso dar prueba de su talento, demostrando que no era una araña cualquiera sino una de las más eruditas tejedoras, y tejó en su tela con hermosas letras decorativas la siguiente inscripción:

AQUÍ HAY ALGUIEN

El resultado fue deplorable.

A los cinco minutos llegó al galope en su caballo negro el jefe de los conjurados, con su colete de ante y una especie de cometa en la cabeza.

Leyó el aviso revelador, lanzó una carcajada salvaje, penetró en el subterráneo y de un solo sablazo abrió el vientre vacío del desventurado Samouraí.

GEORGE AURIOL.

El colegio y la vida.—Reformas en la enseñanza.—El examen y el diploma

No puede llamarse fatuidad el que una persona habile de sus éxitos escolares, pues ellos no prueban nada absolutamente en pro ni en contra del valor del hombre en el resto de su vida. De que un niño haya sido el primero en todas sus clases no puede deducirse que habrá de dominar más tarde á los hombres de su generación.

Las victorias del colegio se obtienen con la memoria; las de la vida con sentido común y buena voluntad. No se me acusará, pues, de vanidad, si digo que en el colegio era yo excelente discípulo, ganaba siempre los primeros premios y después de mi examen de bachiller en filosofía salí de los bancos con una provisión clásica relativamente grande; brillé ante los examinadores por un conocimiento profundo de las raíces griegas y por mi nulidad completa en la parte científica. El profesor de física que me examinaba, exasperado al fin por mi ignorancia, acabó por preguntarme qué era el barómetro, y yo le contesté que era un instrumento para medir el calor.

Positivamente, terminada mi educación, yo no podía decir en virtud de qué principio exacto se mueve una locomotora.

Son muy raras en la vida las ocasiones en que se necesita dar prueba de saber el griego y el latín, pero sí son innumerables las que se nos presentan de demostrar que tenemos conocimientos prácticos. Salí, pues, del colegio muy mal provisto para la existencia, compartiendo la triste suerte de todos mis compañeros de clase.

Después se ha querido modificar tal estado de cosas: se introdujeron en la enseñanza primaria reformas prácticas; se dividió en dos secciones la educación superior, para que los jóvenes que no estuviesen dispuestos á seguir una profesión liberal pudieran libertarse del yugo de los idiomas muertos.

Pero todo se dispuso sin método; y todavía hoy cuando en la intimidad de la familia dirijo alguna pregunta á los hijos de mis amigos, cursantes en los liceos, puedo observar que en cuanto á sistema práctico no se ha adelantado gran cosa.

En resumen, en la educación nacional francesa, hablo de la que reciben las clases acomodadas, domina siempre la idea del examen, del diploma. Para llegar á ese examen, para conseguir ese diploma, debe el joven estudiante asimilarse un sinnúmero de materias contenidas en un programa determinado, más largo y más complicado cada día cuanto mayor es el número de examinandos. Es preciso que el joven pueda responder á todas las partes de ese programa; no importa que al día siguiente olvide todo lo que haya aprendido, pues una vez abierta la carrera para la cual ha estudiado todas esas materias, nadie se las volverá á preguntar en su vida. El niño tiene, pues, que pasar años enteros preparando un esfuerzo extraordinario para un día de su vida, y toda su educación no es sino un fuerte impulso para llegar á ese fin.

Se le calienta para el día del examen, como se hace con las máquinas.

En los meses de invierno vemos en las grandes tiendas de comestibles, hermosos haces de espárragos y pequeños cerezos cargados de frutos rojos ó alguna cepa de viña con sus racimos dorados. ¿Cómo se han producido esos fenómenos? Por el calor. Bajo el estírcol en fermentación enterraron la cepa que produjo el haz de espárragos; en un invernadero iluminado artificialmente por la luz eléctrica se produjeron los cerezos y el racimo de uvas. Se ha engañado, se ha forzado la naturaleza, eso es todo; mas ella no lo soporta impunemente. La cepa se seca y el pequeño cerezo no dará más fruto, ni la viña tendrá más racimos. Esas plantas sometidas al calor se han esterilizado.

La planta humana que se levanta por medios análogos sufre idéntica suerte, y los candidatos mueren intelectualmente al alcanzar la victoria ó caen en la clase de los espíritus sin vigor y de los caracteres sin fuerza, agotados por su efímero triunfo. Ahí tenéis por qué esas generaciones sometidas á un régimen sin iniciativa sólo producen los empleados, ansiosos por vivir del fondo común, con la única ambición de que el Estado los sostenga como antes los educara, sin tratar en modo alguno de levantarse por sí solos como esos valientes trabajadores que van alrededor del mundo para labrarse una posición, aumentando á la vez el prestigio y la fuerza de la raza que les dio vida.

Ha tiempo ya que todos los hombres pensadores deploran el sistema. Pero..... la rutina! pero..... la organización política que no da tiempo á los ministros para pensar en reformas fundamentales!

Nuestro colega y amigo M. Edmond Demolins, en un libro que acaba de publicar titulado: *En qué consiste la superioridad de la raza anglo-sajona*, expone perfectamente los males de nuestro sistema de enseñanza.

La superioridad anglo-sajona es indiscutible, y Demolins la atribuye al sistema de educación nacional.

¿Cuál es la base de la educación inglesa? Formar el hombre. Y qué es el hombre para Inglaterra, nación colonizadora y deseosa de extender sus dominios? Es un individuo, un sér que no debe limitarse á conocer la teoría de la cosas necesarias para la vida, sino que ha de estar en capacidad de hacerlas con sus propias manos. Es un sér que, hecho para vivir en sociedad, no debe permanecer extraño al patrimonio intelectual y á ese conjunto de conocimientos que son al espíritu lo que los objetos materiales al cuerpo. Si queréis saber lo que es el hombre para un inglés, leed ese libro admirable que es como un compendio del alma inglesa, y que goza junto con algunos pocos libros de los honores de una popularidad universal: *Robinson Crusoe*.

El objeto natural de la educación debería ser el formar, sin fuertes sacudidas y sin peligros, almas y cuerpos semejantes al alma y al cuerpo que Robinson perfeccionó á través de tantos peligros é infortunios. Y la educación inglesa tiende efectivamente á ese fin.

En el seno de la libertad florecen innumerables escuelas frecuentadas por jóvenes que gozan de su independencia, por decirlo así, desde que están en edad de salvarse de los peligros de la vía pública. Nada de patios cerrados, nada de altas paredes; la libertad en un parque. El discípulo vive formando parte del hogar de su profesor. El día está dividido en tres secciones: parte teórica en la mañana: lee y estudia los principios de las cosas; lección práctica en la tarde: aplicación de lo que ha aprendido en la mañana; trabaja con sus manos, como antes trabajara con su espíritu; desarrolla sus músculos como desarrolló su inteligencia; y por último, la parte social durante la noche en el salón del profesor: música, teatro de sociedad, conversación, en fin, para preparar al niño á las distracciones intelectuales que habrán de constituir más tarde su placer cuando forme una familia.

Último detalle y tan original que acaso no sea comprendido, pues trastorna todas nuestras ideas y todas nuestras preocupaciones en materia de enseñanza: los discípulos no están clasificados según el mérito de cada uno; no hay primero ni último, por lo tanto no hay emulación, no hay orgullo, no hay envidias.

¿Y no os parece curioso ver un país que ha conservado su aristocracia, que cultiva el respeto por la superioridad social, que no proclama la igualdad y que sin embargo no quiere que en los bancos del colegio sean sus hijos superiores á otros; mientras que junto á ella, separado sólo por un brazo de mar, está otro país cuyo lema es la igualdad absoluta, que alimenta pasión violentísima por esa igualdad y que sin embargo organiza la educación por gerarquías, superioridades, primacías, recompensas, distintivos, cintas, que en millares de colegios se conceden al más inteligente ó al más estudioso; en tanto llega el día en que el francés adulto considera también como único objeto de ambición un pedacito de cinta que, cual resorte poderosísimo, moverá á algunos á cometer todas las bajas, impulsará á otros á los mayores heroísmos?

J. CORNÉLY.

Acción del tabaco sobre los órganos digestivos y respiratorios

Todos los años hay algún fisiologista ó algún médico que haga un examen comparativo sobre la salud de los fumadores y de los no fumadores, y el resultado es siempre favorable á estos últimos.

Hé aquí lo que ha obtenido M. Mendelsohn, al dirigir un formulario á los estudiantes de la Academia médica militar y á los del instituto tecnológico de San Petersburgo.

El formulario fijaba cinco preguntas: ¿Qué edad tiene usted? ¿Cuánto tiempo hace que fuma? ¿Cuántos cigarrillos ó cajas de cigarrillos fuma usted por día? ¿Aspira usted el humo? ¿Sufre usted á menudo desórdenes digestivos ó respiratorios?

Más de mil estudiantes han respondido; algunos de los cuales fumaban hasta 25 cigarrillos por día. Entre 100 fumadores, 16 se quejan de afecciones respiratorias y 12 de afecciones digestivas. Entre 100 no fumadores, los números correspondientes son solamente 10 y 10.

Generalmente, la proporción de los enfermos es de 36,74 para 100 fumadores y 23,83 para 100 no fumadores.

La tercera parte de los fumadores han empezado á fumar á los diez y seis años; las otras dos terceras partes después de los diez seis, y la primera categoría presenta 45,83 enfermos y la segunda 32,71 por ciento.

Silogismo

Inclinada la cabeza
al peso de honda tristeza,
de un día al amanecer,
ante su sepulcro abierto
más pálido está que un muerto
el sombrío Robespierre.
Como una sombra viviente,
hundió su amarilla frente
en negra meditación;
cuando en su humilde aposento,
rudo, terrible y sangriento
entra el verdugo Nerón.
Se miran: ruda pelea
rifien el Hecho y la Idea,
mezcla atroz de bien y mal:
ruge ronco el león herido
y le contesta el ladrido
del carnívoro chacal.

—¡Hoy mueres, sér implacable!
—¿Quién eres tú, miserable?
—Un engendro del Terror.
—¿Tú mi idea?... ¡A Dios le plugo!
¡Abrazáme, buen verdugo!
—¡Eso no, mal dictador!
—Oye una historia enterrada
aquí, en mi alma condenada.—
Dice el sangriento titán:
—Vi á la reina prisionera...
¡y la amé, como una fiera
inspirada por Satán!
¡Cuántas noches he corrido,
de matar enloquecido,
á su imponente prisión!
¡Y allí... lloraba... sentía
que me arañaba y mordía
algo horrible el corazón!...
¡Qué tarde!... El pueblo curioso,
ronco, sublime, espantoso,
proclamaba su impiedad;
como tremendo gigante
ayer esclavo, hoy triunfante
de la regia majestad.
Hosea, altiva, desgreñada,
sube una mujer la grada...
—¡Ella!... ¡Mi vida!—rugí:
¡La abracé!... ¡Tembló violento
el mundo... y el firmamento
se desplomó sobre mí!...
—¡Muere, ramera!—mugía
la imponente gritería
del pueblo. —¡Mientes!...—grité.
¡No sé si fui yo ó mi brazo!...
¡Se oyó un repugnante hachazo!...
¡Yo, tigre, yo la maté!...

—¡Fue la razón!...
—¡Soy la fuerza
que has hecho; justo es que ejerza!
¡El Hecho libre es Nerón!
¡Libertad!...
—¡Odjo que estalla!
—¡Y eso es libertad, canalla!
—¡Y esto, éfnico, razón!
—¡Venga la muerte!

—¡Camina!
¡Ah, mi vieja guillotina,
quien tu alma pudiera ser!...
—¡No grites, mancha infamante!
¿Qué importa un muerto?
—¡Adelante!

¿Ves... tu grito, Robespierre?

Lívido, con arrogancia,
gritó al populacho:
—¡FANCIA...
tu libertad es Nerón!—
Rodó una genial cabeza
y el verdugo con fiera
dijo:

—¡Y esta... tu razón!—
Después, con veloz carrera
lo arrastró, como la fiera
su presa arrastra oriel.
Llegó al hoyo de los muertos
y entre cadáveres yertos
rodó abrazado con él.

¡Horrible y fatal cadena!
Aquel abrazo de hiena
que dio á Robespierre Nerón.
en el seno de la Historia,
engendró, con fango y gloria,
al audaz Napoleón.

ADOLFO LUNA.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

PROCEDE BIEN

Á UNO

Proceded bien y progresaréis.
—Pero si yo procedo lo mejor que me es posible,
y no progreso.

—Perseverad, pues si procedéis mal, menos progresaréis; y entonces no tendríais la satisfacción y el consuelo de haber procedido bien, que es ya mucho.

Á OTRO

Proceded bien, y progresaréis.

—¡Qué santo sois! Yo procedo de cualquier modo,
y siempre procedo.

—Pues si procedierais siempre bien, progresaríais aún más; y os salvaríais de las humillaciones que inevitablemente tendríais que sufrir cuando procedíais mal.

Textos. "Si los pícaros fuesen capaces de conocer las ventajas que hay en ser hombre de bien, serían hombres de bien por picardía." (BENJAMÍN FRANKLIN).

"Preferir los caminos tortuosos y enmarañados á los desembarazados y rectos, prueba siempre, ó un sentido limitado, ó una alma por todo extremo corrompida." (BARALT. Dicc. de Galic. Sentido).

"La línea recta es el *nec plus ultra* de la habilidad." (ALFONSO TOUSSENNELL).

"Rien n'est plus habile qu'une conduite irréprochable." (MADAME DE MAINTENON).

"La probité, qui empêche les esprits médiocres de parvenir á leur fins, est un moyen de plus de réussir pour les habiles." (VAUVENARGUES).

"Les méchants sont toujours surpris de trouver de l'habilité dans les bons." (VAUVENARGUES).

TOLERANCIAS

I

Faltas hay que se le perdonan á un joven, por razón de su edad; y que no se le perdonarían á un viejo.

Otras hay, por la inversa, que se le perdonan á un viejo, por razón de su edad; y que no se le perdonarían á un joven.

Asimismo. Se toleran ciertas faltas á un ignorante, por razón de su ignorancia; y que no se le tolerarían á un hombre inteligente.

Otras hay, por la inversa, que se le toleran á un hombre inteligente, por razón de su inteligencia; y que no se le tolerarían á un ignorante.

Cosas hay que se le toleran á un extranjero, por ser extranjero; y que no se le tolerarían á un hijo del país; y vice versa.

A un hombre se le toleran muchas cosas, que no se le tolerarían á una mujer; y vice versa.

II

Lo que antecede es extensivo á otros varios casos, y en sentidos diversos y aun contradictorios.

Los valientes no son por lo general baladrones, por eso al valiente que por alguna circunstancia echa una bravata, no se le tiene á mal; si la echa un cobarde, las gentes se ríen.

Los sabios no son por lo regular pedantes, por eso cuando un sabio por un evento incurre en una pedantería, se le disimula; si es un ignorante, las gentes le desprecian.

Contrastando con lo anterior veamos ahora. Al miserable, al avariento se le aplaude y agradece como una grande hazafia, cuando por una excepción da algo; al reconocido como generoso, no se le agradece sino cuando da mucho.

Al mentiroso por idiosincracia, se le perdonan muchas de las mentiras ligeras que dice; al hombre veraz, no se le tolera la más leve en que pudiera incurrir.

III

Ciertas faltas ó deficiencias se toleran á un simple aficionado; pero no se le tolerarían jamás á un profesor.

Al vulgo de los literatos, poetas y escritores se disimulan muchos puntos, que no se les dispensarían á las eminencias; ó sea, á los dichos de alto coturno ó alto vuelo.

Al vulgo de los hombres honrados; ó dígame, á los hombres humanamente honrados, se toleran ciertos deslices ó desvíos; que no se le tolerarían á los hombres sobre-humanamente honrados; pero que ni aun ellos mismos se los permitirían.

Al vulgo de las personas decentes se disimulan algunos descuidos y hasta inconveniencias; que no se disimularían á la parte elevada ó superior y más delicada, ó de mayor decoro.

El hombre de carácter noble, está obligado á mucho; el que no lo es, á muy poco. *Nobleza obliga.*

Una ligera mancha en un paño limpio lo deslucir y parece mucho; en uno que no lo es, apenas si se nota.

IV

Curioso é interesante sería enumerar todas esas faltas, que respectivamente se toleran ó perdonan en cada caso, ó indagar las razones que militan para ello.

Es condición indispensable, en primer término, que la falta sea ingenua y espontánea, pues desde que se trasluce artificio ó propósito deliberado, se hace antipática y pierde toda inmunidad.

Texto. "Le génie est comme le soleil, il porte dans sa splendeur l'excuse de ses taches." (JOSEPHIN SOUTARY).

B. RIVODÓ.

Curiosidades históricas

Por Ildefonso Antonio Bermejo

LA VISION DE UN FRAILE

(1364)

Acercábase el momento en que debía librarse una gran batalla entre D. Pedro de Castilla, llamado *el Cruel*, y D. Enrique, apellidado *el Bastardo*, y en la que iban á disputar á muerte una corona y un reino. Realizábase al mismo tiempo un gran duelo entre Francia é Inglaterra, representada aquella por Bertrand Duguesclín, y ésta por el Príncipe Negro.

D. Enrique tomó posesión cerca de Nájera, inmediato al pequeño río Najerilla, entre su campo y el camino que necesariamente había de traer el enemigo. Componíase la hueste de D. Enrique de los extranjeros que capitaneaba Duguesclín; y queriendo D. Enrique dar un testimonio público de su valor, pasó el río Najerilla y se presentó arrogante en el llano de Alecón, entre Navarra y Azofra.

Inmediato á este pueblo se encontraba D. Pedro de Castilla; y al ver á su contrario salir tan briosamente á la llanura y plantar sus banderas delante de su campo, dijo al Príncipe Negro, que estaba á su lado:

—Es preciso confesar que es un valeroso caballero ese bastardo.

Todo aquel día lo pasaron los unos y los otros en ordenar sus tropas para el combate. Cada cual dividió su hueste en tres cuerpos, y el Rey D. Pedro pidió mandar el centro del ejército.

La noche anterior á la batalla, encontrándose D. Pedro en su tienda combinando con sus parciales la forma y manera del ataque, le anunciaron que se había presentado un venerable sacerdote de Santo Domingo de la Calzada solicitando hablarle. Parecióle á D. Pedro cosa extraña la visita, y á semejante hora; pero concedió el permiso que el fraile solicitaba. Presentósele un anciano cifiendo el hábito de Santo Domingo, de luenga barba, quien, después de saludar al Rey con respetoso acatamiento, esperó el permiso del Rey para dar comienzo á su razonamiento.

Pero no satisfizo al sacerdote la venia del Soberano para que hablase; solicitó con empeño que la plática fuera reservada; pidió que se alejaran los testigos, y aun cuando el Monarca por carácter y temperamento era poco inclinado á la concesión de ciertas peticiones, frunció el ceño y mandó que le desajen á solas con el fraile.

Retirados los caballeros y los ricos hombres, dicen que el sacerdote se expresó de esta ó parecida manera:

—No extrañéis, señor, el aspecto misterioso de esta visita: he tenido una visión y en mis palabras no escuchéis el acento del sacerdote, sino la voz celestial y poderosa del que me envía.

Este preámbulo, lejos de conmovir al Rey le movió á disgusto, y así lo demostró; no con palabras, sino con un gesto desabrido; pero alentó al fraile para que continuase su relación, y añadió el dominicano:

—Tenéis al Señor Dios nuestro, Padre omnipotente de todas las cosas, muy descontento por vuestras crueldades y demasías. Ayer, después de mañinas, y mientras oraba en mi celda, se me ha aparecido un ángel, cercado de lucentes resplandores, al que humildemente reverencié, y me dijo que me presentase al Rey D. Pedro de Castilla y que, en nombre de Dios Todopoderoso y Santa María, le amonestase por sus infinitas crueldades, por las cuales recibiría tremendos castigos si no aplacaba sus furiosos y deshonestidades; y además me advirtió

que os aconsejase la renuncia á la batalla á que os aparejáis contra D. Enrique, porque seréis vencido y derrotado.

Refieren los cronistas que dijo D. Pedro suspirando: —No sé cómo tuve paciencia para tanto.

Llamó inmediatamente á los hombres más distinguidos de su corte, á los cuales refirió en tono de mofa la relación del fraile; y cuando hubo acabado su relato, que fue breve y con voz alterada por la ira, dice un cronista que mandó encender una hoguera y que arrojasen al fuego al fraile visionario.

Cumplióse la sentencia al amanecer, y mandó el Rey que se ejecutase la orden tan cercana á su persona, que pudiese él ver al dominicano tostado desde su pabellón. Y así sucedió.

Poco después de ejecutada la sentencia, día 8 de agosto de 1364, se dio la batalla, una de las más memorables del siglo XIV. El Príncipe Negro ó de Gales tomó la mano de D. Pedro, y le dijo:

—Señor Rey, hoy sabréis si no sois nada ó sois Rey de Castilla.

Y luego gritó con voz firme:

—¡Avancen mis banderas, en nombre de Dios y de San Jorge.

Los de Duguesclín y del Duque de Lancaster chocaron tan ríamente que, rotas las lanzas, pelearon cuerpo á cuerpo con hachas, dagas y espadas, los unos al grito de ¡Guerra y San Jorge! y los otros al de ¡Castilla y Santiago!

El triunfo de los ingleses, y por consecuencia de D. Pedro fué completo. Huyó D. Enrique, y llegando á Nájera, tuvo que tomar un caballo que le ofreció un escudero suyo, y tomó el camino de Aragón, escondiéndose en Calatayud.

Con esta victoria cobró ánimo D. Pedro, y para burlar los pronósticos y la visión del fraile, se excedió más que nunca en sus crueldades contra los prisioneros, hasta que llegó el funesto día en que expió todas sus culpas con el agudo puñal de *el Bastardo* en los campos de Montiel.

NUESTROS GRABADOS

Manuel S. Pichardo

EL COJO ILUSTRADO tiene el gusto de consagrar una página del presente número á su estimado colega el Director de *El Figaro* de la Habana.

La Virgen del Velo

Con marcada predilección se conserva en el Museo del Louvre la famosa obra de Rafael, tan admirada como estudiada por la crítica artística de todos los tiempos. El celebrado lienzo, como otros de la misma época, vino á negar la influencia que se atribuía á Miguel Ángel en el genio del pintor de Urbino.—Rafael había recibido del cielo dotes verdaderamente prodigiosas, y como complemento de ellas tuvo la rarísima facultad, y aun la suerte, de poder armonizar en su talento, sin perder un ápice de su propia originalidad, todas las cualidades más eminentes de las escuelas que le habían precedido y de los artistas de su tiempo. Cuando pintó la *Escuela de Atenas* y el *Parnaso*, puede decirse que coronó la futura y grande escuela romana, en que juntó al exquisito sentimiento del estilo del Perugino y la grandiosidad de los estudios que había practicado en Florencia, el gran poder que le inspiró la Roma antigua y moderna. Esta fue la inmortal escuela que él creó; estas las dotes que legó á sus más distinguidos discípulos; pero reservándose la Providencia á él sólo, sin que pudiera transmitirlos, un sentimiento vivo y profundo de la belleza, que era la pasión, si no el ídolo, de la corte y del siglo en que floreció, y la aureola de una gracia inefable, que para todos, menos para Rafael, fue un verdadero arcano.

La Virgen y el Niño

Hállase en el Museo de Madrid el célebre lienzo de Rubens junto con otras famosas obras del insigne artista. El estudio que había hecho Rubens sobre las obras del Tiziano, dice un eminente crítico, le hizo dufeco del colorido, que prefirió á la sencillez y verdad de las de Rafael que observó en Roma. Prescindiendo alguna vez de la suma corrección del dibujo, y arrebatado del furor de su imaginación, quiso más ostentar su erudición que buscar formas grandiosas y nobleza de caracteres, y se contentó con la imitación de la naturaleza común. Sobre este gusto pintó muchas obras que fueron celebradas de los poetas y pintores de su siglo, y llegó á ser el fundador de la escuela flamenca, que hasta entonces había vagado de uno en otro profesor, sin carácter ni estilo fijo y determinado. No obstante, se halla corrección en sus mejores obras, pero no con aquella delicadeza y filosofía que se encuentra en las de los que imitaron las estatuas antiguas; pues aunque las había estudiado, no las adoptaba con su genio, como lo manifestó en un tratado que escribió en latín sobre la imitación de lo antiguo.

La adoración de los pastores

Lleva al pie la firma de Murillo, y el Museo del Prado guarda con esmero el lienzo original. En la escuela del célebre pintor español hay tres estilos perfectamente caracterizados: el de las *sargas* de Juan del Castillo y el de las pinturas de las ferias; el de Rubens, van-Dyck y Ribera; y el clásico, el suyo, con

que se creó una escuela propia, su personalidad artística, que fue el fundamento de la inimitable escuela sevillana, timbre gloriosísimo del arte pictórico español.

Cuenta la tradición, que hallándose Murillo una mañana en el convento de Capuchinos, entró un lego de la comunidad que le llevaba el almuerzo en una cesta. El célebre pintor terminaba un detalle, mientras el lego le contemplaba absorto. Al fin no pudo menos de expresar este su asombro y decir, como quien formula una aspiración del propio deseo: "¡Cuán grande dicha sería para mí adornar mi celda con una imagen del pincel de Murillo!" El maestro, al oírle, sacó la servilleta de la cesta, la desdobló, la clavó en la pared, á la vista y presencia del lego embobado, y sin levantar mano pintó en ella una Virgen, que hoy ostenta orgulloso el Museo Provincial de Sevilla, y que todo el mundo conoce con el nombre de la *Virgen de la servilleta*.

Matrimonios romanos

El grabado alegórico que con este título aparece en nuestras páginas, evoca las antiguas costumbres romanas en el acto de la celebración de una boda. Antes de ésta, el esposo enviaba á su novia una sortija de hierro: las mujeres que la peinaban dividían su cabellera con el hierro de una lanza para recordarle que debía dar á luz guerreros; y poníase en la cabeza una guirnalda de jobernas cogida por ella misma. La ceremonia del matrimonio consistía en poner al cuello de los que se enlazaban un yugo simbólico, de donde se derivó la palabra *conyugium*. Al llegar la mujer, en la casa del marido se le presentaba fuego y agua, como para mostrarle que era partícipe de la suerte de su esposo.

La solemnidad de las ceremonias imperiales en todos los pueblos de la tierra, demuestra el respeto con que siempre se ha mirado en el mundo la institución del matrimonio.

La Venus de Milo

Paúl de Saint Victor le consagra un himno, perdurable como el mármol de la diosa. Pérez Bonalde traduce en versos inmortales ese himno:

"estrechos, por contraste,
desarrollan los hombros la armonía
del inefable seno,
digno de dar en opulento engaste
molde á las copas del altar heleno."

Con respecto á la Venus de Milo y á la del Capitolio, dice Manuel Díaz Rodríguez: "lo que en la primera es casta y pura majestad, es en la segunda plenitud voluptuosa. Ante la Venus de Milo caemos en éxtasis, nos postramos en oración; ante la Venus Capitolina, la sangre se mueve más rápida, bulle, y despiertan los deseos, innumerables, como las palomas de Apulia que, vencidas de amor, siguen los pasos de la diosa."

Y Pedro César Domínguez: "¡Que nobleza en todo su sér!.....Un pastor la encontró en la isla de Milo abandonada y sepultada; trajo los brazos rotos y maltratados los dedos de un pie.....Desde entonces el Arte vive de hinojos pendiente de la Diosa; y las otras Venus retroceden deslumbradas, avergonzadas, sospechadas de fealdad. Pero la *Venus del Misterio* es amable, y permite á los poetas y á los artistas que lleguen hasta su altar con sus paletas y sus liras á solicitar obras maestras y estrofas sonoras, inspiradas en la perfección de sus formas."

Del drama "Como gustéis"

El grabado reproduce una escena del drama *Como gustéis*, de Shakespeare, escrito en la época de 1600 á 1607, cuando el insigne trágico, persuadido de que su condición de cómico no le daba la felicidad, y al mismo tiempo se avergonzaba de sus amores con varias artistas, llevó á sus obras la nota satírica y de misantropía que las distingue, excepción hecha de la *Doceésima Noche*, estrenada en 1602.

Diana Cazadora

Los artistas modernos no han sido menos aficionados que los antiguos en los asuntos relacionados con la Diosa cazadora.

Papperitz la representa en el bosque sagrado, rodeada de ninfas que salen del baño, y en el momento de haber disparado una flecha. La Diana de Papperitz es, poco más ó menos, la Diana del Louvre. Viste, como aquella, elegante túnica, corta y ligera; calza riquísimas sandalias sujetas con correas; y mantiene levantado el arco, en tanto fija la mirada en el punto á que fue destinada la flecha.

La barca de Carón

La tela de Benlure reproduce los viajes espectrales del piloto del infierno, según la mitología griega. Carón aparece por primera vez en las comedias de Aristófanes, y empezó á popularizarse en la buena época del teatro ateniense. Se le representaba en la escena en la persona de un viejo taciturno que aparemiaba á las almas á quienes debía conducir á la otra orilla del Aqueronte. Con iguales caracteres lo pintaron más tarde Virgilio y Lucano en la literatura y lo representó desde un principio el arte. Carón es la imagen despiadada y dura de la muerte.

Ante el cuadro de Benlure, se recuerdan los versos de Baudelaire que pintan á Don Juan camino del infierno.

En el campo

Las dos vistas de la Argentina que presentamos en la edición de hoy, marcan un detalle de la vida del campo en sus relaciones con la ciudad.

Los carros son conductores de las frutas que antes de ir al Mercado se expenden en el camino y alrededores de la población.

Adónde van á parar ?

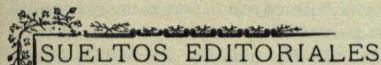
La carreta tropieza con las piedras del camino; la aldeana es robusta y traviesa, y aunque el mozo confía en sus brazos, su sonrisa indica cuán grato le sería verse volcado en tierra por su simpático conductor.

Monte Carlo

El grabado de la página 937 representa uno de los principales salones del Casino de Monte Carlo, cuya vista dimos en números anteriores.

La última tonadilla

Es una escena eminentemente española, y el artista rememora en ella la galante época de las canciones de amor dichas al compás de la guitarra ó la bandurria.


SUETOS EDITORIALES

Obra de arte.—“El Patriarca de los pintores venezolanos” como ya se le ha llamado con justicia, acaba de terminar una nueva obra “El bautizo de Jesús” la cual será regalada por la señora del artista á la iglesia de Macuto.—Esta obra ha sido ejecutada con amor: las figuras, que son de tamaño natural, están admirablemente dibujadas, y el asunto ha sido muy bien comprendido por el autor.—El paisaje está impregnado de poética melancolía y sobre la tierra se cierne el Espíritu Santo como simbolo de humana redención.

EL COJO se promete reproducir muy pronto este cuadro por espontáneo ofrecimiento del artista, quien ha probado una vez más que su genio no decae aunque ha dejado ya en los lienzos casi toda la luz de sus pupilas.

Doctor Víctor Alvarado Escorihuela.—La prensa diaria ha dado la dolorosa noticia del homicidio perpetrado en Valencia, en la persona del honorable joven doctor Víctor Alvarado Escorihuela.

Damos en estas líneas nuestro más sentido pésame al señor Doctor Víctor Alvarado y á su respetable familia.

Gil Fortoul.—Hemos tenido el gusto de recibir la visita de nuestro distinguido amigo y colaborador, señor doctor José Gil Fortoul, á quien EL COJO ILUSTRADO siempre ha tenido en alta estima, como que bien ha sabido conquistarla entre sus compatriotas y en el extranjero el joven filósofo y aplaudido literato.

Es nuestro deseo que sean muy gratos para el doctor Gil Fortoul, los días que pase entre nosotros.

Carlos Elías Arteaga.—Cuando sus buenos padres celebraban el triunfo del hijo, que acababa de alcanzar el lauro de Doctor en Ciencias Médicas, la muerte, que secretamente minaba su existencia, lo arrebató del seno de la familia y de las consideraciones de la sociedad.

Lamentamos el fallecimiento del inteligente joven y damos á sus deudos nuestro más sentido pésame.

H. Piñango Lara.—Después de algunos días de residencia en la capital, donde ha sido dignamente atendido por sus valiosas relaciones sociales y literarias, ha partido para la Habana nuestro atento amigo é ilustrado colaborador señor H. Piñango Lara, quien desempeña en aquella ciudad el cargo de Cónsul de Venezuela.

Feliz travesía deseamos al joven literato al que debemos un nuevo aplauso por la cabalidad con que llena sus funciones oficiales.

La vida nueva.—Con este nombre, amable préstamo del Dante, ha comenzado á publicar en Montevideo una serie de opúsculos críticos el distinguido prosador Enrique J. Rodó, uno de los redactores de la interesante “Revista de Literatura y Ciencias Sociales.” En

torno de este buen periódico se congrega una juventud pensadora, laboriosa y artista. Muchos de sus nombres, todos mejor dicho, son hoy familiares al público venezolano.

Entre nuestros jóvenes literatos y los escritores uruguayos se ha establecido felizmente una corriente de simpatía. Cabe mucha y gloriosa parte de esta fraternidad tan suspirada tanto á EL COJO ILUSTRADO como á la galante “Revista de Literatura y Ciencias Sociales.”

Hace bien pocos días cayó en nuestras manos, procedente del sur, un *Folleto gramatical* suscrito por el hablante señor Carlos Martínez Vigil. Este libro contiene mucha y útil doctrina. La natural aridez de los estudios filológicos está aquí disimulada por la pureza del estilo en las disertaciones del autor.

Hoy nos llega la primera parte de *La Vida Nueva*. Prometemos al ilustrado y ameno prosador hacer largo estudio crítico de estos opúsculos cuando otros de ellos salgan á la luz pública, y marquen definitivamente rumbo al arte de América. Hasta ahora el autor divaga sobre generalidades de literatura. La obra, que consta de dos artículos bastante extensos, está escrita en un lenguaje elegante, noble, puro. A las veces peca el autor por obscuridad metafísica en el concepto; otras por llevar al extremo la inflexibilidad y dureza de las líneas marmóreas de su prosa.

Ojalá que no decrezca, sino antes bien sea mayor de día en día, la simpática atracción que de una y otra parte, ejercen el talento de uruguayos y venezolanos, entre los de ellos que se conocen y se leen.

EL COJO ILUSTRADO es propicio á la idea de hacerse como el ramillete, donde respiren toda su fragancia y deslumbren con todos sus matices, las más bellas flores intelectuales del continente.

Por la comunión de las inteligencias debe comenzar la anhelada y fraternal unión entre las Repúblicas americanas de nuestro origen.

Ojalá no muera la idea de un congreso continental de literatos; más que para señalar derroteros fijos al Arte, á nuestro Arte americano, con la idea de que se conozcan entre sí los escritores, que comprendan por la proximidad, siquiera sea momentánea, cómo la unión de las inteligencias va preparando el terreno á la unión política.

Ha habido grandes figuras americanas que han soñado antes que nosotros estos amables sueños de americanismo. Díganlo si no Bolívar, Juan Montalvo, Martí.....

Reciba el señor José Enrique Rodó nuestra gratitud por el envío de su obra; nuestro aplauso por el feliz acometimiento y desempeño de la empresa.

Comité venezolano de Cuba libre en Venezuela.—Hemos recibido la siguiente nota:

Noviembre 24 de 1897.

Sr. Director de EL COJO ILUSTRADO,

Presente.

Estimado Señor:

Nos es grato comunicarle el nombramiento de la nueva Directiva de este Comité:

Presidente, Sr. Antonio Hormigó Santos; Vice-Presidente, Dr. José de Jesús Montesinos; Secretario, Dr. Rafael García Cañizares; Vice-Secretario, Sr. Ricardo Castillo Chapelín; Tesorero, Dr. Felipe García Cañizares; Vice-Tesorero, Sr. Francisco de Arredondo Betancourt; Vocales, Sres. Gral. Angel Patrio Torres, Ramón Moreno Muro, Julio Norman, Gral. J. M. Ossío, Eduardo León, José María Flores, Luis Pereira Solís, y Ricardo Herrera G.

De Ud. con la mayor consideración, afectísimos S. S.

El Presidente,
Antonio Hormigó Santos.

El Secretario,
Dr. Rafael García Cañizares.

Sombras.—Impresa en los talleres de la acreditada “Tipografía Moderna”, ha visto la luz pública la colección de versos intitulada SOMBRAS, de la que recibimos un ejemplar con fina dedicatoria de su autor, el estimable poeta zuliano señor Carlos L. Marín.

Invita á la lectura de SOMBRAS la nitidez de la impresión que armoniza con la simbólica portada, esmeradamente litografiada. Trae también el volumen el retrato del autor, de notable semejanza; y sólo achacamos á descuido la supresión de las páginas de la *Dedicatoria* que aparecen marcadas en el índice.

Numerosos son los versos de que consta el bello volumen, y en ellos se reflejan sentimientos nobles y delicados, que disponen al alma á simpatizar con el autor.

Inspirado en las excelencias de la libertad dice:

“La libertad es condición del hombre,
Y su freno la ley. Cuando ella estorba,
La fraternal unión es imposible
Donde falta un igual ú otro igual sobra.”

La sentencia evangélica de la justicia divina es traducida así por el señor Marín:

“Todos los hombres
Son tus hermanos;
Guárdate, amigo,
De hacerles mal;
Pues con la vara
Con que midieres,
Con esa misma
Te medirán.”

Cuando “ante sus ojos surge la noche del pasado,” recuenta “las sombras de los seres que amó con frenesí, y exclama en la siguiente estrofa:

“Con enojado rostro Clemencia se adelanta;
Sin verme, pasa Elvira; Luz de alegría canta;
Y con desdén mis versos leyendo ó con afán,
Se alejan Laura y Delia; la bella Inés medita;
Suspiran Clara y Lola; sonríe Carmencita;
Y lágrimas vertiendo Teresa y Juana van.”

Después de leído el libro, desearía el lector que el señor Marín no se hubiera encariñado con la composición que ocupa la página 57 y que empieza así:

“¡Me devoran los celos y la rabia!
¿No sabes tú por qué?
Si lo supiera yo, te lo diría;
Mas lo sabrás después.”

Esa composición rompe la amable serenidad que informa las demás páginas del volumen. El mismo señor Marín se injuria injustamente cuando termina de este modo:

“Para que veas cuántas vaciedades,
Niña, aguanta el papel,
Te he escrito en esta página los versos
Que acabas de leer.”

La crítica no pasará por alto este descuido del señor Marín, en quien hay que aplaudir, por todo lo demás, el generoso esfuerzo con que viene á enriquecer el catálogo de la Bibliografía Nacional.

Reciba nuestras afectuosas felicitaciones el amigo y crea que le agradecemos el envío de su obra, dignamente acogida por la prensa de la República.

Del Certamen literario.—Por la prensa diaria hemos pedido á los autores de las siguientes composiciones, que se dignen autorizarnos para hacer la publicación de ellas, indicando á la vez si puede ó no hacerse uso de las firmas respectivas.

Las composiciones son éstas:

DE VERSO: *Vendida, Lance de amor.*

DE PROSA: *La hechicera de Mérida; Cuento negro; El nido del águila; Amada desconocida; Un sargento listo; La Cruz de Juan Ampúes; Un criminal inocente; De un viejo manuscrito; Audaces fortuna juvat; La alegría mayor; Los huevos de colibrí.—Los dos compadres; El cetro del rey Zitka; Un cuento histórico.*

Los autores de las composiciones que anotamos aquí en letra bastardilla, ya han tenido

la bondad de acercarse á nosotros á prestar su autorización.—Rogamos á los de las demás mencionadas, que no hayan visto nuestro aviso, que se dignen darnos su asentimiento de modo que no deje duda alguna de que es el propio autor quien autoriza.

Hojarasca por Baldomero García Sagastume—Tomo I—Lima—Imprenta y Librería de San Pedro—1897.

El autor de esta colección de versos figura en el personal de la Legación Argentina en el Perú. De allí el que en la "conversación" que precede al libro manifieste que no se dedica exclusivamente á la literatura, á la cual sólo consagra *ratos perdidos*. Tal declaración va en contra del artista y por eso la personalidad de éste aparece muy pálida en su obra.

García Sagastume cultiva todos los géneros y en ocasiones se muestra adepto del *decadentismo* exagerado é in traducible que tuvo por asiento la capital salvadoreña. Refiriéndose á su narración histórica intitulada "Abnegación," dice Carlos G. Amézaga que ese camino lo llevará, sin duda, con la constancia y el tiempo, á la altura de los buenos poetas argentinos.

Saludamos al poeta que nos favorece con su obra y le agradecemos el simpático obsequio.

"La Religión."—En la edición de este estimable colega, correspondiente al 10 del presente mes, hállase publicado, bajo el título "Certamen Literario," un artículo de que es autor el respetable caballero señor Amenodoro Urdaneta, miembro de la Academia Venezolana de la Lengua y de la Nacional de la Historia.

Son tanto más benévolas las apreciaciones del autor, cuanto que en el referido artículo declara haber sido uno de los concurrentes al Certamen promovido por esta Empresa.

Damos las más cumplidas gracias al respetable amigo señor Urdaneta y á nuestro distinguido colega *La Religión*.

Hé aquí el referido artículo:

CERTAMEN LITERARIO

"El viajero que en noche tenebrosa vaga desalentado y sin tino, y con incierto paso avanza entre la incertidumbre y el pavor, siente grato sacudimiento y sensación apacible al vislumbrar la indecisa y amante luz de campesina choza, que lo llama y convida á la seguridad y al descanso.

"Así nosotros, con el ánimo abatido al ver sumirse la estrella de las letras patrias en una región nebulosa, perdido el rumbo que la eterna luz señala á la LITERATURA,—á esta sacerdotisa que conserva el fuego sagrado de las naciones y las encamina á noble existencia en la historia y á ser conocidas de la posteridad,—hemos sentido dulce satisfacción al volver la vista al torneo de la *gaya ciencia*, que acaba de verificarse y que sin duda marcará una faz brillante en los progresos del genio literario del país.

"Promovido un Certamen poético por la Dirección de EL COJO ILUSTRADO, para festejar el 7º aniversario de este importante periódico, fue el anuncio con entusiasmo recibido y visto como la preparación del palenque donde habían de lucir sus armas muchos gallardos contendores, ó bien como el jardín donde iba á arrojarse la manzana de oro, no la de los hespérides, sino aquella que debía ser recogida por la más hermosa y aderezada de las musas venezolanas en ese fausto día.

"Si grande fue la complacencia que tuvimos al anunciarse el Certamen, por su plan y tendencias, aún mayor lo ha sido por su desarrollo y su remate.

"Tuvieron los señores Herrera Irigoyen y Cº el tino de elegir, para componer el Jurado que debía discernir el mérito de las composiciones y fallar sobre él, personas muy competentes por su ilustración, buen gusto y criterio, y por el renombre que los acompaña en nuestra República. Todos esperábamos, pues, llenos de con-

fianza, el juicio más concienzudo é imparcial, como en realidad ha sucedido.

"Cien composiciones formaron el tesoro de la mesa del Jurado; 33 en verso y las demás en prosa. Ellas prueban que el estro poético no ha perecido en el incendio formado por las ideas que chisporrotean en el mundo literario y científico, hiriendo aquéllas el buen gusto y éstas las más puras de las verdades de la ciencia, ideas que de poco tiempo á esta parte se hicieron de moda entre nosotros y nos daban, en vez de manjar agradable, el empalagoso é insustancial de una poesía decadente y una literatura amanerada y llena de relumbrones ó de novedades exóticas en el terreno de la Fe y de las sanas costumbres y prácticas cristianas.

"La Musa de las Bellas Letras, como tímida y descontentadiza, se había retirado á los boscajes del monte Parnaso, á esperar mejores días para el canto.....Ni es esto decir que no brillarán de vez en cuando estrellas rutilantes en nuestro cielo poético.

"Las composiciones, en su mayor parte recomendables, y algunas muy buenas, muestran lo que en el principio del párrafo anterior hemos asentado, es decir: que el estro poético vive y no ha desmayado entre nosotros. Esto lo decimos, no porque las conozcamos todas, pues sólo hemos visto las premiadas, sino por haberlo oído así á algunos miembros del Jurado, cuya voz es suficiente garantía de rectitud y verdad. Dichas composiciones coronaron los esfuerzos de los estimables promotores del Certamen, y sin duda despertarán el amor al estudio del arte y á la lectura de los buenos autores, contribuyendo al progreso de la poesía nacional.

"En cuanto á las composiciones premiadas, diremos que bien merecieron la honra de serlo. Ellas son flores que adornarán la risueña guirnalda que entretejen las Musas: son exquisitas, y con ellas pueden los jóvenes autores presentarse en el Arcótipo de la Poesía, para entrar en él y tomar puésto de honor en el asiento á que tanto habían aspirado.

"No se resentía el natural egoísmo de autor en los demás poetas que contribuyeron á la *Justa literaria*; egoísmo por la mayor parte desuperado, sobre todo cuando se opone ofuscado á la luz de la verdad. Nosotros nos contentamos con ser vencidos por caballeros que llevaron armas mejor templadas, y nos regocijamos al volver los ojos al firmamento y contemplar en él nuevos astros de juvenil esplendor, que lucirán en los días de gloria que espera nuestra poesía.

"Loor á los poetas laureados!

"Loor á los rectos Jueces del Certamen!

"Loor, en fin, á la progresista Empresa que ha contribuido á revivir el espíritu literario y poético de nuestro país."

A. U.

Higiene y Demografía.—Bajo el patronato de Su Majestad el Rey Don Alfonso XIII y Su Majestad la Reina Regente, se reunirá en Madrid, el 10 de abril del año próximo venidero, el IX Congreso Internacional de Higiene y Demografía, materias preferentes de estudio para todos los hombres de ciencia puesto que no hay nada superior á la labor que exigen la conservación de la salud de los pueblos y el perfeccionamiento de la vida humana. En la misma fecha se inaugurará la Exposición anexa á dicho Congreso, para que aquella venga á ser con respecto de éste, algo así como las láminas al libro: un suplemento de ilustración, un medio de explicar y hacer ver mejor las cosas.

La primera de estas Asambleas celebróse en Bruselas en 1877, y reuniéronse las siguientes en París (1878), Turín (1880), Ginebra (1882), La Haya (1884), Viena (1887), Londres (1891) y Budapest (1894). De este último Congreso formaron parte 2.240 congresistas y 317 señoras, divididos los primeros en 1.171 Delegados oficiales, 29 representantes de Gobiernos extranjeros, 68 de Universidades, 163 de Municipios y 292 de Sociedades Científicas.

La Junta general del próximo Congreso presidida por el Ministro de la Gobernación y de la cual es Secretario el distinguido médico y notable literato señor Don Amalio Jimeno, se ocupa activamente en la organi-

zación de los trabajos y al efecto ha empezado su labor haciendo circular en ambos hemisferios los programas y reglamentos del Congreso y de la Exposición, impresos en diversos idiomas.

Deseamos que acontecimiento de tan alta trascendencia obtenga el mejor éxito para bien de la humanidad, progreso de la ciencia y satisfacción de España. Y como indudablemente Venezuela será de las naciones invitadas, aplaudiríamos la medida que llevase á uno de nuestros inteligentes médicos al seno de la docta Asamblea. Los buenos gobiernos siempre han dedicado marcada atención al problema de disminuir el tributo que la humanidad paga á la enfermedad y á la muerte, procurando aumentar de todas suertes la población.

Bien sabido es que de la salud de un pueblo dependen grandemente su bienestar y poderío.

Folleto recibido.—*Cuestión de límites de Guayana—Los trabajos de la comisión investigadora de Washington—Caracas, 1897.*

—*Memoria que el Concejo Municipal del Distrito Zamora dirige al ciudadano Presidente del Estado en 1897—Villa de Cura, 1897.*

—*Guía ó Directorio de la Sección Táchira—Estado Los Andes, por J. T. Colmenares—Táriba, 1897.*

—*El Guanche*, revista quincenal independiente y noticiosa de las Islas Canarias, número 1º—Caracas, 1897.

Damos las gracias á los señores remitentes.

EL PUESTO DEL MERITO

En el presente número aparece una nueva producción de nuestro insigne poeta Heraclio Martín de la Guardia, á la cual hemos abierto espacio en las últimas páginas para no retardar su publicación en obsequio de nuestros lectores que, bien sabemos, se sienten complacidos cada vez que se presenta la feliz ocasión de batir palmas á la inspiración siempre joven del benemérito colaborador.

No extrañará el noble amigo el sitio en que aparece su bella poesía, puesto que á su espíritu luminoso no se escapa que al mérito no se le concede puésto, sino que lo conquista por sí propio en donde quiera que se presente ó lo presenten. Más claro todavía: la primera página no dará nunca prestigio á una obra que no tenga títulos para alcanzarlo; así como la última página, no llegará nunca á amenguar el valor de la producción que lo tenga.

No así piensa alguien á quien se da puésto preferente en las columnas de EL COJO ILUSTRADO, por atención á colaboradores y amigos que lo recomiendan; y luego denigra del Director porque se le sitúa antes de las "Crónica Científica" y antes de las "Páginas Cortas", donde figuran los más notables escritores europeos y americanos!

Desgraciadamente, para éstos no tenemos página especial.



PERMANENTE

Muchas veces, en nuestra correspondencia y en "El Cojo Ilustrado," hemos suplicado que no se nos envíen retratos, biografías, versos ni escritos que no hayamos pedido. Sin embargo, llueven sobre esta empresa artículos de personas del interior de la República á quienes no conocemos. Esto nos hace un daño inmenso, primeramente porque nos obliga á multiplicar la correspondencia con detrimento de nuestras ocupaciones, y después porque se nos pone en el caso, siempre penoso, de rechazar esos trabajos que no pueden tener cabida por diferentes razones. Aun siendo aquéllos buenos, es imposible publicar en una Revista quincenal cuánto á ella se envía. Unos, son malos y largos; y otros tratan asuntos ajenos á la índole de esta Revista.

Repetimos hoy nuestra suplica y encarecemos de nuevo: **QUE NO SE NOS ENVIEN VERSOS, ARTICULOS, MUSICA NI RETRATOS QUE NO HAYAMOS PEDIDO**, pues hemos resuelto definitivamente inutilizarlos, sin previa lectura.

Polvos para los dientes. [Del cirujano dentista señor Doctor Ricardo]. Los hay á la venta en La Empresa El Cojo.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasiticida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

TODOS los días aparece algún nuevo específico para el cutis; pero estad seguros que casi siempre no son más que afeites. Sólo la **Crema Simón** da á la tez la frescura y belleza naturales. Desde hace treinta y cinco años, se vende en el mundo entero á pesar de las muchas falsificaciones. Los **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón** completan los efectos higiénicos de la **CREMA SIMÓN**.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, París, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.

SE NECESITA AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

Libros de registro para 1898

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y superior encuadernación se hallan á la venta en La Empresa El Cojo.

DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y rechácese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Extenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando* carnes! Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, "Químicos, Nueva York.

LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

SON UN TÓNICO para el cutis. SON MEDICINALES. EL Borato es SALUDABLE. EL Azufre es PURIFICADOR. Curan todas las ERUPCIONES. Curan todos los GRANOS. Son recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

DELICIOSAMENTE perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado. Preparados por el Emigente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., EE. UU.

15 l.

FABRICA DE CIGARRILLOS "EL COJO"

Lienzo, pinturas, pinceles, &c. &c. PARA LOS ARTISTAS A LA VENTA EN EL COJO



La mejor preparación para conservar, restaurar y embellecer el cabello es

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer.

Conserva la cabeza libre de caspa, sana los humores molestos é impide la caída del cabello. Cuando el cabello se pone seco, claro, marchito ó gris, le devuelve el color original y su contextura, estimulando un nuevo y vigoroso crecimiento. Dquiera se emplea el Vigor del Cabello del Dr. Ayer, suplanta todas las demás preparaciones y pasa á ser el favorito de las señoras y caballeros.

El Vigor del Cabello del Dr. Ayer . . .

PREPARADO POR
Jr. J. C. AYER y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.
 Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

DR. FELIPE GARCIA CAÑIZARES
 Médico - Cirujano

ESPECIALISTA EN PARTOS Y CIRUGIA

Llegado de París, ofrece al público sus servicios profesionales. Trata las enfermedades de las vías urinarias, respiratorias, del hígado, estómago, etc., etc., con arreglo á los adelantos de la ciencia.

Consultas y operaciones, de 2 á 5 p. m. Gabinete Médico-Quirúrgico: Avenida Sur, Núm. 28, frente al "Banco Caracas."

Teléfono viejo número 892. Apartado número 314.

MARCO-ANTONIO SALUZZO

Los Tres Máximos Oradores Griegos

3 bolívares el ejemplar

MIS VERSOS

— POR —

Victor M. Racamonde

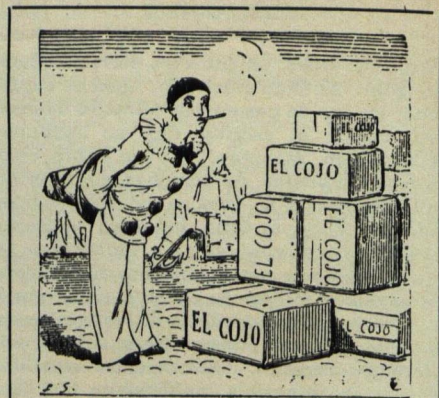
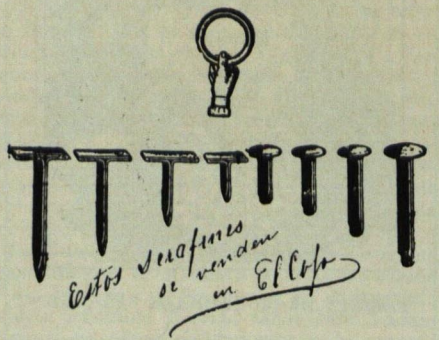
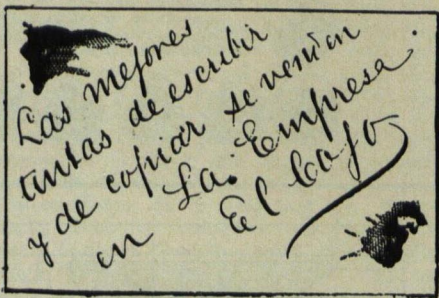
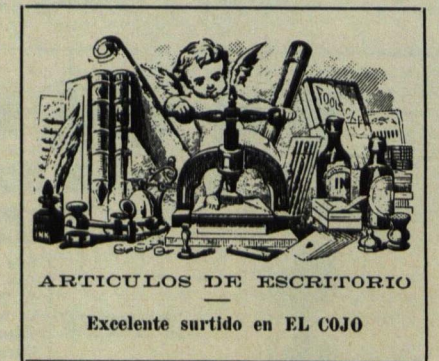
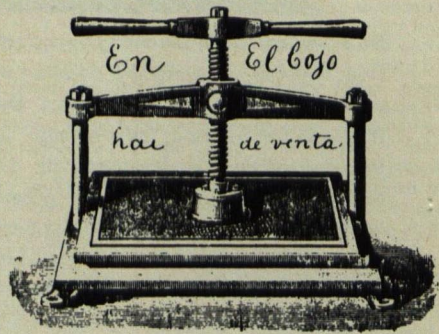
DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

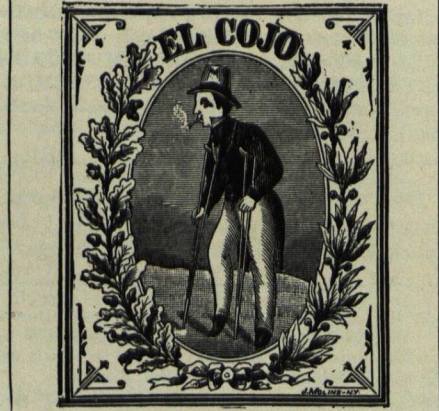
A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS

á 3 reales ejemplar

En el Interior de la República: en todas las Agencias de EL COJO ILUSTRADO, á 3½ reales ejemplar (½ real más por el porte.)

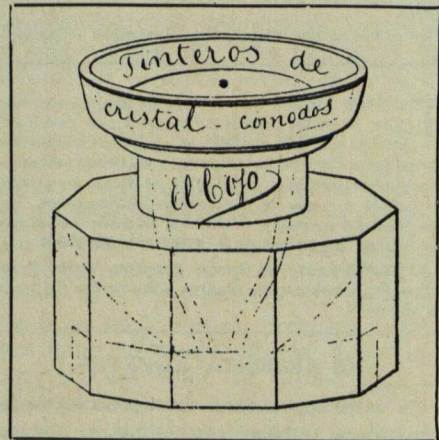


CIGARROS RECORTE N. 17



Perfumería fina de las mejores fábricas.

En EL COJO



CIGARRILLOS RECORTE N. 17 DE EL COJO



CARIÑOS Y FLORES

DEDICADO A LA SRA. SOLEDAD R. DE MENDOZA

Vals. Introducción.

Por Simón Arratia.

The musical score is written for piano and consists of the following sections:

- Introduction:** Labeled "Sostenuto" and "aire de minueto". It begins with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The time signature is 3/4. Dynamics include *p* (piano) and *f* (forte). There are various articulation marks like accents (>) and slurs.
- Waltz Section:** Labeled "Vals". It starts with a treble clef and a key signature of one sharp (F#). The time signature is 3/4. Dynamics include *p* (piano) and *f* (forte). It features several measures with slurs and accents.
- First Ending:** Marked "1ª", it contains a melodic phrase with a repeat sign and a first ending bracket.
- Second Ending:** Marked "2ª", it contains a different melodic phrase with a repeat sign and a second ending bracket.

This page of musical notation, titled "EL COJO ILUSTRADO" and numbered "III", contains eight systems of piano music. Each system consists of a treble and bass staff. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, accidentals, and dynamic markings like "ff" and "ritard". There are also first and second endings marked "1ª" and "2ª", and a section labeled "Coda".

The first system shows a complex melodic line in the treble staff and a rhythmic accompaniment in the bass staff. The second system features a first ending marked "1ª" and a second ending marked "2ª", with a dynamic marking of "ff". The third system includes a triplet of eighth notes in the treble staff. The fourth system also features a first ending marked "1ª" and a second ending marked "2ª". The fifth system is labeled "Coda" and begins with a dynamic marking of "f". The sixth system includes a dynamic marking of "f". The seventh system includes a dynamic marking of "ritard". The eighth system includes a dynamic marking of "f" and a marking of "8va" above the treble staff.

MI CANDIDATO

Valse

por Julio Campagnoly Pirela.

The musical score is written for piano and consists of eight systems of music. Each system contains a treble and bass staff. The key signature has two flats (B-flat major), and the time signature is 3/4. The score begins with a treble clef and a *pp* (pianissimo) dynamic marking. The first system includes a first ending bracket. The second system features a *ff* (fortissimo) dynamic marking. The third system contains a first ending bracket. The fourth system includes first and second ending brackets, with a *p* (piano) dynamic marking. The fifth system contains a first ending bracket. The sixth system includes first and second ending brackets. The seventh system contains a first ending bracket. The eighth system includes first and second ending brackets and concludes with a double bar line.